

Selección RNR

INQUENCION
BRANTABLES

BRUNO PUELLES



Romance y Ciencia Ficción

Inquebrantables

Bruno Puelles



1.ª edición: junio, 2017

© 2017 by Bruno Puelles

© Ediciones B, S. A., 2017

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-920-6

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para M
(Mayx
Maria Gracia
tía María
y Mamá)*

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Promoción

CAPÍTULO 1

El Centro de Seguridad de Dos estaba ubicado en un enorme edificio excavado en la roca. Sus paredes eran de color gris tan oscuro que bajo la luz fluorescente de las calles de la ciudad parecía negro. Olivia Autumn se detuvo frente a la ancha escalera que llevaba a la gran puerta doble de cristal y miró la fachada, cuya sobriedad se acercaba a la dureza.

Su corazón latía muy rápidamente y sentía que le costaba respirar. El Centro le parecía más hostil que nunca, como si solo con su apariencia le estuviera diciendo que no la quería allí, que no tenía ninguna oportunidad. Durante un instante tuvo que concentrarse en no darse la vuelta y volver a casa sin intentarlo siquiera. No, no iba a echarse atrás. Había trabajado demasiado para llegar hasta allí, durante los penosos años en la escuela de Aeronáutica y después en la de pilotos. No se iba a echar atrás.

Apretó con firmeza el papel que llevaba en la mano, hasta arrugarlo. Era la carta que le habían enviado desde la Escuela, informándole de que se abrían plazas para pilotos a raíz de una importante misión que iba a tener lugar a corto plazo. Seguramente no se imaginaban que ella, la única estudiante femenina de su promoción, iba a presentarse.

Subió las escaleras a zancadas, pisando solo un escalón de cada dos. La señorita de la recepción tomó sus datos, aunque su cordialidad estaba algo empañada por la sorpresa. Después, la hizo pasar a una de las cabinas en las que podía cambiar su ropa de calle por el equipo especial. Olivia se puso el uniforme, conectó los cables a los sensores y se miró en el espejo con el casco bajo el brazo. Le devolvió la mirada la imagen de una mujer de treinta años recién cumplidos, de largo cabello castaño e inteligentes ojos oscuros.

Treinta años y todavía no había conseguido trabajo de lo suyo. Sus padres se lo habían dicho desde que les había comunicado su decisión de matricularse en la Escuela de Aeronáutica. No había sitio para mujeres en

aquel ámbito. Incluso si lograrse graduarse como piloto, era muy improbable que alguien le ofreciese trabajo. Aunque Dos, la segunda de las ciudades de la Unión, fuese relativamente grande, el tráfico entre urbes no era tan fluido como para que hicieran falta muchos pilotos. Como la oferta de empleo era reducida, los pocos puestos se los llevaban los pilotos experimentados, reconocidos y, para desesperación de Olivia, varones.

Con movimientos rápidos, Olivia se recogió el pelo y se puso el casco. Salvo por su figura, no era tan distinta de un hombre. Quizá tuviera menos envergadura, pero estaba segura de que era tan o más rápida que uno, tan o más resistente. Apretó los puños. Puede que la competición fuese a ser dura, pero lo iba a hacer. Iba a demostrar que era capaz de cualquier cosa si se la proponía.

Dejó en la taquilla todas sus cosas, menos la carta de la Escuela y un certificado con las notas que había sacado en la evaluación teórica. Como las pruebas físicas eran más difíciles para ella, que aunque estaba en muy buena forma no era demasiado alta ni musculosa, se esforzaba en dar lo mejor de sí en la prueba escrita. De todos los que se presentaban aquella tarde, ella era la que tenía mejor puntuación.

En la puerta de la sala de entrenamiento estaba el oficial que controlaba la entrada de los candidatos. Era un hombre alto y cuadrado, como los había a cientos en el Centro de Seguridad, como si los hubiesen cortado a todos siguiendo el mismo patrón. Cuando Olivia le tendió sus papeles, él soltó una carcajada.

Olivia sintió la rabia trepando por su cuello e instalándose en las mejillas, que enrojecieron ligeramente, y en su mandíbula tensa.

—¿Hay algún problema, oficial?

—Ninguno, cielo —respondió él—, con una sonrisa. ¿Te vas a presentar a la evaluación física?

—Sí, señor.

—Pero, ¿tú sabes para qué es, princesa?

Olivia lo sabía.

Después del mayor conflicto bélico de la Historia, el uso de armas nucleares había afectado tanto al planeta que era imposible vivir al aire libre. La radiación era un problema tan grave que los pocos supervivientes se habían visto obligados a vivir protegidos, lo cual era lo mismo que decir encerrados. La segunda ciudad se creó a partir de un búnker, por lo que se encontraba completamente bajo tierra, varios kilómetros por debajo de lo que antiguamente había sido una gran metrópolis. Tras años de vivir allí, los supervivientes habían logrado ponerse en contacto con otras personas que habían logrado refugiarse en otros lugares. Uno de ellos era una ciudad-burbuja, protegida del aire exterior como si estuviera metida en una pecera. Otro se trataba de un refugio subterráneo y el tercero de un gran edificio hermético. Estas cuatro grandes ciudades formaban la Unión.

En aquel momento, siglos después de la creación de la Unión, habían sido desarrolladas diferentes vías para que las ciudades pudieran tener contacto. Algunas de ellas estaban unidas por túneles y otras por naves que aprovechaban antiguos raíles de tren para moverse. Ambas opciones necesitaban pilotos para ser utilizadas.

La Unión se enfrentaba a tres grandes problemas. El primero era la escasez de agua y comida. La primera se conseguía de fuentes subterráneas, pero algunas ciudades no tenían suficiente y necesitaban importarla. La comida, por otro lado, se cultivaba en invernaderos y se criaba en granjas. La proteína animal, sin embargo, era poca. Los animales consumían alimentos, agua y oxígeno; los humanos no tenían ninguna de esas tres cosas en abundancia. El segundo problema era la dificultad de generar energía. Por esta razón se procuraba que el gasto de esta fuera mínimo, limitando los transportes y las horas de luz artificial.

Finalmente, el tercer y mayor problema era la superpoblación. Desde hacía varios siglos se habían impuesto leyes que controlaban la natalidad y solo estaba permitido tener un hijo por persona. Aun así, cada vez eran más y en las ciudades no había alimento, oxígeno, trabajo ni alojamiento para tantos. En aquel momento, era normal que los hijos ya adultos siguieran viviendo

con sus padres e incluso sus abuelos, porque no había más habitaciones disponibles.

Cuando hacía pocas semanas se había descubierto la ubicación de otra ciudad burbuja en la que, aunque no se había detectado vida, esta era posible, había estado claro que tenían que llegar hasta ella. La colonización del que sería el quinto lugar habitado por humanos en las inmediaciones se convirtió en una prioridad. En aquel momento crítico, en el que el Canciller de Dos se encontraba hospitalizado después de un fuerte tratamiento médico, su hijo tomó el mando y puso en marcha aquella misión.

Aquellos que fueran elegidos para formar parte de ella serían la primera expedición que llegaría a la ciudad burbuja desconocida.

—No, la verdad es que no —replicó Olivia, sin ganas—. No tengo ni idea de para qué es esto, me estoy presentando porque no tengo nada más que hacer. No sé a dónde nos van a llevar. Al cine, quizá. O al súper.

—No te pongas graciosa conmigo, guapita, que no estoy para bromas. Esta te la aguanto porque eres tú, pero para la próxima mejor te callas —aconsejó el oficial.

Olivia chasqueó la lengua. Los prefería enfadados a paternalistas.

—Sí, señor. Lo que usted diga, señor.

El candidato que se había estado sometiendo a la prueba en aquel momento salió por la puerta de la sala de entrenamiento y, tras saludar rápidamente al oficial, se marchó. Detrás de él apareció otro hombre, vestido de uniforme también. Era alto y bien formado, de anchos hombros musculosos y fuertes brazos que se adivinaban bajo las mangas de su chaqueta. Su cabello era negro, rizado, y sus ojos de un suave color miel.

La mirada de Olivia se detuvo un instante sobre sus labios, gruesos y suaves, relajados, enmarcados por sus facciones rectas, sus mejillas afeitadas aquella misma mañana. Sobresaltada, se apresuró a desviar la mirada del rostro de él.

—Cliff, este pollito quiere presentarse a la prueba —comentó el oficial, sonriendo.

El recién llegado examinó a Olivia de la cabeza a los pies, pero no parecía burlón como su compañero.

—Soy el capitán Barrow —se presentó, con seriedad—. ¿Cuál es el nombre del pollito?

Ella lanzó una mirada enfadada al oficial y se apresuró a contestar antes de que lo hiciera él.

—Olivia Autumn, capitán. Soy piloto.

—Muy bien. Pase, Autumn.

Olivia entró en la sala de entrenamiento, volviendo a sentir en el pecho los latidos de la emoción, que había perdido brevemente por culpa del estúpido comportamiento del oficial. Calentó rápidamente mientras el capitán revisaba sus papeles. Estaba preparada. Esperó las indicaciones de Barrow para comenzar, observándole. Cliff Barrow. Era muy joven para ser capitán, le calculaba menos de cuarenta años. Había algo magnético en él, y Olivia se encontró deseando pasar la prueba por primera vez no por su propio beneficio, sino por tener la oportunidad de servir bajo las órdenes del capitán Barrow. Pensó que seguiría a aquel hombre a cualquier parte.

Las pruebas de agilidad, fuerza y resistencia pasaron rápido. Al cabo de unas horas, a Olivia solo le quedaba la última prueba, que era la más importante. Para cumplirla, se conectó al simulador. Tendría que demostrar que sabía pilotar la nave en todo tipo de circunstancias.

Cuando terminó, el capitán le estrechó la mano para despedirse. Olivia cruzó la puerta, saludó al oficial y se marchó como si estuviera soñando. No habría sido capaz de decir si lo había hecho bien o no, la evaluación era una secuencia de recuerdos borrosos en su mente. Caminó hasta la habitación en la que todos los que se habían presentado esperaban los resultados y se dejó caer en una de las sillas. Transcurrieron un par de horas y Olivia fue perdiendo gradualmente la paciencia a medida que otras personas entraban en la habitación y salían al recibir sus resultados. Aquello se le antojaba anticlimático; esperar después de haberse esforzado tanto y de sentir tanta tensión era un bajón.

—¿Olivia Autumn?

Se puso de pie de un salto al oír su nombre y recibió el sobre cerrado que le tendía un asistente de sonrisa amable. Aunque su primer impulso fue abrir el sobre rasgándolo allí mismo, se contuvo. Si eran malas noticias, prefería no recibirlas allí, delante de todos sus rivales. Dio las gracias al asistente y se marchó con el sobre cerrado en la mano hacia las taquillas.

El sobre se quedó sobre el banquillo de la cabina mientras ella se deshacía del uniforme y se ponía su ropa. Olivia lo contempló un momento, pensativa, antes de volverse hacia su reflejo, que tenía la misma expresión de duda que ella. Observó el sobre de nuevo.

Estaba allí. Mirándola, retándola a abrirlo, pero Olivia no pensaba ceder. Guardó el uniforme, preguntándose si volvería a ponérselo pronto o no. Ya volvía a ser ella, Olivia Autumn, una civil desempleada y no un piloto del Centro de Seguridad. De momento.

El camino a casa se le hizo interminable. Las calles de Dos eran largos pasillos iluminados por tubos fluorescentes en el techo cada varios metros, por lo que se encontraban en penumbra. Olivia caminaba con pasos rápidos hacia el ascensor que la llevaría al tercer piso. El Centro de Seguridad estaba en el primero, que era el único que poseía tragaluces en algunos puntos, de modo que tenía luz natural. Si uno se quedaba de pie bajo esas ventanas y miraba hacia arriba, podía ver un destello del azul celeste. En los demás pisos la única luz era artificial. A partir del cuarto nivel no había iluminación más que durante un par de horas al día. Era donde vivían los ciudadanos de clase B, los niños que nacían ilegalmente, los criminales y los abandonados. Olivia tenía la suerte de contar con una habitación, porque la familia de Rain, su novio, tenía suficiente dinero e influencia como para mantenerla. Los padres de Olivia estaban encantados con el hecho de que su hija estuviese tan bien posicionada. Adoraban a Rain, aunque Olivia no sabía si era por él como individuo o por el bienestar económico y social que le aportaba a su hija.

Cuando por fin llegó a la puerta de su habitación, Olivia supo que Rain estaba ya dentro, porque la luz ámbar que señalaba que el cuarto estaba

ocupado estaba encendida. Pasó rápidamente el identificador en su muñeca por el lector y la puerta se abrió.

—Hola —saludó.

La habitación era pequeña, con un sofá cama, una mesa y un par de sillas nada más. Las comidas se hacían siempre en los restaurantes de la ciudad, no había cocinas en las habitaciones para ahorrar energía. En el sofá, que tenía la cama plegada en ese momento, estaba sentado Rain. Se puso de pie cuando ella entró.

Su rostro era muy serio.

—¿Te has presentado a la evaluación?

Tenía en la mano la *tablet* de Olivia. En la pantalla se veía la confirmación que había recibido por correo electrónico de su admisión en la prueba. La debía haber mandado la mujer de recepción cuando ella se había presentado allí.

—¿Has leído mi correo? —preguntó Olivia, irritada.

—Creía que te había dejado claro que no quiero que te presentes a esto cuando hiciste el examen escrito. No me gusta, Olivia.

Olivia suspiró. No estaba de humor para volver a tener aquella discusión con él.

—Sí, Rain, me dijiste que no te gustaba. Y yo te dije que no me he sacado una carrera para nada. Cuando me conociste sabías que me estaba formando para ser piloto.

Rain soltó una carcajada irónica. Ni él ni nadie había esperado nunca que Olivia fuese a ser piloto de verdad. Las probabilidades eran realmente bajas.

—Así que te has presentado de todos modos. Te da igual lo que yo piense.

—No, no me da igual. Rain, sabes que esto es importante para mí. Me paso la vida aquí sentada mientras tú tienes un trabajo que te gusta, ¿no te das cuenta?

—Este trabajo que dices que te gustaría tanto significa que estarás mucho tiempo fuera de casa. ¿No ves que eso va a afectar a nuestra vida, a nuestra

relación? Olivia, yo te quiero y quiero que estés aquí, conmigo...

Olivia iba a decirle, como reflejo, que ella también le quería, pero calló. En realidad, no le quería. Le resultaba difícil sentir amor por alguien a quien ella no creía importar, alguien que anteponía sus sueños a los de ella sistemáticamente, alguien que ni siquiera entendía que ella tenía derecho a hacer con su vida lo que quisiese. Cerró los ojos un instante, agotada. No podía más. No podía seguir discutiendo con él.

Levantó el sobre que le habían dado en el Centro de Seguridad, mostrándoselo a Rain.

—Estos son los resultados de la prueba. No lo he leído aún, quería compartir ese momento contigo.

Rain resopló, enfadado.

—Me da igual. No quiero ser parte de esto.

Él estaba siendo egoísta, Olivia lo sabía. Que ella fuera piloto no significaba que no fuese a estar en casa nunca, solo que no iba a estar tan disponible para él como de costumbre. En aquel momento, en el que ella no tenía ningún trabajo, estaba allí siempre, dispuesta a comer con él, preparar la cena y esperarle expectante para hacer algún plan juntos cuando él regresase del trabajo. Esa era la situación que a ella le desesperaba, porque se aburría hasta el extremo, y también la que Rain deseaba conservar a toda costa.

—Rain, por favor.

Él no la miró siquiera. En silencio, Olivia abrió el sobre y sacó el único folio que había dentro. Era un documento oficial, sellado.

Sintió que el corazón se le detenía un instante. Aunque siempre había tenido la esperanza de conseguirlo, en el fondo había albergado una sombra de duda en su interior. Y, sin embargo, allí estaba, en su mano. La orden de unirse a la Misión Cinco como piloto.

—Rain... Rain, me han elegido. Lo he conseguido.

—Pues muy bien. —Él solo tardó un segundo en tragarse su asombro y convertirlo en enfado—. Mira, Olivia, ha llegado el momento de que decidas

qué es más importante para ti, si yo, nuestra vida, todo lo que hemos construido juntos... o este nuevo capricho tonto que tienes. Elige. Ahora. No quiero esperar más. Y cuando entres en razón, no quiero volver a oír hablar de eso —señaló el documento con un gesto desdeñoso—. Lo olvidaremos los dos y ya está. No quiero discutir más contigo.

Olivia le miró, impotente. No quería pelearse con Rain, pero él no se lo estaba poniendo nada fácil. Seguramente se ponía radical porque imaginaba que ella no sería capaz de dejarle allí. Darle un ultimátum era su forma de presionarla para que renunciase al puesto que le acababan de dar y que tanto le había costado conseguir.

En cierto modo, tenía razón. Era difícil elegir, no porque se sintiera ya lo mismo que antes, sino porque significaba renunciar a su vida entera. A todo lo que estaba acostumbrada y a todo lo que daba por hecho. Su casa, sus amigos, que eran los de él, la seguridad. Se podía imaginar que sus padres pensarían que dejar a Rain sería hacer el tonto, tirar por la ventana todo lo que había logrado en los últimos años.

Y, aun así, no podía resistir la idea de abandonar su sueño. De hecho, no podía aguantar la perspectiva de quedarse con Rain, incluso si no estuviese en juego su trabajo como piloto. Vivir con él sabiendo como sabía ahora que a él no le importaban las aspiraciones de ella, sabiendo que era un egoísta manipulador, sabiendo que ella, en el fondo, no le quería ya. Que no había sido capaz de responderle a un «te quiero». Toda su relación sería falsa. Olivia no quería vivir así.

Aunque se sintiera confusa, en realidad sabía que había decidido ya.

—Me voy, Rain. Si de verdad piensas eso, es mejor que me vaya.

Rain se encogió de hombros y se dio la vuelta.

—Cierra la puerta cuando salgas. La reprogramaré para eliminar el acceso con tu identificador.

Olivia contuvo un gesto de decepción. Quizá esperaba alguna reacción por su parte. Que se echase atrás, que retirase lo dicho. Dado que no fue así, decidió no aguardar más. Recogió rápidamente sus cosas y se dirigió a la

puerta.

CAPÍTULO 2

El día en el que se incorporaba la tripulación, el bullicio reinaba en el puerto en el que se encontraban las tres naves que formarían parte de la expedición. A un lado estaban estacionadas las dos más pequeñas, la Dingo y la Saiga. El otro lo ocupaba por completo la nave insignia. En su costado, un pintor terminaba de plasmar el nombre Serval. Sobre su cabeza, las altas grúas que habían colocado las naves en su sitio previsto para la salida se retiraban. La bóveda sobre el puerto era muy amplia, dejando mucho espacio de maniobra. En el centro había un gran agujero oscuro: el túnel por el que tendrían que pasar las naves. Estas parecían saberlo y aguardar tranquilas, reservando sus fuerzas. Numerosas personas iban de una a otra, subiendo las últimas piezas del cargamento o revisando que todo estuviera en orden.

Entre ellas, destacaba una figura que había permanecido inmóvil en las escaleras mecánicas que llevaban a la plataforma del puerto. Era un hombre delgado y de estatura media que avanzaba por la plataforma con la mirada clavada en las naves, maravillado. Su paso enérgico era interrumpido por una marcada cojera que le hacía de lastre. Sin embargo, lo más llamativo en él eran sus ojos, que brillaban con entusiasmo observando la escena, como si no pudiera creer del todo que tenía la suerte de ser testigo de aquello. Aquel hombre estaba extasiado como un niño entrando en la feria; no tenía claro qué atracción le fascinaba más.

Olivia podía comprenderle, porque ella también se sentía ilusionada. Miraba las naves sin poder creer del todo que ella iba a pilotar una de ellas, haciendo que se moviese como si fuera una extensión de sí misma. Viajar a toda velocidad sobre una máquina era lo más cercano que podía imaginar a lo que se debía sentir cuando se volaba. Levantar el vuelo como un pájaro y planear por el aire había sido uno de los sueños de Olivia desde que era una niña, y aunque sabía que era imposible de realizar, en ocasiones se había

descubierto a sí misma buscando sensaciones similares en su día a día. Pasó la mano por el costado de la Saiga, con respeto.

—Autumn. —La voz del capitán Barrow la sobresaltó—. Me alegro de verla. ¿Todo en orden?

—Sí, capitán, todo en orden —respondió ella. También ella se alegraba de verle a él, pero no era apropiado comentarlo.

—Por aquella puerta encontrará el complejo de laboratorios y oficinas. Al otro lado están las canchas de entrenamiento. Estamos alojándoos a todos en las naves ya, pregunte por el señor Blaze para que la dirija a su camarote. Mañana empezaremos la formación.

—Muy bien. Gracias, capitán.

Barrow sonrió con calidez y Olivia sintió que tenía un amigo en él. No sabía por qué, pero le había caído en gracia a aquel hombre. Había algo que les conectaba, como si se conocieran de antes.

Se quedó allí un momento, pero el capitán ya había desviado su atención hacia otros asuntos que la requerían. Olivia buscó al señor Blaze, un hombre de mediana edad que parecía estar muy ocupado organizando a todo el mundo, y descubrió que le correspondía el camarote número 113 a bordo de la Serval. En cada una de esas pequeñas habitaciones había dos literas, con lo cual cuatro personas dormían allí. Olivia supuso que era el mejor modo de conocer rápidamente a algunos de sus compañeros. Sería importante congeniar con ellos para facilitar la convivencia durante el viaje, por lo que se propuso poner todo de su parte para llevarse bien desde el principio.

El camarote era estrecho, con espacio únicamente para las dos literas enfrentadas. Debajo de cada cama había un par de cajones y en el techo estaba integrada una luz azulada. En una de las camas estaba sentada una mujer menuda, de cabello rubio y grandes ojos azules, que se puso de pie cuando Olivia se detuvo en la puerta.

—¡Hola! —saludó—. ¿Eres mi compañera de camarote? Menos mal, ya empezaba a pensar que estaba sola. Molly May —se presentó, tendiéndole la mano.

Olivia la estrechó con firmeza, en contraposición al gesto suave de ella.

—Olivia Autumn —contestó—. ¿Solo estamos nosotras dos?

—Parece que sí. ¿Tú también eres enfermera?

Olivia entendió rápidamente que si pensaba que la iban a colocar con los demás pilotos estaba muy equivocada. Si Molly era enfermera, eso significaba que les habían puesto juntas no por su empleo, sino por su género. Tendría más sentido estar con el resto de pilotos para conocerse mejor y cuadrar sus horarios, pero Olivia no tenía ni voz ni voto en aquello, así que decidió aceptarlo.

—No. Piloto.

—¡Oh! ¿De verdad? —Molly parecía muy sorprendida, pero no añadió nada.

A Olivia le pareció que cambiaba la forma en la que su compañera la miraba, pero no hizo ningún comentario. Al cabo de un momento, Molly volvió a sonreír como antes y no volvió a sacar el tema. Olivia no pudo evitar sentir que la mujer le agradaba; su actitud amable y conciliadora hacía que fuese fácil sentir aprecio por ella.

Acababa de colocar sus cosas en el cajón para instalarse en la litera de abajo, enfrente de Molly May, cuando un muchacho apareció en la puerta del camarote. Era un chico que apenas llegaba a los veinte años, flaco, con ojos redondos de cachorro y el pelo castaño despeinado. Parecía muy perdido.

—¿Este es el camarote 113?

Molly y Olivia cruzaron una mirada.

—Sí, este es —respondió Molly—. ¿Querías algo?

—¿Me han puesto en un camarote de chicas? —exclamó el muchacho, incrédulo. Molly se encogió de hombros.

—Será que no somos tantas como para llenar un camarote entero —supuso, conciliadora—. ¿Cómo te llamas? Nosotras somos Molly y Olivia.

—Autumn —corrigió Olivia.

—Berry Pembroke —se presentó él—. Soy guardia del Centro de

Seguridad —lo decía como si ni él mismo terminase de creerlo.

—¿Desde cuándo? —preguntó Olivia.

—Desde hoy...

Olivia salió del camarote y fue a buscar a Blaze. Pembroke era uno de esos bebés de padres con influencia a los que colocaban en el Centro de Seguridad solo por el prestigio que esto traía a la familia, sin tener en cuenta las aptitudes del niño. El Centro los toleraba de tanto en tanto porque las generosas donaciones de los padres compensaban el estorbo que podían suponer los jóvenes imberbes y sin entrenamiento.

—Debe haber un error —le explicó al señor Blaze—. Hay un guardia del Centro de Seguridad en nuestro camarote, Berry Pembroke.

—Sí —confirmó Blaze después de consultar la lista de camarotes—. ¿Dónde está el problema, Autumn?

—Pensé que era un camarote de mujeres.

—Se equivocó.

Empezando a enfadarse, Olivia volvió al camarote. Podía tolerar que la separasen de sus compañeros pilotos por cuestión de género, pero no dejaría que la metieran en el camarote de los vulnerables, de los niños de mamá y las enfermeras de ojos inocentes. Ella no tenía nada que hacer allí; si bien era novata en cuanto a que nunca había ejercido como piloto, se había curtido en la Escuela y tenía esa experiencia. Además, lo había hecho remarcablemente bien en las pruebas, según los resultados. Ella no era vulnerable, no era una niña ni una damisela en apuros. No quería que se la metiera en esa caja desde el principio por juntarse con gente como Pembroke y Molly May.

Cuando llegó al camarote se encontró con que alguien había vaciado su cajón y había colocado todas sus cosas en la parte de arriba de la litera. El hombre que se había adueñado de su cama, la de abajo, se encontraba allí mismo, colocando sus cosas.

Olivia entró como un huracán en el camarote. Lo que le faltaba, que viniera el siguiente último mono a quitarle su cama. Se plantó junto al hombre y le dio un pequeño empujón en los hombros con las puntas de los

dedos. Habría que enseñarle al imbécil de turno que ella no estaba dispuesta a ser mangoneada.

—¿Qué haces?

Para su sorpresa, el hombre se tambaleó y se habría caído de espaldas al suelo de no haber sido porque tenía la cama justo detrás. Se estrelló contra la litera y se quedó allí, mirándola, a medias horrorizado y a medias calculador, como si se estuviese pensando con qué clase de enemigo se enfrentaba y qué estrategia seguir. Olivia clavó la vista en él y de pronto entendió por qué le había hecho perder el equilibrio: Era el hombre que había contemplado maravillado el puerto y las naves. Tenía un extraño rostro, un poco distorsionado, como si lo hubiese dibujado alguien con poca técnica. Viéndolo más de cerca Olivia se dio cuenta de que su pierna izquierda era de metal, y se perdía bajo la pernera del pantalón, recogida por encima de la rodilla. Su brazo derecho también había sido amputado y sustituido por una prótesis justo por debajo del hombro. La mano, que se cerraba en aquel momento sobre las barras de la litera para sostenerse, era detalladísima, llena de articulaciones y sensores que daban a entender que su dueño era capaz de percibir con ella algunas cosas, casi como si fuera real.

Olivia comprendió súbitamente el profundo horror que expresaban aquellos ojos verdes. Había empujado a un hombre lisiado, a un cojo. La vergüenza la llenó por dentro inmediatamente y le tendió la mano para ayudarle a ponerse en pie.

El hombre la rechazó y se incorporó solo. Entonces, algo frío rozó las piernas de Olivia, sobresaltándola. Era un robot bajito, que se movía a cuatro patas con tanta fluidez como si fuera un animal real o si estuviera hecho de agua. Estaba hecho de metal gris y negro sin pintar y tenía grandes orejas móviles y una larga cola espinosa. Sus ojos eran meras grabaciones a los lados de la cabeza; aquella criatura artificial veía mediante un sensor de luz y movimiento situado en la trufa de su afilado morro.

—Estoy bien, Fennec.

Como si lo comprendiese, el robot se separó de él y flexionó sus patas un

momento para saltar hasta la cama. El salto fue potente, pues la criatura debía pesar mucho. La cama se tambaleó.

—Lo siento —murmuró Olivia—. No me había dado cuenta... Es que esa es mi litera. No pretendía...

—Bueno, supongo que ahora te habrás dado cuenta de por qué no puedo quedarme en la de arriba —respondió el hombre—. Espero que no te importe.

—No, claro...

—Olivia no sabía nada —intervino Molly May, queriendo echarle una mano—. No lo ha hecho con mala intención. Seguro que no le importa dejarle su litera y le habría dado permiso si le hubiese preguntado.

El hombre ahogó una carcajada irónica.

—Gracias por la explicación —replicó, mordaz—. Había llegado yo solo a la conclusión de que Olivia no sabía nada.

Olivia frunció el ceño.

—Ya he dicho que lo siento. Espero que podamos olvidarlo —masculló—. Me llamo Olivia Autumn.

—Ah, muy bien. Yo soy Malen Hawke. Pero para ti me quedaré con Olivia-No-Sabía-Nada. Te pega más.

Aquella fue la gota que colmó el vaso. Olivia podía admitir que había obrado mal, pero no estaba dispuesta a quedarse ahí y permitir que le hablasen así. Sobre todo cuando aún estaba intentando digerir el enfado con el modo en el que se habían repartido los camarotes.

Se dio la vuelta y salió del camarote sin decir nada más. A su espalda, escuchó la voz de Hawke llamándola:

—¡Olivia-No-Sabía-Nada! ¡Espera un momento! ¡Autumn!

Sin darse la vuelta, aprovechó que Hawke no podía alcanzarla y aceleró el paso. No se detuvo hasta encontrarse con el capitán Barrow, que la miró con curiosidad.

—¿Sí, Autumn?

—Capitán —dijo ella, airada—. No me han puesto en el camarote con los

demás pilotos. Siendo dos de nosotros por cada nave pequeña y cuatro en la Serval, tendríamos que tener dos camarotes enteros solo para pilotos. En lugar de eso, a mí me han puesto en el camarote 113.

El capitán hizo una pequeña pausa, como si estuviera dejando que Olivia desinflase un poco su enfado antes de responderle.

—Efectivamente, los siete otros pilotos están conviviendo juntos — confirmó—. Pero el octavo puesto ha sido ocupado por el ingeniero jefe de la Serval. Tenemos nuestros motivos para colocarle allí. ¿Tiene usted algo en contra del camarote 113?

Olivia sintió que el orgullo herido ardía en su interior. No había ningún motivo para negarle a ella su plaza en el camarote de los pilotos, salvo alienarla y separarla del grupo. Con aquella decisión, los oficiales le estaban diciendo que, para ellos, Olivia no era un piloto más, que era menos.

—Sí —exclamó, sin ser consciente de que estaba levantado la voz—. Sí, tengo algo en contra. Tengo algo en contra de que me pongan en el camarote de las mujeres, los niños y los lisiados. Yo soy un piloto, he pasado las pruebas como todos los demás. No me aparte del equipo, porque formo parte de él. Me parece una injusticia que por ser mujer me ponga a la altura de un muchacho que aún no tiene pelo en las piernas y de un hombre al que le falta la mitad del cuerpo.

El capitán calló. Su mirada se clavó en un punto por encima del hombro de Olivia, que se dio la vuelta para ver a Hawke, que la había seguido hasta allí y estaba de pie, apoyado en su muleta, a unos metros de ella. Lo había escuchado todo, por supuesto.

—No voy a cambiarla de camarote, Autumn. Ahora, si me disculpa, tengo cosas más importantes que hacer.

Avergonzada, Autumn aceleró el paso para alcanzar a Hawke, que se marchaba sin decir nada. El hombre la miró de reojo, sin volver hacia ella su cara deforme, y continuó andando a su ritmo, con dignidad.

—Lo siento —repitió ella. Le había pedido perdón ya tantas veces que había perdido la cuenta.

—No se preocupe.

—No, yo no quería decir...

—Quería decir lo que dijo. Mire, a lo largo de mi vida me he encontrado con muchas personas que tienen opiniones y hacen comentarios —señaló fríamente Hawke—. No es usted la primera ni será la última. Ahora, si me permite un consejo, Autumn, le diré que no tiene usted más opción que convivir con nosotros, lo más bajo y lamentable de la tripulación, así que será mejor que procure reprimir las náuseas que le causemos y disimular lo mejor que pueda. A mí no me afectan sus apreciaciones, pero es posible que a Pembroke y a May sí. Así que es mejor que se abstenga de hacerlas.

Olivia se detuvo en el sitio, petrificada. Hawke siguió andando, sin volver la mirada hacia ella y enseguida la dejó atrás. Avergonzada, Olivia regresó al camarote, en el que se encontraba solo Molly May.

—Te estaba esperando —le dijo ella, con suavidad, sin mencionar el conflicto que había presenciado hacía unos momentos—. ¿Querrías venir conmigo al comedor? No sé por qué, siempre me ha dado apuro comer sola. Te lo agradecería mucho.

—Claro —respondió Olivia, aliviada al recibir inmediatamente una posibilidad de hacer algo para llevarse bien con al menos una de sus compañeros de camarote—. Vamos.

Molly May le sonrió y la cogió del brazo por el pasillo.

—Es difícil empezar en un sitio nuevo —comentó—. Los caminos siempre parecen más largos cuando se los recorre por primera vez, ¿no te parece?

Olivia asintió y no dijo nada. Pensó que ojalá Molly tuviese razón y se tratase solo de eso, un mal principio.

CAPÍTULO 3

Durante los siguientes días, el capitán Barrow se encargó de tener a todo el mundo ocupado y en movimiento constante. La tripulación de sus tres naves se hizo todo tipo de pruebas médicas y análisis para certificar que todo estaba bien. Incluso a Hawke le hicieron deshacerse de su pierna y su brazo mecánicos para someterse a algunas de las exámenes. Además, el ejercicio físico era una parte importante de su vida allí; había un mínimo de horas que debían dedicar al día al entrenamiento. Barrow quería que todas las personas bajo sus órdenes estuvieran en perfecta forma.

Durante las simulaciones de todo tipo de situaciones y emergencias Barrow demostró que era un líder fiable, que sabía reaccionar bien y administrar sus fuerzas con sabiduría. Tenía una notable habilidad para valorar las capacidades de los suyos y organizarles de acuerdo a ellas, de modo que todo el mundo daba lo mejor de sí. En los ratos libres, en los que la tripulación hablaba y comentaba el día, nunca se oía un comentario negativo sobre el capitán.

Aquellos días sirvieron también para ir especificando el puesto de cada uno. Entre los pilotos estaba por decidir aún dónde estaría a bordo cada uno y qué papel ocuparía en la jerarquía. El cargo más ambicionado por todos era el de primer piloto de la Serval, la nave insignia. Durante los entrenamientos y las simulaciones, Olivia se esforzó al máximo para estar por encima de sus compañeros, dispuesta a demostrar que estaba tan capacitada como ellos para asumir ese puesto. O incluso más.

Los resultados no se hicieron esperar y pronto quedó a la vista de todos que ella era la piloto más preparada del equipo. Solo tenía un rival: Sunny Meadow, que alcanzaba las mismas puntuaciones que ella en casi cada una de las pruebas.

—Este Meadow es bueno —le comentó Pembroke una mañana, estando

los dos frente a las pantallas que anunciaban los resultados en una de las pistas de entrenamiento—. Aunque yo creo que no tanto como tú.

Olivia sonrió. Aunque seguía molestándole ligeramente que uno de sus contactos más cercanos dentro de la tripulación fuera su jovencísimo compañero de cuarto, porque hacía que los demás les metieran en el mismo saco y la trataran a ella también como si fuera una niña, tenía que admitir que el muchacho era muy agradable cuando quería.

—Lo intenta, pero aún no lo ha conseguido —respondió, fracasando al intentar ocultar su orgullo.

En ese momento, Hawke entró en la pista de entrenamiento por primera vez. Pembroke y Olivia le siguieron con la mirada, curiosos, mientras él dejaba a un lado su muleta y a su compañero robótico Fennec y se acercaba cojeando a las instalaciones.

—Nunca le había visto entrenar —comentó Olivia—. La verdad es que no entiendo por qué va a venir. No es del Centro de Seguridad... No sé muy bien qué hace.

—¿No lo sabes? —Pembroke la miró con una sonrisa tonta, porque se había convertido ya en un chiste dentro de su camarote que Olivia muchas veces no se enteraba de las cosas que no le concernían directamente a ella—. Hawke es un inventor. Él diseñó las naves, las tres. Lo ha hecho todo. También a Fennec lo hizo él, y se construyó su propio brazo y su propia pierna. Es un genio.

A su pesar, Olivia miró a Hawke con otros ojos.

—Aun así, no sé por qué viene. ¿Qué pinta un diseñador en una misión como esta, por muy genio que sea?

—Ni idea. A lo mejor quería vivir en primera persona la experiencia de viajar en una de sus máquinas. Las mira como si fueran sus hijos.

Era verdad. Olivia ahogó una carcajada.

—Voy a ver si necesita ayuda.

Le dio una palmada en el hombro a Pembroke como despedida y se acercó

a Hawke. Sin embargo, se detuvo antes de llegar hasta él. El inventor estaba colgado de una barra, sujeto a ella con su brazo de metal y su brazo orgánico, y subía y bajaba como si no le costase esfuerzo. Por primera vez, Olivia fue consciente de que a raíz de tener que soportar mayor carga, sus extremidades sanas eran fuertes y resistentes. Su mano metálica, por otro lado, aferraba la barra con total seguridad, como una pinza inexorable.

Sin saber por qué, se sintió cohibida y decidió no ofrecerle ayuda. Parecía que Hawke se las valía bien por sí mismo. Insinuar que no era así podía ser tomado como un insulto.

Cuando terminó la serie, Hawke clavó la vista en ella. Olivia le devolvió la mirada, sin tratar de fingir que estaba observando a otra persona. No se le daba bien ocultar las cosas, prefería ir con la verdad por delante. Si Hawke le preguntaba qué estaba haciendo, se lo diría.

Él no preguntó. En lugar de eso, ladeó la cabeza y suspiró.

—Olivia-No-Sabía-Nada —llamó, con suavidad—. Veo que estás encabezando el marcador. Enhorabuena.

Como muchas veces que hablaba con él, Olivia no tenía claro si estaba siendo serio o si se burlaba de ella. Hacía unos días ya que había decidido entender todo lo que él le dijera como si fuese de buena voluntad. Si no lo era, peor para él. Ella no tenía por qué darle vueltas en su cabeza.

—Muchas gracias, Hawke-Todo-Lo-Sé —respondió, con total seriedad.

—De nada. Eres la más fuerte, la más rápida, tienes una visión espacial envidiable... me tienes admirado. Casi parece que te estés preparando para los Juegos Olímpicos... No sé si tienes en cuenta que hace siglos que no se celebran. Pero me alegro de que estés preparada por si acaso deciden volver a hacerlos.

—Estoy intentando convertirme en la primera piloto del Serval —explicó ella.

—Ah... Me imagino que debe ser una maravilla estar al mando del rumbo del Serval. Tiene una maniobrabilidad suprema. No está bonito que lo diga yo, pero ha salido muy bien, qué le vamos a hacer. Supongo que habrás

hablado con Barrow.

—Querrás decir el capitán Barrow, Hawke. ¿Por qué tendría que haber hablado con él?

Hawke se encogió de hombros.

—Todos los pilotos que tienen alguna ambición de ser primeros en alguna de las naves están solicitándolo personalmente. Al capitán le gusta que mostréis interés.

Olivia sintió una punzada de angustia en el pecho. A ella no se le había ocurrido siquiera que fuera necesario hablar con el capitán, suponía que él escogería a los más preparados para los puestos más importantes, porque estaba implícito que todos estaban interesados en ellos. No se podía creer que fuera a pagar una novatada como aquella.

Miró a Hawke, que supo leer el susto en sus ojos.

—Venga, ¡ve! —instó él.

Olivia echó a correr por el pasillo y subió la escalera que llevaba a la cámara del capitán. Tocó a la puerta. Pasaron unos interminables segundos antes de que Cliff Barrow abriera.

Autumn saludó.

—Capitán Barrow —dijo ella—. Querría comentarle una cosa.

—Muy bien, pasa. Me gustaría felicitarla por los resultados de sus entrenamientos, Autumn. Son impresionantes.

Saber que él valoraba sus esfuerzos infundió algo de valor en Olivia, que respiró más tranquila.

—Gracias, capitán. Venía a informarle de mi enorme interés en ser la primera piloto de la Serval, si usted me considera capacitada para ello.

Para la inquietud de Olivia, el capitán suspiró.

—Autumn, cuánto lo siento. No me cabe duda de que es usted plenamente capaz de asumir el mando, pero me temo que los cargos ya se han distribuido. Usted ha sido asignada a la Dingo, como segundo piloto.

Olivia se tragó con esfuerzo su decepción.

—Vaya. Bueno, muchas gracias de todas formas, capitán. Perdona que le haya molestado. —Se dio la vuelta para marcharse, pero una vez cruzada la puerta se detuvo un momento—. Disculpe que le pregunte, ¿quién va a ser el primer piloto de la Serval?

El capitán había vuelto a sentarse tras la mesa y revisaba unos papeles que había sobre ella. No miró a Olivia.

—Sunny Meadow.

Sin decir nada, porque él ya no estaba pendiente de ella, Olivia cerró la puerta. Encontró a los demás en una de las piscinas a las que Pembroke, Molly y ella acudían a veces después de pasar por las pistas. A mediodía no había nadie entrenando allí, de modo que podían utilizar el lugar para relajarse. Allí estaban los dos, remojándose. Hawke también estaba allí, al otro lado de la piscina, de pie junto a uno de los banquillos del borde. Se había deshecho de su pierna y ahora se descolgaba el brazo.

Olivia procuró no clavar los ojos en él, porque era un espectáculo que se le antojaba grotesco, pero no pudo evitar mirar cuando, libre ya de los miembros de metal, Hawke se deslizó hasta dentro del agua. Sumergido era como otra persona; se movía con enorme agilidad, lleno de energía, parecía que estuviese entero. Olivia se avergonzó de estar pensando en él en esos términos, pero no había podido evitarlo. Hawke parecía estar en su elemento natural en el agua, y ver su silueta pasar por debajo de la superficie era fascinante. Parecía una criatura submarina, un tritón, ágil y fuerte mientras estuviese en su mundo.

Se acercaron los dos a Molly y a Pembroke, Olivia caminando por el borde de la piscina y Hawke nadando. Molly les recibió con una sonrisa. Pembroke se echó a un lado para que Olivia pudiera descalzarse y sentarse con los pies metidos en el agua.

—¿Qué tal ha ido todo? —preguntó Hawke.

Olivia suspiró.

—Le han dado el mando de la Serval a Meadow.

Ellos respondieron con un coro de gruñidos y quejas, para demostrar que

estaban de su parte. Molly salió de la piscina para sentarse a su lado y le puso una mano en el brazo un momento, queriendo consolarla. Olivia se encogió de hombros.

Aquello era una injusticia, pero tampoco había necesidad de llorarle a todo el mundo. Sus compañeros no podían hacer nada. En aquel momento, se alegró de tener con ella a aquellos tres conocidos, porque no tenía la menor gana de reunirse con los demás pilotos.

—Tendría que habérselo dicho antes al capitán —concluyó.

—Sinceramente, Olivia, no sé si te lo habría dado. —Molly puso cara de circunstancias—. A mí me parece que en general todos los del Centro son bastante machistas. No creo que se hubieran sentido cómodos bajo el mando de una mujer.

—Mira la mosquita muerta —exclamó Hawke—. Saliéndose de su línea de dulzura constante y diciendo verdades como templos.

—¡No me llames mosquita muerta! —se quejó Molly.

—Ah, pero es que eres una mosquita muerta.

—Cállate, Hawke —gruñó Olivia.

—Pues si es por eso, a mí me parece una tontería —intervino Pembroke—. Yo te habría puesto de primer piloto sin dudarlo, Autumn. Eres la mejor piloto, lo dicen los marcadores. No hay nada más que pensar ahí, lo eres y punto.

Molly May negó con la cabeza, poco convencida.

—No es tan fácil, Berry. Se tienen muchas otras cosas en cuenta; entre ellas, que en estos ambientes siempre se tiende a admitir mejor a un hombre en una posición de autoridad. Y es muy difícil cambiar eso...

—Pues yo seguiría a Autumn sin ningún problema. Si yo fuera piloto y ella la primera piloto. Bueno, y si yo fuera capitán también para haberla puesto de primera piloto.

—Qué optimista es eso. Fíjate, Olivia-No-Sabía-Nada, para que seas primera piloto solo hace falta que Pembroke ostente dos cargos a la vez —

señaló Hawke.

—Gracias, Hawke-Todo-Lo-Sé, por compartir tus apreciaciones —replicó Olivia.

Se sobresaltó, dando un pequeño respingo, al notar un contacto frío en su brazo. Era Fennec, que se había arrimado a ella para frotarse contra su piel amorosamente. La miró con sus ojos grabados antes de continuar restregándose.

—Te está consolando —informó Hawke.

—¿Se lo has mandado tú?

—No. Fennec no está programado para mostrar cariño. Al contrario... Si está programado para algo, es para desconfiar.

Olivia no entendió aquello, pero decidió no preguntar. Le daba la sensación de que a veces Hawke decía cosas crípticas por decirlas, a sabiendas de que nadie iba a entender lo que quería decir.

—Es muy extraño. Tú lo diseñaste, ¿verdad? ¿Qué es?

Hawke chasqueó la lengua con un gesto parecido a la modestia.

—Pretende ser similar a un tipo de zorro. Es un animal que existió antiguamente...

—Ya —dijo Molly—. Como los de las fábulas.

—Exacto.

—La mosquita muerta también lee —agregó ella, con una sonrisa elegante. Hawke bajó la mirada, divertido, como si admitiese una derrota.

Acariciando la cabeza de Fennec, Olivia no pudo evitar desconectar de lo que pasaba a su alrededor y pensar en la decepción de no haber logrado el puesto que anhelaba. Sin quererlo, empezó a pensar en Rain y en la última conversación que había tenido con él. Quizá había tenido razón al oponerse a que ella continuase con su carrera profesional. Puede que al expresar esa opinión él no estuviera diciendo que no confiaba en que ella pudiese lograrlo, sino que el camino iba a ser demasiado duro, demasiado complicado. No por ella, sino por los demás. Tal vez Rain había intentado advertirle que iba

siempre a acarrear un lastre que le dificultaría las cosas en aquel ámbito, que nunca iban a juzgar sus esfuerzos con objetividad solo por ser una mujer. Y si era eso lo que Rain había tratado de explicarle, entonces podía ser que tuviera razón.

En aquel momento, desanimada, Olivia pensó que había sacrificado demasiado por su sueño y que no era justo que ahora le pusieran trabas y más trabas para hacer lo que quería. Había dejado atrás a Rain y con ello se había ganado la desaprobación de sus padres, que se habían mostrado muy disgustados al recibir la noticia. ¿Merecía la pena todo eso para acabar en un mundillo en el que por mucho que hiciera su superior no reconocía su mérito?

—Cuando acepté este trabajo, mi novio me dijo que me estaba equivocando. Pensé que dudaba de mí, pero... viendo cómo son las cosas, me empiezo a preguntar si no tendría razón —murmuró, sin mirar a los demás.

Fennec se separó de ella súbitamente. Girando con sus delicadas patas articuladas, se separó un par de metros y agitó violentamente la cola llena de pinchos, molesto. Después, se alejó hasta llegar al banco donde su dueño había dejado la muleta y sus prótesis, y se acurrucó allí.

Olivia le miró marchar, perpleja. Se volvió hacia Hawke buscando una explicación a aquella muestra de rechazo, pero el inventor solo le respondió con una sonrisa burlona.

—Qué romántico, Olivia-No-Sabía-Nada —comentó—. ¿Y dónde está ahora ese encantador personaje?

—No en mi vida —respondió Olivia.

—Eso está muy bien —la felicitó Hawke.

Dando la conversación por terminada, se sumergió de nuevo y se alejó para hacer algunos largos. Ni Pembroke ni Molly comentaron nada.

Olivia se quedó un buen rato callada, inmersa en sus pensamientos. Fennec tenía razón. No tenía que pensar así. Rain había tenido aquella discusión con ella solo porque era más cómodo para él que Olivia se quedase, ya estaba. No había tenido motivos más trascendentales ni había fundado su opinión en sus conocimientos de la sociedad y el sexismo en el Centro de

Seguridad. No merecía la pena hundirse a sí misma pensando así, en lo que podía haber sido y en lo que había perdido. Aquello tenía que pasar. Además, ella ya no quería a Rain. Solo eso ya era una muy buena razón para terminar su relación con él, independientemente del éxito o no que tuviera como piloto.

Al día siguiente, fue a la reunión que el capitán Barrow convocó para los pilotos. En ella estudiaron a fondo el camino que tendría que seguir la expedición. Se había abierto mediante explosivos una entrada a uno de los túneles de metro de la metrópolis que antiguamente había existido encima de donde estaba ahora la ciudad Dos. Las naves debían ascender por la vía recién abierta y después torcer hacia el oeste en un ángulo relativamente cerrado para entrar en el antiguo túnel de metro. Seguirían por él hasta llegar a la ciudad burbuja. El único momento realmente arriesgado del viaje era ese primer giro; después, solo tenían que tener cuidado de seguir el camino correcto y no perderse en la intrincada red de túneles.

Durante toda la explicación, Olivia tomó notas metódicamente y escuchó con toda su atención. Se había despertado decidida a hacer lo mejor que pudiera con lo que le daban, pues había concluido que no tenía muchas otras alternativas. De modo que iba a ser la mejor segunda piloto que había tenido el placer de conocer en su vida el capitán Barrow. Que no se dijera que ella no trabajaba duro.

CAPÍTULO 4

Por fin llegó el día del comienzo del viaje. El puerto estaba tan lleno de actividad como un hormiguero y la emoción se sentía en el ambiente. Todos estaban embargados por un entusiasmo irreprimible, como aquel que antiguamente habían sentido los que se hicieron a la mar para descubrir nuevas rutas hacia lugares lejanos. El sentimiento de estar formando parte de algo grande era tan intenso que resultaba difícil no contagiarse.

Olivia había reunido todo lo que necesitaba para la jornada porque, al igual que los otros tres pilotos de la Dingo y la Saiga, tendría que pasar el día en una nave diferente a aquella en la que se encontraba su camarote. Una vez hecho el peligroso giro habría concluido el día de viaje y se detendrían para pasar la noche, de modo que dormiría en su cama, aunque hiciera el viaje a bordo de la Dingo.

Esta iba a ser la primera de las naves en salir. Después, esperarían veinte minutos para dar algo de margen a la Dingo antes de que despegase la Serval. Otros veinte minutos más tarde saldría la Saiga cerrando la comitiva.

—Autumn, sube a bordo. Cerramos puertas en tres minutos —le comunicó un oficial cuando se dirigía a la puerta lateral de la Dingo.

Podía haberle molestado que le indicase eso cuando no hacía falta, porque ella ya estaba yendo. En lugar de eso, sintió que se le erizaba el vello en los brazos al escuchar que solo quedaban tres minutos para cerrar las puertas. Eso significaba que despegarían en menos de un cuarto de hora.

—Entendido —respondió, sobriamente y sin detenerse.

Estaba a punto de subir a la nave cuando una mano como una garra se posó en su hombro. Olivia se volvió de prisa, tensa, y se relajó al ver que solo era Hawke.

—¿Quieres algo? —preguntó.

La expresión del inventor era extraña. Parecía nervioso y decidido a la

vez, como si estuviese haciendo algo muy peligroso, pero de cuya importancia estuviese convencido.

—Autumn, necesito hablar contigo un segundo.

—No es un buen momento —le sorprendió que él la llamase Autumn, pero no le dio demasiadas vueltas. Había perdido las ganas de intentar dilucidar qué era lo que Hawke quería decir y por qué lo hacía.

—Me lo imagino, pero es muy importante. Tiene que ser ahora.

La urgencia en los ojos de él la convenció. Las luces de la Dingo le iluminaban el rostro y sus iris resplandecían del mismo color que las hojas de la hiedra. La imagen mental fue extraña para Olivia, que solo había visto plantas en fotografías y vídeos.

—Está bien.

Hawke la guio hasta un rincón apartado, desde el cual no se veían las naves. Olivia, nerviosa, no dejaba de mirar por encima del hombro, preguntándose cuánto duraría aquello.

—Escúchame. No puedes subir a la Dingo.

Aunque la mayor parte de las veces no sabía decir si Hawke hablaba en serio, esta vez tuvo claro que no era posible. Olivia contuvo una carcajada.

—De acuerdo, Hawke, lo que tú digas.

Hizo ademán de apartarle a un lado para regresar, pero él interpuso la muleta en su camino y la hizo retroceder.

—No, Autumn. No puedes subir a la Dingo.

—Tengo órdenes.

—No puedes.

—Es mi trabajo, Hawke. Ahora déjate de historias y quítate de en medio, no quiero tener que empujarte otra vez.

—De acuerdo. Tú no deberías estar en la Dingo, sino en la Serval. Lo sabes tú, lo sabemos todos. Incluso Pembroke, que, aquí entre tú y yo, no es precisamente un lumbreras, lo sabe. Te mereces ser la primera piloto de la Serval. ¿O no?

Olivia suspiró y se pasó la mano por la frente.

—¿De verdad te vas a poner a hablar de esto ahora?

—¡Sí! ¡Ahora! Porque, si no es ahora, ¿cuándo? Dímelo, Autumn, dime. ¿Cuándo? ¿Cuándo es mejor momento que el presente para reivindicar tu derecho? Tu derecho a ser tratada con justicia. Con justicia.

El inventor cada vez hablaba más deprisa y las palabras se agolpaban en su boca.

—Hawke, ¿estás drogado?

—No. ¡No!

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿Cuál es tu problema?

—Tú. Tú eres mi problema, porque no me escuchas. Tienes que hacerme caso, Autumn. Es muy importante que escuches con atención lo que te digo y no hagas ninguna tontería. Habla con Barlow. Haz... dile que tú tienes que estar en la Serval... dile...

El discurso de Hawke se perdió cuando su atención claramente ya no estuvo en sus propias palabras en absoluto. En lugar de eso, se fijaba en un punto en la pared detrás de Olivia, como si estuviera mirando al infinito.

Y, de pronto, ella lo entendió. Él no estaba intentando comunicarle nada. Tampoco estaba mirando la pared. Solo estaba entreteniéndola mientras escuchaba algo. Ella escuchó también. Lo que se oía era el runrún de un motor poniéndose en marcha.

Olivia apartó a Hawke de un empujón. ¡Aquello era la Dingo empezando a despegar!

Por segunda vez, el inventor perdió el equilibrio por su culpa. Por acto reflejo, se agarró al brazo de ella para no caer hacia atrás, impidiendo así que Olivia saliera corriendo. Ella tiró de él, volviendo a ponerlo sobre sus pies, y acto seguido hizo un brusco movimiento para soltarse.

Iba a correr hacia la Dingo. Incluso aunque fuese improbable que a aquellas alturas detuviesen el despegue para que ella subiera a bordo, iba a hacerlo.

Hawke alargó su mano orgánica y sujetó con ella la cabeza de Olivia, apoyando la palma en su mejilla, acariciando su oreja con los dedos. Y antes de que ella pudiera preguntarle qué diablos hacía, la atrajo hacia sí y la besó.

Aquello fue inesperado. No solo porque Olivia no se esperaba que nadie la besase en aquellas circunstancias, sino porque en ningún momento había pensado en Hawke como alguien que potencialmente pudiera besarla. Ni siquiera como alguien que potencialmente pudiera besar a nadie. La vulnerabilidad que le otorgaban su cojera y sus miembros amputados, su actitud defensiva, su mordacidad, todo aquello le convertía a ojos de los demás en alguien que no tenía ni iba a tener contacto humano de ningún tipo con nadie. Era como si Hawke llevase colgado del cuello un cartel que dijera «Yo juego solo, dejadme en paz».

Sin embargo, tenía labios, apretados en aquel momento contra los de Olivia. Labios que sabía usar, acariciando suavemente los de ella. Su piel era un poco rasposa, porque hacía ya algunas horas que se había afeitado, y el contacto se le antojó sexy a Olivia, que jamás habría imaginado que pondría a Hawke y el término «sexy» en la misma frase. Tenía lengua, pero aunque con las caricias de sus labios logró que se entreabriesen los de ella, no la utilizó.

—¿Se puede saber qué demonios haces? —jadeó Olivia cuando, súbitamente, él se separó de ella.

Hawke esbozó una sonrisa extraña, como si le hiciera gracia no saber si ella le regañaba por iniciar el beso o por interrumpirlo.

—Hay cosas que hay que hacer cuando hay que hacerlas, Autumn —respondió.

Ella se apartó y echó a correr hacia el puerto, con tan mala suerte que tropezó con Fennec y cayó al suelo. Se incorporó, llevándose una mano a la barbilla, que sangraba. El zorro mecánico la miró con sus ojos ciegos, moviendo sus orejas hacia ella con un leve sonido de bisagras.

—Maldita sea, Hawke.

Él se encogió de hombros.

—Cielos, Autumn, si reaccionas siempre así no sería de extrañar que nadie

te besase nunca.

Murmurando un insulto, Olivia se puso de pie y continuó corriendo hacia donde hacía unos momentos había estado la Dingo. Era en vano: La nave había despegado ya y se había perdido de vista.

Cuando la vieron aparecer, varias de las personas presentes, miembros de la tripulación de las otras dos naves, la señalaron y gritaron. Era evidente que habían estado buscándola. Autumn se detuvo en medio del puerto, sin responder a las preguntas que le hacían. Eran tripulantes de la Saiga, porque los encargados de la Serval estaban ya preparados para su despegue.

Olivia tenía que encontrar al capitán Barrow. Era su responsabilidad explicarle lo que había pasado. Además, necesitaba que la admitiese en otra de las naves para continuar con la expedición. El miedo a que el capitán le dijese que si no había estado en su puesto en el momento preciso la dejaría atrás le atenazaba la garganta. Angustiada, recorrió el puerto hasta llegar a la Serval.

Un guardia la detuvo en la puerta.

—Solo personas autorizadas —informó, sobriamente.

El corazón de Olivia estaba desbocado dentro de su pecho.

—Necesito hablar con el capitán Barrow. Es urgente —suplicó ella.

El guardia se internó en la nave. Olivia esperó allí, inquieta. No le habían indicado que pudiera entrar. Al cabo de unos segundos, salió el capitán. Aunque su expresión era seria y contenida, ella podía percibir su ira.

—Autumn, deme una razón para no expulsarla inmediatamente.

Antes de que Olivia pudiera decir nada, una voz respondió por ella.

—Capitán, Olivia no sabía nada.

Detrás de ella, Hawke sonreía como si estuviera intentando con todas sus fuerzas permanecer serio pero no pudiera evitar encontrar divertida su propia broma.

—Retírese, señor Hawke. —el tono del capitán era gélido.

Olivia entendía mejor que nadie que Hawke podía ser insoportable, pero

aun así le sorprendió la forma en la que se dirigía a él el capitán. En su actitud había algo más que irritación; le había hablado con un profundo y frío desdén, casi como si le odiase. La forma en la que Hawke le miraba también distaba mucho de ser respetuosa. Hasta aquel momento, Olivia no había sido consciente de la animadversión que había entre ellos.

—¿Cómo podría retirarme, si está usted a punto de regañar a esta mujer tan entregada y profesional por algo que ha sido completamente culpa mía?

El capitán ignoró a Hawke y volvió a mirar a Olivia.

—Autumn, sigo esperando una respuesta.

Olivia lanzó una rápida mirada a Hawke. Se alegraba de que él mismo hubiese admitido que había sido culpa suya, porque de ese modo le daba a ella libertad para confirmarlo sin ser una soplona. Le pareció que él le dedicaba una fugaz sonrisa, pero no supo si se lo había imaginado.

—Capitán, lo siento mucho. Tendría que haber ocupado mi puesto, pero me vi distraída en el último momento. El señor Hawke requirió mi atención y, pese a que yo insistí repetidas veces en que tenía que marcharme, no me dejó ir hasta que la Dingo ya había despegado.

El capitán miró a Hawke con el ceño fruncido.

—Es verdad, capitán —subrayó éste, alegremente.

—¿Y en qué momento se le ocurrió a usted, Autumn, que lo que fuera que necesitaba el señor Hawke pudiera ser más importante que ocupar su puesto en la etapa más peligrosa de nuestro viaje?

Olivia tragó saliva. Era consciente de que no tenía excusa, que había faltado a su deber en el momento más importante.

—Por cómo me llamó el señor Hawke juzgué que se trataba de una urgencia, capitán.

—Era una urgencia —añadió Hawke, en tono relajado—. Sentí que mi pierna fallaba y pensé que me la habría puesto incorrectamente por la mañana. El dolor es terrible, capitán, espero que usted no tenga que sentirlo nunca y conserve las dos piernas, la verdad, no se lo deseo a nadie. Además,

es difícilísimo descolgarla y volverla a encajar. Por eso solicité la ayuda de Olivia. Si le soy sincero, no tenía en mente que ella tuviera que estar ejerciendo ninguna tarea importante en ese momento, qué le voy a decir. Me imaginé que, fuera la que fuera su labor, seguramente habría un hombre al cargo y no importaría tanto si ella faltaba...

El capitán torció el gesto y dejó de mirar a Hawke, como si le disgustase demasiado como para seguir prestándole atención. Este guardó silencio, satisfecho, sabiendo que sus palabras habían surtido efecto.

Olivia miró al suelo, preguntándose si el enfado del capitán había aumentado debido a la intervención de Hawke en sí o a la crítica poco velada que había en su tono irónico.

—Lo siento, capitán.

—Suba a bordo de la Serval, Autumn. El compromiso es muy importante cuando se tiene una tarea que conlleva mucha responsabilidad. Me ha demostrado usted que por muy buena puntuación que tuviese en el marcador, no tiene usted lo que hace falta para ocupar un cargo como primera piloto. No me equivoqué al negarle el puesto cuando lo solicitó.

—Sí, capitán. Lo siento —masculló ella, bajando la mirada. La vergüenza la consumía.

—No le he oído, Autumn.

—Ha dicho que sí, capitán. Y que lo siente —intervino Hawke—. Yo la he oído perfectamente. Tal vez debería hacérselo mirar.

—Cállese, Hawke.

El capitán no se dignó a hacer ningún otro comentario hacia el inventor, ni siquiera para reprocharle su comportamiento. Ignorándole, el desprecio que demostró sentir hacia él fue aún mayor.

A Hawke no pareció importarle.

CAPÍTULO 5

El puente de mando de la Serval era muy amplio, con suelo de metal azulado y techo en cúpula. En las paredes había numerosas agarraderas, pensadas para poder sujetarse a ellas y mantener el equilibrio si la nave cambiaba de posición. Todo el puente estaba localizado en una esfera sujeta con un eje al resto de la nave, de modo que, si esta giraba, el puente se movería obedeciendo a las leyes de la gravedad, con el suelo pesado hacia abajo. Frente al panel de control se sentaban dos de los pilotos de la nave, pues hacían falta ambos para controlarla. Detrás de ellos se situaba el capitán, supervisando todas las maniobras. A su orden, los motores empezaron a rugir.

Olivia sintió la nave entera vibrando, y el movimiento se contagió a su propio estómago y pecho. Pese al reciente encontronazo con el capitán y al sentimiento de culpa, no pudo reprimir la emoción. Estaban despegando, su viaje acababa de comenzar. Discretamente, se aferró a la agarradera que le correspondía.

No muy lejos de ella, Hawke estaba también agarrado a la suya y contemplaba su propia creación entrar en funcionamiento. Sus ojos brillaban tanto que Olivia se preguntó si estarían empañados. Aquella aventura probablemente fuera la primera que él tenía la oportunidad de vivir en primera persona y le temblaba el cuerpo de pura excitación.

Incluso estando aún molesta con él por haber provocado que faltase a su deber, Olivia se conmovió por la pasión que demostraba por su trabajo. Fue consciente de pronto de que él debía haber luchado mucho para llegar hasta donde estaba. No era tan fácil como que fuese un genio y todo le saliera bien. Hawke había tenido que abrirse camino, lograr que los demás escuchasen sus ideas y confiaran en que sus diseños merecerían la pena, convencer a otras personas de que invirtiesen dinero en hacer realidad sus proyectos. Las tres

naves no eran producto de un ramalazo de inspiración, sino de años de estudio, innumerables pruebas y errores y largas horas de cálculo, dibujo y planificación. Hawke tenía talento, no cabía duda, pero también había tenido que aportar dedicación, técnica y esfuerzo. Aquella era su recompensa, la adrenalina de estar despegando a bordo de su propia nave. Formar parte de aquella expedición era lo que había ganado a cambio de una vida entera de trabajo.

—Te detesto —le susurró Olivia.

Él no la miró siquiera, pero asintió imperceptiblemente con la cabeza, así que ella supo que le había escuchado.

La nave avanzó hacia delante con un fuerte impulso, como si hubiese dado un salto antes de empezar una carrera. A partir de entonces, ya habiendo adquirido la velocidad necesaria para arrancar, se internó en la vía, acelerando progresivamente. Las luces se apagaron en el puente de mando y se encendieron los faros que iluminaban el camino. Dentro de la Serval solo brillaban los botones del panel de control. Todos los presentes recuperaron el aliento, que habían contenido inevitablemente durante el despegue.

—Estamos estables —informó Meadow.

—Mantenemos velocidad —comunicó el segundo piloto.

Durante los siguientes minutos los sonidos que emitía la nave fue lo único que se pudo escuchar. Los tripulantes de la Serval callaban, respetando la concentración de los dos pilotos y contemplando la oscuridad a través de las ventanas, como si fueran capaces de distinguir algo en ella.

De pronto, los faros iluminaron un cuerpo de metal que resplandeció bajo ellos.

—Capitán, estamos a la cola de la Dingo.

—Reducimos velocidad —indicó Barrow.

—Sí, capitán. Agarraos bien —recomendó Meadow.

La Serval frenó ligeramente y la inercia hizo que todos tuvieran que esforzarse en mantenerse en el sitio. La nave continuó avanzando a una

velocidad limitada, manteniendo una distancia prudencial con la Dingo.

Los nudillos de Olivia empalidecieron por la fuerza con la que ella apretaba su agarradera. Sus ojos se abrieron un poco más de lo normal y sintió que el corazón se le paraba al darse cuenta de que algo iba mal. A la vez que ella, varios de los presentes en el puente de mando se percataron del problema: La Dingo había empezado a expulsar una densa nube de humo.

—Pónganos en contacto con la Dingo —ordenó el capitán, en tono sereno.

—Sí, capitán. —El silencio a bordo de la Serval se podía cortar con un cuchillo. Solo se escuchaba la voz del piloto entre los pitidos de la nave y las interferencias de la radio—. Serval llamando a Dingo. Serval llamando a Dingo. Dingo. Dingo. ¿Me copia? Dingo. ¿Me copia? No hay respuesta, capitán.

—Pruebe por el canal general. Quizá sea un problema nuestro.

—Serval llamando a naves secundarias Dingo y Saiga. ¿Me copian?

Cuando la radio emitió el ruido blanco que indicaba que alguien iba a responder, Olivia se acordó de que debía respirar e inhaló una bocanada de aire.

—Aquí Saiga, copio. Despegamos en tres. ¿Va todo bien? Cambio.

El capitán Barrow avanzó y tomó la radio. El segundo piloto se la cedió inmediatamente.

—Serval a Saiga, parece que la Dingo está teniendo problemas —informó el capitán—. Aborten el despegue hasta recibir noticias. Cambio.

—Recibido, capitán. Abortamos despegue. Corto.

—Serval llamando a Dingo. Dingo. ¿Me copia? Serval llamando a Dingo.

La voz que respondió fue la de Pembroke. Incluso a través de la radio y por mucho que hiciera lo posible por disimularlo, se podía percibir que estaba asustado.

—Aquí Dingo. Copio.

El capitán respiró profundamente. Cuando habló, su tono era más tranquilizador y autoritario que nunca, como si la única forma de que

Pembroke no perdiera los papeles fuera que olvidase todo lo que había a su alrededor excepto lo que le decía el capitán.

—Pembroke. Barrow al habla. ¿Qué sucede? Cambio.

—Capitán —Pembroke estaba tan aliviado por estar hablando con alguien que parecía saber lo que hacía que se encontraba al borde de las lágrimas—. Ha fallado algo en uno de los motores. Estamos en ello, pero hay demasiado humo.

La voz de Pembroke calló y fue sustituida por las interferencias. El capitán se acercó el micrófono de la radio a los labios.

—Pembroke. Pembroke, ¿me copia? Pembroke, responda.

Ante los ojos horrorizados de los tripulantes de la Serval, la Dingo dio un bandazo contra la pared del túnel, haciendo que saltasen chispas al rozar el metal contra la piedra.

—Capitán, nos acercamos al punto en el que debemos girar para incorporarnos a la red de metro —informó Meadow.

—Serval llamando a Dingo.

No hubo respuesta.

—Están intentando girar —señaló el segundo piloto.

Era cierto. El primer piloto de la Dingo estaba intentando maniobrar, pero se enfrentaba a serias dificultades con lo que parecía la mitad de la nave inutilizada. La Dingo dio otro bandazo, torció su rumbo y, finalmente, se estrelló violentamente contra el final de la vía, incapaz de hacer el giro que la llevaría al túnel del metro.

Los tripulantes de la Serval no tuvieron tiempo de sentir el vacío horrible que causaba el haber presenciado la destrucción de la otra nave, a bordo de la cual iban los amigos y compañeros con los que habían desayunado aquella misma mañana. Ahora le tocaba a su nave hacer el giro o llevarles a todos a la muerte en el intento.

La Dingo rebotó y cayó, girando, hacia el otro lado del túnel. Se deslizó por él levantando una lluvia de chispas y finalmente estalló en llamas,

iluminando con luz fúnebre el trayecto de la Serval. Meadow, con pericia, inició el giro antes de encontrarse demasiado cerca del final de la vía, con lo cual pudo trazar un elegante arco y la nave aterrizó con poca velocidad en el dado correcto del túnel, dejando suficiente espacio para que la Saiga tuviera dónde parar cuando les siguiese.

En otras circunstancias, la tripulación de la Serval habría celebrado el éxito de su primer piloto con una ovación, pero nadie se sentía con ánimos para aplaudir en aquel momento. Al otro lado del hueco de la vía, la Dingo todavía se consumía. En silencio, Meadow activó las pantallas de la nave insignia que mostraban las constantes vitales de la tripulación, monitoreadas gracias a los chips que se implantaban en todos los trabajadores del Centro de Seguridad. Uno a uno, fue comprobando a todos los compañeros que habían estado a bordo de la Dingo.

No había ninguno con vida.

Las luces del puente de mando se encendieron y las puertas se abrieron cuando la esfera volvió a su posición de reposo. El capitán Barrow empezó a dar órdenes y se empezó a preparar la nave para pasar la noche. De pronto, sus ojos se clavaron en Olivia. De un par de zancadas, el capitán se plantó frente a ella. Sus puños estaban cerrados, su semblante lívido.

—Autumn —dijo, en tono tan suave que era inquietante—. Parece que a la Dingo no le habría venido mal contar con su segunda piloto, sobre todo siendo alguien tan capaz como usted. Una lástima que no estuviera allí cuando más falta hacía.

Ella no respondió, conscientemente. No podía dejar de pensar en que si ella hubiese estado a bordo de la Dingo, su nombre sería en esos momentos uno más en la lista de difuntos. Quizá el capitán tuviese razón, pero ella no veía tan claro que su presencia en la nave hubiera podido evitar el desastre.

—Considere su carrera profesional acabada —siseó el capitán—. Me encargaré personalmente de que esto sea lo último que haga en su vida.

Sin detenerse a mirarla, se dio la vuelta y se marchó.

Olivia regresó a su camarote, encontrando allí a Molly May, que lloraba

desconsoladamente sentada en su cama. Para sorpresa de Olivia, junto a la enfermera estaba Hawke, rodeando sus hombros con un brazo y hablándole en voz baja. Olivia no entendió lo que le estaba diciendo, pero parecía surtir efecto mitigando los sollozos de Molly. Esta se apoyó un poco más sobre Hawke, ocultando el rostro contra su pecho.

—Gracias, Malen —hipó—. Gracias por estar aquí.

Hawke se dio cuenta de que Olivia estaba allí y levantó la vista hacia ella. Sus ojos estaban llenos de comprensión y de algo que ella no supo identificar. Sin decirle nada, Olivia trepó a su litera y se tumbó allí. Cerró los ojos, escuchando de fondo el llanto bajito de Molly y la voz queda del inventor.

Las palabras del capitán Barrow, a quien había juzgado como tan sensato y justo desde el principio, resonaban en su mente. Pese a la opinión que había tenido del capitán, le costaba creer en lo que había dicho y considerarse culpable de lo que había pasado en la Dingo. No creía que ella hubiera podido evitar lo sucedido. Sin embargo, sí se sentía mal por no haber estado allí. Incluso sin poder arreglar nada, había sido su deber estar allí, morir junto a sus compañeros. No tenía derecho a estar allí, viva, siendo recompensada por haber faltado a su obligación. Eso no estaba bien.

Por otro lado, le dolía la certeza de que ya no iba a poder tener éxito como piloto, porque el capitán se había puesto en su contra. Nunca conduciría una nave, nunca se sentiría próxima a la sensación de volar, como siempre había soñado. Ni siquiera había podido hacerlo una sola vez. Habría dado cualquier cosa por haber estado a bordo de la Dingo, por haber podido experimentar aquello, incluso aunque hubiese tenido que pagarlo con su propia vida.

No quería imaginar lo que sería regresar a Dos y tener que enfrentarse a su familia. Tendría que contarles que había fracasado, que les había dejado y había abandonado su antigua vida para nada. No soportaba la idea de tener que enfrentarse a Rain en algún momento; verle, quizá, del brazo con otra mujer, exhibiendo su éxito en la vida profesional y personal, recordándole que estaba sola.

—¿Estás bien, Autumn? —Hawke habló en voz muy baja.

Hacia un rato ya que Molly había dejado de llorar. Se había quedado dormida en brazos del inventor, que la había tendido con delicadeza en su cama y la había dejado allí. Después se había puesto trabajosamente de pie y se había quedado apoyado en su muleta, mirando hacia Olivia. Al estar en la litera por encima de la de él, ella se encontraba por encima de su línea de visión.

Olivia cayó de pronto en que, sin querer, él le había salvado la vida. Rodó sobre sí misma en la cama para quedar de lado y encontrarse con su mirada.

—No.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Cómo que qué voy a hacer?

Hawke se acercó un paso, apartó la muleta y se sujetó directamente a los barrotes de la litera, cruzando los brazos.

—Digo yo que si no estás bien tendrás que hacer algo. Para estar mejor. ¿O piensas quedarte así para siempre, mirando al techo y pensando en lo mal que te trata la vida?

—No te burles de mí, Hawke. No estoy de humor.

—No me estoy burlando de ti. —la voz de él sonó cansada.

—No me hables con condescendencia, entonces.

—Está bien. Te hablaré de igual a igual. Cuando te conocí me pareciste una imbécil, sí, pero una imbécil luchadora. Luego me di cuenta de que me había equivocado y no eres imbécil, solo un poco torpe y algo desconsiderada, pero no mala gente. Y no tienes un pelo de tonta. Creía que la única apreciación correcta que había tenido de ti a primera vista es que eras inquebrantable. Dime, ¿me he equivocado también en eso?

Olivia volvió a colocarse boca arriba para no tener que verle.

—Y yo qué sé.

—¿Eres de las que luchan o de las que se lamentan?

—Soy de las de déjame en paz y no me des más la chapa.

Hawke se rio por lo bajo y bajó a tumbarse a su litera, dando por

terminada la conversación.

Olivia se alegró de que se marchase, pero se quedó pensando en lo que le había dicho. Era cierto que tendría que hacer algo, pero no sabía el qué. Entonces, su mirada se desvió hacia la cama de Pembroke, vacía, y la idea llegó de pronto.

En la Dingo había una caja negra en la que quedaba grabada todo lo que sucedía. Seguramente habría allí información que Pembroke no había podido darles, quizá hubiese algo que arrojase algo de luz sobre el misterio de lo que había fallado en la nave. Si Olivia pudiera acceder a la caja negra y obtener esa información, probablemente podría demostrar que su presencia en la nave no habría cambiado nada. Barrow estaría agradecido y ella habría demostrado su compromiso con la expedición y sus ganas de ayudar en todo lo posible a que esta saliera bien.

Además, si había alguna posibilidad de que un accidente parecido le sucediera a alguna de las otras dos naves, la única forma de prevenirlo era conocer cuál había sido el problema en un primer lugar.

Olivia aguardó hasta que pudo estar segura de que tanto Molly como Hawke dormían profundamente. Entonces, bajó en silencio de su litera y salió del camarote.

CAPÍTULO 6

Al haber perdido en el accidente de la Dingo a parte de los que pasaban la noche en la Serval, los turnos de guardia nocturna eran más irregulares. Esquivando los puestos en los que sabía que se encontrarían hombres del Centro de Seguridad, Olivia fue capaz de llegar hasta el puente de mando, apagado y vacío en aquel momento. Sus pasos resonaron en toda la cúpula mientras ella corría hacia el panel de control. Se sentó en uno de los dos puestos de piloto y encendió el panel. Incluso en esas circunstancias, se sintió embargada un momento por la ilusión y la admiración al estar a las riendas de una montura tan poderosa.

El corazón le latía como el tambor de una marcha militar. Contuvo la respiración un instante cuando sonaron los primeros pitidos que indicaban que la máquina estaba encendida, esperando que la puerta se abriera y los guardias cayesen sobre ella, pero no sucedió nada. Nadie lo había oído.

Olivia no tenía un minuto que perder. Rápidamente, echó mano de los conocimientos teóricos adquiridos al estudiar para el examen escrito, que tan lejano parecía ya. Abrió la consola que marcaba el rumbo a seguir por la nave y lo contrastó con el mapa de la red de metro que había grabado en la memoria del ordenador. Memorizó la ruta correcta y, con las manos temblándole, reprogramó la consola para que el camino que siguiera la Serval fuera distinto. Si la nave partía, seguiría un complicado recorrido por los túneles hasta volver exactamente al punto en el que se encontraba en ese momento. De ese modo, Olivia se aseguraba de que, si los demás se ponían en marcha antes de que ella regresase, no hubiera posibilidad de quedarse abandonada en el túnel. La nave volvería a por ella antes o después. Por suerte, la ruta a seguir la decidía la Serval. Al cambiar su ruta, se modificaría automáticamente en la consola de la Saiga.

Apagó el panel de control y salió de allí. Ya no tenía vuelta atrás, debía

salir de la nave. Si era interceptada ahora por la guardia no podría explicar por qué había alterado la ruta a seguir. La única forma de que no la castigaran por aquello era regresar victoriosa, con una mejora considerable para la situación de la expedición al completo: necesitaba volver con la caja negra de la Dingo.

No fue difícil salir al exterior por una de las escotillas traseras. Nadie vigilaba que no se pudiera bajar de la nave, porque nadie imaginaba que alguien quisiera hacerlo. Las botas del uniforme de Olivia chocaron suavemente contra el suelo, sin resbalar ni un solo milímetro. Sus rodillas se flexionaron, los dedos de sus manos rozaron la tierra. Se incorporó, despacio, y caminó junto al costado de la Serval con paso elástico. El túnel estaba en penumbra, iluminado solo por las luces de las naves. Más adelante tendría que lidiar con la oscuridad.

Las paredes del túnel eran curvas, uniéndose en sus extremos superiores en un techo abovedado. El suelo era de tierra y trozos de hormigón, con cuatro raíles en el centro que resplandecían bajo la luz. Olivia avanzó pegada a la pared, intentando permanecer en la oscuridad en la medida de lo posible.

Tras ella se oyó un sonido sordo, el de alguien bajando por la misma escotilla. Y después, algunos pasos sobre la grava hacia ella.

Olivia se detuvo, con el corazón en un puño, y se volvió. Respiró hondo. Era Fennec, con los ojos ciegos clavados en ella como si vieran, ladeando ligeramente su cabeza. Sus anchas orejas se movieron con simpatía; si es que un robot podía sentir semejante cosa. Olivia consideró un momento su presencia. No le hacía gracia que la siguiera, pero no se le ocurría una forma de impedirle que lo hiciera. Pasó una mano por la cabeza del robot, por su cuello, por su tripa. Fennec se dejó hacer, agitando perezosamente la cola. No tenía ningún interruptor. De todos modos, apagarle habría despertado sospechas si alguien lo hubiera visto allí, quieto, desde las naves.

—Está bien —susurró—. Puedes venir conmigo.

Habría podido jurar que el robot se había reído en voz baja, pero ni siquiera Hawke tenía un sentido del humor tan retorcido como para crear un

robot que se riera.

Con Fennec caminando respetuosamente un par de pasos detrás de ella, Olivia se alejó de la Serval. Algunos metros más allá reposaba la Saiga, que debía haber llegado mientras los tripulantes de la Serval se recuperaban del accidente. Algo más allá estaba la vía, el agujero en el túnel que habían abierto para llegar hasta allí. La Dingo estaba al otro lado.

Olivia desenganchó la pequeña linterna que estaba integrada en el cinturón del uniforme y la encendió. Con ella entre los dientes, caminó por el borde del agujero, pegada a la pared, tanteando con mucho cuidado con los pies antes de apoyar su peso en ellos. El suelo era inestable; algunos fragmentos de él cayeron por el agujero al tocarlos ella. El puerto estaba tan lejos que no escuchó cómo chocaban contra él. Olivia se obligó a sobreponerse al vértigo y continuó andando lateralmente, dando pasos muy pequeños. Por culpa de la linterna en su boca, un hilo de saliva humedecía sus labios, haciendo que se pegase en ellos el polvillo de tierra que ella misma levantaba al pasar las manos por la pared. La náusea era soportable, era peor que se le metiera en los ojos. Parpadeó varias veces, intentando no pensar en lo que sucedería si perdía el equilibrio.

Cuando estaba a punto de llegar al otro lado, el suelo falló bajo uno de sus pies. Olivia no tuvo tiempo de pensar en cómo reaccionar; en el fragmento de segundo en el que aquello sucedió, tomó impulso con la pierna que se apoyaba en terreno estable y saltó. Cayó en plancha sobre el borde de la vía, perdiendo la respiración por un momento. Pataleó, buscando desesperadamente un punto firme bajo sus pies, agarrándose al suelo como podía con los brazos. Con todas sus fuerzas, se alzó a pulso sobre sus codos y rodó sobre sí misma, quedando tendida en el suelo al otro lado de la vía, en la oscuridad, jadeando y a punto de sollozar del susto.

Su linterna se había caído en algún momento y no sabía dónde estaba. Algo frío le tocó el brazo. Era el morro de Fennec, que se había acercado a ver si estaba bien. Los pasos del robot, ajeno al vértigo y al miedo, le habían llevado sin vacilar hasta el otro lado de la vía.

Olivia colocó una mano en el costado de la criatura artificial. Sabía que era un objeto, pero aun así se sentía acompañada. Era mejor que estar sola. Se incorporó lentamente y buscó en su cinturón. Todos los miembros del Centro de Seguridad llevaban unas bengalas reglamentarias, de colores que diferenciaban su puesto. Olivia frotó las suyas contra el punto rasposo del cinturón para encender un extremo y después las soltó para que volasen, chisporroteando, por el túnel. El haz de luz azul, el color de los pilotos, le permitió distinguir la Dingo a poca distancia de allí. Sin embargo, también pudo observar que su linterna no estaba en el suelo. Debía haber caído por el agujero.

—Fennec —llamó. El robot movió las orejas hacia ella, Olivia pudo escuchar las bisagras. La estaba escuchando—. No veo nada.

Para su sorpresa, el robot encendió una potente luz en su pecho, iluminando varios metros del túnel. Había entendido aquel comentario como una indicación de un problema y se había apresurado a solucionarlo.

Olivia entendió de pronto que el robot no era únicamente una mascota, sino un compañero valioso. Se preguntó la cantidad de cosas que aquella máquina estaría pensada para hacer y que ayudarían a Hawke en su día a día. De pronto, tenía mucho más sentido que el inventor se hubiera molestado en diseñarlo, construirlo y llevarlo consigo en un viaje como aquel. No se trataba de un capricho, sino de una herramienta.

—Gracias —murmuró.

Fennec no respondió.

La Dingo estaba carbonizada, pero la escotilla se abrió al pulsar la palanca de seguridad. Por dentro, la nave olía todavía a humo y conservaba el calor del fuego. Olivia evitó mirar lo que quedaba de los cuerpos tenidos en el suelo de los pasillos y del panel de control. Tras ella, Fennec evitaba cuidadosamente pisarlos y se mantenía cerca para iluminar el camino.

No podía pensar en Pembroke. Bloqueó los recuerdos en su mente. Si se permitía dejarse llevar, sería incapaz de cumplir con su misión.

El puente de mando de la Dingo, pequeño en comparación con el de la

Serval, estaba en silencio como un cementerio. Olivia caminó hasta el panel de control y empezó a desarmarlo. La caja negra estaba encajada en su interior, protegida para que sobreviviese a la nave en todas las circunstancias posibles. Durante un buen rato se dedicó a escarbar en los entresijos de la Dingo, hasta que pudo extraer la caja, de color calabaza y del tamaño de su puño. La guardó en uno de los bolsillos de su cinturón.

Entonces, el sonido de las orejas de Fennec, que había estado inmóvil a su lado durante toda la operación, le llamó la atención. El zorro estaba escuchando algo que pasaba a sus espaldas, algo que ella no había oído.

—¿Hola? —llamó—. ¿Hay alguien ahí?

Nadie respondió. Las orejas de Fennec continuaron moviéndose, siguiendo el camino que quien fuera que hacía ruido estaba recorriendo.

—Vamos a buscarle —indicó Olivia.

Esta vez, Fennec iba delante, como un perro de caza persiguiendo a su presa. Olivia caminaba detrás. No había tenido esperanzas de encontrar algún superviviente, pero entonces no podía dejar de pensar en ello. Había alguien allí. Salvar su vida era mucho más importante que llevar la caja negra hasta la Serval.

Salieron de la nave por la escotilla y se encontraron otra vez en el túnel. Dando pasos lentos, dieron la vuelta a la nave. De pronto, estuvieron lo bastante cerca como para que también Olivia escuchase algo. Era el sonido de un correteo delante de ellos, como si quien fuera que se encontraba allí estuviera rehuyéndoles. Sin embargo, no se escapaba del todo, solo se alejaba de ellos para no ser visto y aguardaba, quizá esperando que desistieran.

Olivia lo entendió. No era alguien de la nave, era alguien que quería acceder a la nave. Seguramente le habían encontrado examinándola, sin saber cómo se abría la escotilla, y había entrado tras ellos. Cuando Fennec le había escuchado y Olivia le había hablado, el desconocido había decidido que era mejor retirarse y esperar a que ellos se marchasen para poder regresar a la Dingo. ¿Qué es lo que estaría buscando? Materiales, quizá, o provisiones.

No podía irse y dejar que el carroñero entrase en la nave y registrara lo que

quedaba de sus compañeros muertos, eso no estaba bien. Además, la curiosidad por aquella criatura desconocida era demasiado grande. ¿De dónde saldría? ¿Podía ser que fuese algún ciudadano de clase B de la ciudad Dos que les hubiera seguido? ¿Un polizón a bordo de la Dingo que se hubiese salvado de la explosión? Todo aquello era imposible o improbable. Olivia sacudió la cabeza. Ninguna de las explicaciones era lógica.

¿Podía tratarse de alguien que viviera en el túnel?

No. No tenía sentido. ¿Cómo iba a conseguir agua? ¿Cómo iba a conseguir comida? Si era alguien que vivía allí, por otro lado, seguramente le aterrorizase la luz que emitía el robot. Para una persona habituada a la oscuridad total, el menor resplandor podía ser de una claridad cegadora.

Fennec se detuvo de pronto y miró hacia arriba. Olivia se acercó a él.

—¿Se ha marchado? —preguntó, interpretando que si el robot había abandonado la caza podía ser porque su presa estuviese ya demasiado lejos.

El robot no se movió del sitio. Olivia siguió su mirada y soltó una exclamación al descubrir que a un metro y medio del suelo había una pequeña cavidad en la pared. Acurrucada dentro, sin duda con la esperanza de que ellos pasasen de largo, se encontraba una niña que no llegaba a los diez años de edad. Tenía el cabello claro y los ojos de color manzana. Su piel, en cambio, era morena. No parecía alguien que se hubiese pasado la vida en un túnel oscuro. Aun así, su ropa era extraña, diferente a la que se utilizaba en la Unión.

Olivia la contempló, atónita, y la niña le devolvió la mirada con idéntica expresión. Era evidente que Fennec le daba miedo, pero Olivia le infundía confianza. Había visto a otras mujeres anteriormente y su uniforme no la asustaba.

Sonriendo, Olivia le tendió los brazos.

—¿Qué haces ahí? —preguntó, en tono amable—. No tengas miedo, bonita. Ven, deja que te baje. Fennec, apártate.

Al ver que el robot se retiraba, la niña aceptó la ayuda de Olivia y descendió. La mujer se agachó para apoyar una rodilla en el suelo y quedar a

su altura.

—¿De dónde has salido tú? —dijo Olivia en voz alta—. No, no te asustes de Fennec. No hace nada. Es bueno. ¿Ves? Se queda lejos, no se acerca a ti.

La niña estaba en los huesos. Olivia notó que allí donde la había tocado al bajarla del hueco quedaba la marca de sus dedos en la piel de ella, lo cual parecía síntoma de deshidratación. Sus ojos eran confiados, como si se sintiera demasiado débil como para desconfiar de la mujer que le hablaba en tono dulce y parecía querer ayudarla.

Olivia sacó de su cinturón una pequeña cantimplora y se la ofreció para que bebiera. La niña lo hizo con ansia.

—¿Sabes hablar? ¿Me entiendes? —preguntó Olivia, pero la niña, aunque la miraba, no respondía—. No hablas mi idioma. De acuerdo. ¿Cómo te llamas? Yo me llamo Olivia —se señaló a sí misma insistentemente—. Olivia. Olivia.

—Olivia —repitió la niña, señalándola.

—¡Muy bien! ¿Y tú? ¿Cómo te llamas tú? —Olivia la señaló a ella. La niña sonrió, comprendiendo.

—Savannah —pronunció, señalándose a sí misma.

—¡Savannah! Qué bien. Savannah. ¿Sí?

La niña asintió. Lo había entendido bien.

—Fennec. —Olivia señaló al robot—. Él es Fennec, y no quería asustarte.

Aquello era inaudito. Que la niña estuviese allí significaba que en algún punto había otro lugar en el que vivían personas, ajeno a la Unión. Alguien había vestido a Savannah, alguien le había enseñado a hablar, alguien le había puesto nombre. No era una niña salvaje o perdida, era la hija de una civilización que Olivia y los suyos desconocían. Había que informar de aquello inmediatamente al capitán, porque era un descubrimiento de unas dimensiones extraordinarias con el que no habían contado.

Por supuesto, no podía dejar a la niña allí. Era evidente que se había perdido y que llevaba largo tiempo sin comer ni beber, durmiendo en el túnel

a juzgar por su carita llena de tierra y su cabello enredado. Seguramente no sabía regresar a su casa. Dependía ahora completamente de Olivia.

—Vamos a volver a la Serval —informó Olivia, dirigiéndose más a Fennec que a la niña—. Aunque no sé cómo voy a pasar el agujero con ella...

El robot tampoco lo sabía o no le importaba. Entendió que regresaban y echó a caminar hacia el agujero, iluminando el camino. Olivia tomó a Savannah de la mano y le siguió. La niña, después de dudar un momento, la acompañó sin resistirse.

Era la primera vez en la vida de Olivia en la que llevaba a una niña de la mano. En una sociedad en la que había pocos pequeños, porque la natalidad estaba limitada y nadie tenía hermanos pequeños ni primos, eran pocas las ocasiones en las que otro ser más indefenso dependía de uno, salvo que a uno le llegase el momento de tener un bebé propio. Para algunas personas cuya genética o condiciones de salud no se consideraban adecuadas ese momento no llegaba jamás.

Olivia no había esperado que el simple hecho de que la niña confiase en ella y se dejase llevar fuera a provocar que se sintiera responsable de su bienestar. La ternura era un sentimiento que no conocía mucho y la necesidad de proteger a otro más vulnerable le era completamente desconocida. Quizá porque nunca antes había experimentado aquello, la conmovió enormemente. Apretó la manita con la suya.

—Todo va a ir bien —aseguró. Aunque la niña no entendiese sus palabras, entendería su tono, entendería su deseo de comunicarse con ella. De momento, eso bastaba.

Desde unos metros por delante de ellos, en la oscuridad, se oyó el sonido de alguien caminando sobre la tierra. Era un ruido extraño, como si alguien arrastrase algo muy pesado. Olivia notó cómo Savannah se tensaba, pero Fennec no parecía alarmado. El robot aceleró el paso. El que venía hacia ellos traía una linterna, pero Fennec le iluminó antes de que él pudiera descubrirles a ellos.

Hawke tocó la cabeza del robot a modo de saludo y miró hacia delante

hasta que vio aparecer a Olivia. Su mirada segura, de alguien que sabía lo que se iba a encontrar, se quebró al distinguir a Savannah.

—Qué diablos —dijo.

Fue extrañamente gratificante ver al locuaz Hawke quedarse sin palabras. Olivia no pudo reprimir una sonrisa de satisfacción.

—Hombre, Hawke-No-Sabía-Nada —saludó—. ¿Qué te cuentas? ¿Pasabas por aquí?

Hawke parpadeó y tardó unos segundos en esbozar una sonrisa. Pese al asombro y la incredulidad, era un hombre capaz de reconocer y apreciar la ironía allá donde la veía.

A Olivia no le sorprendía verle allí. No lo había pensado hacia ese momento, pero en el fondo todo el tiempo que había pasado con Fennec a su lado había sentido como si Hawke estuviera acompañándola o a punto de llegar. El robot no era más que una extensión de su dueño.

No le molestó que le hubiese estado siguiendo. Al fin y al cabo, era gracias a Fennec que había conseguido llegar a la Dingo y encontrar a Savannah. No sabía por qué Hawke había decidido ayudarla e ir tras ella, pero le había beneficiado que lo hiciera.

—Bueno, ¿qué? ¿Te has levantado sonámbulo?

Por fin Hawke volvió a recuperar el control del habla.

—Me desperté con sed y venía a por un vaso de agua —respondió—. ¿Sabes por dónde está la cocina?

—¿Cómo has hecho para cruzar el agujero?

—Tengo mis métodos. ¿Cómo lo has hecho tú?

—He pasado por el borde, pegada a la pared.

—Estás loca. No sé cómo sigues viva yendo así por el mundo. Contigo la selección natural no ha funcionado, deberías ser objeto de estudio —comentó Hawke en tono festivo.

—Tú solo podrías serlo después de muerto porque vivo nadie te soportaría lo bastante como para estudiarte —respondió Olivia con cordialidad—.

Escúchame, Hawke, Fennec y yo hemos encontrado a esta niña rondando la Dingo. Se llama Savannah. Fíjate en ella...

Intentó que Savannah avanzase para que la iluminase la luz, pero la niña se negó. Hawke, con su extraño rostro y sus extremidades de metal, la asustaba.

—¿Hay supervivientes en la Dingo?

Olivia le miró, preguntándose si no estaría realmente dormido y sonámbulo.

—No.

—¿Pembroke?

—Te digo que no. ¿Cómo te crees que habría sobrevivido a la colisión y a la nave incendiada? —preguntó Olivia, con impaciencia.

—A la colisión, por suerte seguramente, o con un cinturón de seguridad si hubiese estado sentado. Al incendio, quizá envolviéndose en una sábana mojada y reptando por el suelo hacia una salida —derivó Hawke, con toda seriedad—. Se me ocurre así. Seguramente haya otros métodos.

—Era una pregunta retórica. ¿No te llama la atención que hayamos encontrado a una niña en el túnel?

Hawke clavó los ojos en ella, en Olivia, en silencio, como si evaluase si merecía la pena o no hablar con ella. Los segundos pasaron lentamente, pero ella no dijo nada más. Dejó que él decidiera, que estuviera muy seguro antes de seguir hablando, porque se había cansado de escucharle decir cosas sin sentido. Si existía la posibilidad de que Hawke se dejase de tonterías, merecía la pena aprovecharla.

Él fue el primero en desviar la mirada, sacudiendo la cabeza.

—Entiendo que te sorprenda eso —convino, finalmente—. Seguro que hay muchas otras cosas que no te terminan de cuadrar. Eres inteligente, Olivia-No-Sabía-Nada. Saber cosas no es importante, lo necesario en realidad es preguntárselas. Y tú te preguntas muchas cosas.

Olivia no sabía de lo que hablaba Hawke y, de pronto, le dio miedo no

estar a la altura o no querer saber qué era lo que él quería decirle. Algo le decía que algunas verdades era mejor no conocerlas.

—Yo no me pregunto nada, Hawke.

—Oh, pero sí lo haces. Te preguntas por qué llevábamos una nave insignia y dos secundarias, como si fuéramos a una batalla y necesitásemos desplegarlos, en lugar de una nave madre, que sería lo suyo para crear la base de una nueva ciudad.

Olivia dio un paso atrás instintivamente. Quizá Hawke estuviera inventándose aquello que intentaba implicar, quizá fuera un paranoico. No quería plantearse siquiera que aquello pudiera ser verdad. No quería leer entre líneas. No.

—Te equivocas, Hawke.

—¿Me equivoco contigo? ¿Quieres decir que la primera impresión que tuve de ti era la correcta? ¿Eres imbécil?

—Te equivocas de persona. Yo no me pregunto esas cosas. Yo estudié para ser piloto y ahora lo soy. Ya está.

—Y si durante todo el viaje teníamos pensado avanzar solo de día y parar de noche, lo cual es imprescindible teniendo en cuenta que en la Dingo y la Saiga no hay suficientes camarotes, también te preguntarás por qué hace falta que llevemos un piloto de reserva en cada una de las naves pequeñas y dos en la grande. ¿Por qué ocho pilotos si para manejarlas hacen solo falta cuatro? ¿Por qué hay suplentes en una misión en principio carente de peligros?

—No lo sé.

—Sí lo sabes. No te mientas, Olivia.

—No, ¡no lo sé! Puede ser por muchísimos motivos. Puede ser por si acaso necesitamos avanzar durante día y noche y es necesario hacer turnos para dormir. Puede ser para prever un accidente, por si uno de los pilotos se pone malo.

—Ah, ah. Ya entiendo. Y por eso hay suplentes para todos, para prever el caso de que todos los pilotos se pongan malos a la vez, que es una cosa que

pasa con relativa frecuencia. Claro.

El sarcasmo fue tan palpable en el tono de Hawke que Savannah se escondió detrás de Olivia y tiró de ella para que se marchasen de allí. La pobre niña no entendía quién era aquel que se interponía en su camino. Tal vez pensase incluso que se trataba de un enemigo, que era peligroso. Olivia la atrajo hacia sí y le acarició la cara.

—Corta el rollo, Hawke.

—Saca tú la cabeza de debajo del suelo, anda.

—No es el momento para hablar de tus teorías *conspiranoicas*.

—Precisamente es el momento. Es algo que tenemos que hablar ahora.

—Tengo que poner a esta niña a salvo.

—Si la llevas a la Serval, la estarás metiendo en la boca del lobo. No entiendes nada, Autumn. Deja que te lo explique y actúa cuando sepas lo que está pasando. No tomes decisiones a ciegas.

El tono de urgencia de Hawke le recordó a Olivia a aquella vez cuando le había estado intentando enredar el tiempo suficiente para impedir que subiera a la Dingo y salvarle la vida. Pese a que las preguntas que había mencionado Hawke eran importantes, había dos más que a ella le venían a la mente: ¿Por qué había tenido el accidente la Dingo? ¿Cómo había sabido Hawke que aquello iba a suceder?

Leyendo sus ojos, él pudo ver que ella empezaba a ceder, que las preguntas se agolpaban en su cabeza.

—Yo puedo darte respuestas —ofreció—. Solo necesito que me escuches.

Olivia tiró de Savannah hasta quedar cerca de la pared y se sentó en el suelo. La niña se acomodó en su regazo, sin entender nada pero demasiado cansada como para protestar.

—Muy bien —dijo Olivia.

Hawke se acercó cojeando hasta donde estaba ella y se sentó con dificultad, apoyándose en la muleta para descender. Aunque disimuló el gesto de dolor, Olivia lo pudo percibir. La pierna de metal debía pesar lo suyo y

levantarla parecía a veces una tarea sobrehumana. No era extraño que el cuerpo de Hawke se resintiera.

Lamentó haberse sentado, pero ya era demasiado tarde y estaba hecho. Se quedaron así.

—La ciudad burbuja no está abandonada, Autumn. Está habitada, por personas totalmente ajenas a la Unión. Ellos no saben de nuestra existencia, les hemos descubierto nosotros antes.

—¿Habitada? Pero entonces no la podemos colonizar. Debería anexarse a la Unión, como las otras...

—Eso se ha estado debatiendo en el Consejo durante mucho tiempo. El Canciller es de esa misma opinión, pero hay quien piensa que debemos velar por los intereses de los nuestros por encima de los de otros. Estamos teniendo muchos problemas de escasez de espacio y de recursos, ya lo sabes, Autumn. Una ciudad nueva aliviaría mucho el peso que cargan sobre sus hombros los integrantes del Consejo.

Olivia estaba helada, como si su sangre hubiese dejado de correr caliente por sus venas.

—¿Cómo que por encima de intereses de otros? ¡Son seres humanos también!

—Sí, lo son, pero no les conocemos. No tenemos sus nombres en registros. No son nuestros hijos o los amigos de nuestros hijos. Yo qué sé, Autumn, hay gente que piensa así. Quieren que los que ya estamos en la Unión estemos bien y les parece que anexar a otros solo nos va a aportar más problemas.

—¡Pero son personas!

—No me tienes que convencer, de verdad, aunque admiro tus esfuerzos. Yo estoy de acuerdo contigo. No ya solo por humanidad, sino porque pienso que la existencia de otros supervivientes fuera de la Unión es una buena noticia, aunque solo sea por traer un poco de sangre nueva a nuestras familias. La genética es así de caprichosa y le complace la variedad.

Los brazos de Olivia se cerraron alrededor de la niña, estrechándola.

Savannah había apoyado la cabeza en su hombro, soñolienta.

—Entonces, ella es una de ellos. Es de la ciudad burbuja.

—Sí, parece lo más probable.

—Y nosotros vamos a destruirles.

—Esa es la idea.

—¿Lo saben todos?

—Creo que solo los guardias del Centro de Seguridad.

—¿Barrow?

—Por supuesto. ¿Qué te creías, Autumn? ¿Que era bueno? ¿Por qué te lo parecía, por sus inocentes ojos azules o por su tersa piel? Barrow es un genuino canalla, un hombre sin principios que solo piensa en dinero.

La violencia en las palabras de Hawke recordó a Olivia la tensión con la que los dos se habían enfrentado cuando ella se había quedado en tierra tras el despegue de la Dingo.

—Tú le odias. No eres objetivo con él.

—Tú tampoco.

—¿Y tú qué sabes?

—Es demasiado guapo como para que tú o Molly May le miréis con imparcialidad.

—No seas sexista, no va contigo. Además, tú qué sabes si a mí o a Molly nos gustan los hombres o cómo nos gustan.

Olivia agradeció que estuvieran casi a oscuras, porque de ese modo Hawke no podía ver en su expresión la vergüenza que le producía el hecho de que Barrow, a primera vista, le hubiese parecido de total confianza solo porque era atractivo.

—Pues tú no seas tonta. Claro que Barrow lo sabe. Barrow es el que está capitaneando todo esto y el que capitaneará la masacre si le dejamos. ¿Qué creías, que había venido aquí engañado el pobre angelito, al mando de un montón de soldados sin saberlo? ¡Venga ya!

—Entonces no puedo llevar a Savannah a la nave —reflexionó Olivia en

voz alta.

—No. Si la llevas, para él no será ninguna sorpresa porque ya sabe que hay gente por aquí. Pensará seguramente que habría sido mejor que la dejases morir de sed en el túnel porque, al fin y al cabo, tampoco es que le espere un brillante futuro ni a ella ni a su gente, así que, puestos a morir, mejor hacerlo antes que después. Pero eso no es lo peor: lo peor es que sabrá que tú sabes que hay gente aquí. Y no solo tú. Todos los que nos vean lo sabrán. Molly May lo sabrá. Hablarán. Opinarán. Se enternecerán al ver a la niña y se opondrán al plan de ir y matar a su familia. Y eso es lo último que tu querido capitán Barrow quiere.

Tenía razón. Si Barrow era como él lo pintaba, entonces era obvio que no reaccionaría bien si Autumn se presentaba allí con aquella niña. Sin embargo, no tenía muchas otras opciones. Si todo era como Hawke decía, ella no podía hacer nada para impedir aquel genocidio. Incluso si se negase a pilotar la nave, eso no impediría que los demás lo hicieran. Podía hablar con todo el mundo e intentar convencerles de que se resistieran, pero era ingenuo pensar que lo conseguiría. Los soldados y las personas que estaban al tanto del objetivo real de la misión y de acuerdo con él eran muchos más.

—¿Y qué hacemos entonces? —preguntó.

—El Canciller estaría en contra de esto. Él era partidario de proponer a los habitantes de la ciudad burbuja que se anexasen a la Unión y que afrontemos juntos las dificultades que podamos encontrarnos. Es posible que ellos también carezcan de recursos o que la ciudad esté superpoblada, pero nos ocuparíamos de sus problemas igual que de los propios, ya que serían parte de la Unión —explicó Hawke—. Todo esto solo se ha puesto en marcha porque el Canciller no ha podido oponerse. Pero antes o después se recuperará y volverá. Si conseguimos que eso suceda antes de que nosotros lleguemos a la ciudad burbuja, todavía existe la posibilidad de que él obligue a Barrow a abortar la misión.

—¿Cómo lo sabes?

—Tengo muy buena relación con el Canciller.

—¿Tú?

—Sí, yo. El Canciller es un tipo que dirige palabra incluso a hombres a los que nos falta medio cuerpo.

La vergüenza que sintió Olivia fue tan violenta que sintió incluso el ácido trepando por su garganta y su estómago revolviéndose como si se hubiese tragado una roca.

—Hawke, aquella vez hablé sin pensar, fui...

—Sí. Ya lo sé.

Los dos callaron durante unos segundos. La niña se había quedado dormida, seguramente debido a la falta de alimentos. No le quedaba en el cuerpo una gota de energía.

—¿Por qué me salvaste la vida?

—No soy rencoroso.

—No, ¿por qué a mí? ¿Por qué no a Pembroke?

—Tú te cruzaste en mi camino y Pembroke no. Y tú parecías una aliada en potencia más relevante, a la larga. Fíjate, en eso parece que acerté.

—No me creo que seas tan calculador.

La luz que emitía Fennec iluminó la sonrisa de Hawke.

—Sentí la muerte de Pembroke —murmuró él, en voz algo más baja—. Eso sí es verdad. No era mal chico. Aunque sabía a lo que iba, Autumn, y que sepamos no tenía nada en contra. No pierdas eso de vista.

Olivia intentó no pensar en ello. No casaba con su idea de Berry Pembroke la imagen del chico dispuesto a asesinar a personas inocentes solo por hacerse con sus recursos y expandir el territorio de los suyos. Prefería recordarle como el muchacho que le había asegurado que él le daría el puesto de primer piloto si de él dependiese.

—¿Y tú por qué te uniste a la misión?

—A mí me unieron.

—¿Cómo que te unieron?

—Había varias personas en el Consejo deseando quitarme de en medio por

mi relación con el Canciller. En cuanto él no estuvo allí y vieron la posibilidad de tenerme lejos, me enrolaron en esta misión, moviendo sus fichas de modo que me ponían en un compromiso para que no pudiera negarme. Sospecho que o Barrow o alguno de sus soldados tiene órdenes expresas de que pase lo que pase yo no vuelva con vida.

—¿Lo dices en serio? ¿No serán cosas tuyas?

—¿Me crees paranoico? —Hawke soltó una carcajada—. ¿No tiene sentido lo que te he contado? No pasa nada, Autumn. La razón por la cual te digo con tanta naturalidad que me quieren matar no es que no sea cierto, es que estoy acostumbrado. Hace muchos años que el Canciller me advirtió que hay quien quiere verme muerto. De hecho, el color que me corresponde no es el celeste de los ingenieros, sino uno que no tiene asignado nadie más. Eso sirve para que el Canciller pueda seguirme la pista si le dejo señales...

Hawke sacó del cinturón de su uniforme bengalas, piedrecillas, hilo de metal y rotuladores, todo de un intenso color morado. Era cierto que no era un color que Olivia le hubiera visto nunca antes a nadie. En las listas de colores por cargo que había memorizado al aprender los códigos de señales del Cuerpo de Seguridad no había ningún morado.

El inventor volvió a guardarlo todo y le tendió a Autumn una carta doblada. Ella la abrió y, para su sorpresa, encontró una nota escrita por el propio Canciller con la que autorizaba a Hawke a hablar y tomar decisiones en su nombre. Si aquello era auténtico, el Canciller confiaba en aquel hombre tanto como en sí mismo.

—¿No podríamos con esto abortar la misión nosotros mismos?

—¿Te crees que esta gente va a hacer caso a una orden del Canciller? Están obrando en contra de su voluntad y lo saben perfectamente.

Olivia pensaba todo lo rápido que podía, pero tenía la sensación de que había demasiados factores a tener en cuenta. Lo único que le importaba de verdad en aquel momento era lo inmediato: qué hacer con Savannah.

—Es verdad. Mira, Hawke. Es cierto que el apoyo del Canciller no nos sirve de nada ahora. Y no podemos dejar a la niña aquí mientras intentamos

distraer a Barrow hasta que el Canciller vuelva al poder. Lo siento por decírtelo así, pero no es un buen plan. No lo podemos hacer.

—Tampoco podemos llevarla a la nave. Nos pondrás en peligro a nosotros. Y si Barrow nos quita de en medio, habrás echado por tierra la única oportunidad que tienen las personas de la ciudad burbuja.

—No la podemos dejar morir aquí. No.

—Es la única forma de salvar a los suyos. Autumn, por lo que sabemos son cientos de vidas las que están en juego. Quizá miles. Y dos de ellas son las nuestras.

—No sé cómo decírtelo más claro, Hawke. No la podemos dejar. No voy a hacerlo. Lo siento, pero no es una opción.

Hawke se quedó callado y se encogió de hombros. No estaba de acuerdo, pero se había dado cuenta de que no podía discutir con Olivia. Tal vez considerase que no tenía forma de obligarla a dejar a la niña o quizá en el fondo pensase que ella podía estar tomando la decisión correcta. En cualquier caso, no intentó impedirle nada ni siguió discutiendo. Se puso en pie.

—Vamos, entonces.

Caminaron hacia el agujero. Olivia sabía que lo que hacía era arriesgado, pero era incapaz de sacrificar la vida de una niña que tenía en brazos y cuyo nombre conocía por la posibilidad de salvar las de cientos de personas desconocidas o incluso la suya propia. Se repitió a sí misma que aquella era su única opción. Daba igual que fuera mala; era la única. No podía hacer otra cosa. Además, había la posibilidad de que Barrow entrase en razón. Siempre le había parecido un buen hombre. El que hubiese perdido los papeles con ella después del accidente de la Dingo había sido injusto pero comprensible. Al fin y al cabo, a bordo de la nave iban muchos de sus hombres, que habían perdido la vida.

Muchos de sus soldados, que habían emprendido el viaje para asesinar a una ciudad entera. Barrow se había enfadado porque después del accidente tenía a menos hombres con los que enfrentarse a los inocentes que debían morir para que ellos viviesen mejor.

Olivia sacudió la cabeza. No podía pensar así. Tenía que ser positiva, creer que Barrow no sería tan inhumano como para dejar morir a la niña. Pese a lo que decía Hawke, la realidad era que el capitán no le había dado ningún motivo para desconfiar de él o de su juicio. Y desde el principio ella había pensado que él era un buen líder, que tomaba buenas decisiones, que ella podía ser leal a un hombre como él.

Era el momento de demostrarlo.

CAPÍTULO 7

Hawke había tendido un cable por encima del agujero y mediante un columpio y un sistema de poleas se podía transportar fácilmente a Olivia con la niña en brazos hasta el otro lado. Después, él enganchó un mosquetón sujeto a una agarradera al cable y se dejó resbalar de un lado a otro como en una tirolina.

—¿Cómo tendiste el cable? —preguntó Olivia.

—Fennec lo hizo por mí.

Entraron en la Serval tan discretamente como habían salido y se apresuraron por los corredores hacia su camarote. No fue difícil esquivar a los guardias, porque Fennec iba unos pasos por delante, doblando todas las esquinas antes que ellos.

Molly May soltó una exclamación al ver a Savannah. Entre ella y Olivia, tumbaron a la niña en la cama de Molly.

—Esta niña está deshidratada —dijo la enfermera—. ¿Cuánto tiempo lleva sin comer?

—No lo sabemos —respondió Olivia.

—Fennec, ve a buscar algo de comer —ordenó Hawke.

—No —cortó Molly—. No necesita comida, necesita suero. Tenemos que llevarla a la unidad médica.

Hawke y Olivia cruzaron una mirada.

—No podemos hacer eso —advirtió él—. Nadie puede saber que está aquí.

Olivia sabía que él tenía razón al ser prudente, pero empezaba a perder la paciencia con sus reservas.

—Hawke, está aquí. Antes o después los demás lo van a saber. Si su salud está en juego, debemos hacer lo que dice Molly.

—No estás pensando con claridad.

—No hay nada que pensar —interrumpió Molly—. Olivia, ayúdame a levantarla, creo que no se puede tener en pie.

Entre las dos la alzaron en vilo y la llevaron por el pasillo. Hawke las seguía, cojeando, y Fennec cerraba la comitiva. Para disgusto del inventor, pasaron por delante de uno de los guardias.

—¿Qué es esto? ¿A dónde vais?

—A la enfermería —dijo Molly, escuetamente.

No dieron más explicaciones y el guardia las siguió durante un momento, repitiendo:

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto?

El enfado de Hawke era palpable. Incluso el robot parecía muy molesto. Sin embargo, Olivia y Molly siguieron adelante. El soldado desistió y desapareció por el pasillo en dirección contraria, seguramente para dar la voz de alarma. Olivia y Molly entraron en la enfermería con la niña, despertando al médico que estaba al cargo y dormitaba detrás de su mesa.

—¿Quién es? —preguntó.

—Se está muriendo de sed —informó Molly, sin responder a la pregunta.

El médico reaccionó. La niña fue tumbada en una camilla y atendida inmediatamente. Olivia y Hawke pasaron a un segundo plano.

—Espero que estés contenta —masculló Hawke.

—Si sobrevive, lo estaré.

—Si no muere de sed, morirá de otra cosa —sentenció él, sombrío.

La puerta de la enfermería se abrió de golpe y entró el capitán Barrow. Su mirada se clavó primero en la niña, que tenía al médico a un lado y a Molly al otro, después en Olivia y finalmente en Hawke.

—Por qué sois siempre vosotros dos —masculló—. Debería encerraros ahora mismo por traición.

—¿Y a quién hemos traicionado, capitán, por curiosidad? —preguntó Hawke, en el tono amable y paciente con el que se solía dirigir al capitán, como si hablase con alguien simpático pero tonto.

—Cállate, Hawke, no me des más razones.

—He sido yo, capitán Barrow. —Olivia dio un paso al frente—. Fui yo quien trajo a la niña. Estaba muriéndose de sed, era mi deber traerla a donde pudieran darle la atención precisa.

—¿De dónde ha sacado una niña, Autumn?

—Del túnel, capitán. La encontré merodeando lo que queda de la Dingo.

—¿Con qué permiso se encontraba usted en el túnel?

—Fui a registrar la Dingo en busca de la caja negra.

Hawke puso discretamente su mano mecánica sobre el brazo de Olivia.

—No —murmuró.

—¿Tiene usted en su poder la caja negra de la Dingo? —preguntó el capitán.

—No —mintió Olivia, sin dudar. Hawke relajó el agarre de su mano.

Olivia no sabía por qué había hecho eso, pero calló. Debía algo de lealtad a Hawke, aunque solo fuera porque él le había salvado la vida al impedir que subiera a bordo de la Dingo. Guardaría de momento aquel secreto, al menos hasta saber por qué prefería él que Barrow no supiera nada de la caja.

El capitán parecía fuera de sí.

—Doctor, abandone la sala.

—Capitán, estoy...

—No sé qué está haciendo, pero espero que no sea desobedecer una orden directa. Fuera de la sala. No hable de esto con nadie. Lo que ha sucedido aquí esta noche es información confidencial. Si la revela a alguien, será usted juzgado.

El médico dejó a la niña donde estaba y salió de la enfermería.

—Lo mismo para usted, señora May. Salga de aquí ahora mismo.

Molly May caminó hasta plantarse delante del capitán y se irguió todo lo que pudo, encarándose con él.

—Capitán, no puede usted penalizar a Olivia Autumn por salvar la vida de una niña. Ni tampoco puede ordenarme a mí que la desatienda. Esto que está

haciendo usted atenta contra...

—Salga de aquí inmediatamente —ordenó fríamente el capitán.

—No —replicó Molly.

Olivia sintió que el orgullo la desbordaba. Sin embargo, no podía dejar que ella arriesgase su vida en vano. Sabía que si el capitán decidía deshacerse de todos los que se interpusieran en su camino le daría igual que fueran uno, dos o tres. Y alguien como Molly sería muy útil si la expedición conseguía finalmente realizar su objetivo y atacaba a los habitantes de la ciudad. Quizá ella pudiera salvar alguna vida.

—No, Molly —intervino—. No hagas esto. Déjanos hablar.

Molly la miró como si fuera a replicarle, pero al cruzar la mirada con ella pareció entender. Que se plegase a las órdenes del capitán no significaba que se rindiera, sino que entendía que su victoria se conseguiría a largo plazo. Debía dejar a Olivia librar su propia batalla; no servía de nada que ella se sacrificase en vano.

—Muy bien. No toquéis a la niña —indicó.

—No hable de esto con nadie —recordó el capitán.

—Lo que usted diga, capitán Barrow —respondió Molly, en un tono cargado de dignidad.

Los dos guardias que habían entrado al salir el médico le abrieron la puerta para que abandonase la enfermería y la cerraron a su espalda. Después se volvieron hacia el capitán, esperando alguna indicación suya.

Olivia se enfrentó a Barrow.

—¿Usted qué habría hecho, capitán? ¿La habría dejado morir?

El capitán la miró con indiferencia. No iba a perder su tiempo discutiendo con ella sobre lo que habría hecho o no. No tenía tiempo para debatir sobre dilemas morales.

Se dirigió a sus hombres, ignorando a Olivia.

—Nadie puede saber de la existencia de esta niña. Tened un ojo puesto sobre el médico y la enfermera.

—Entendido, capitán.

—En cuanto a Autumn, queda condenada a muerte por desacato y traición. Vosotros dos sois testigos —añadió.

Hawke carraspeó.

—¿Y yo, capitán? ¿Sobre mí no va a poner un ojo nadie? Espero ser digno de tanta confianza. Como consejo personal, si me lo acepta, le diré que quizá sería buena idea prohibir también que nadie cuente por ahí que anda usted repartiendo condenas a muerte y acusaciones de traición a diestro y siniestro.

—Cállate, Hawke —ladró el capitán—. Todavía no he llegado a ti.

—Qué expectación —comentó Hawke.

—Cállate, Hawke —le pidió Olivia—. No digas nada más.

Si existía la menor posibilidad de que él saliese de allí indemne, no debían desaprovecharla.

—Pero qué fuera del personaje estaría yo si me callase —protestó Hawke—. Sobre todo, cuando en realidad fui yo quien trajo a la niña a bordo. Escúcheme, capitán, ha cogido usted al culpable de desacato y traición erróneo. Autumn simplemente estaba en el camarote cuando yo llegué con la cría. Qué le vamos a hacer, tuvo la mala suerte de que le tocase el camarote de las mujeres, los niños y los cojos. Por cierto, lo siento, Autumn, por volver a sacar esto a flote, pero tengo que vengarme de alguna forma por el comentario. —le guiñó un ojo—. Así que nada, capitán, que si le parece hago yo su trabajo y me condeno solo. Y tú, Autumn, recuerda que todo lo que ha sucedido aquí es confidencial, etcétera, etcétera.

Lo estaba haciendo otra vez. Una vez más se ponía en peligro a sí mismo y salía de su camino para echarle una mano. Olivia le miró, a medias incrédula y conmovida, sin saber qué decir. Era improbable que aquello surtiera efecto, pero Hawke estaba dispuesto a arriesgarse a intentarlo.

Los ojos de Olivia se desviaron por un segundo hacia Savannah. Era increíble la compasión que una criatura tan joven era capaz de despertar, movilizando a adultos que no la conocían de nada para ayudarla a toda costa. Sin entender por qué, se le llenaron los ojos de lágrimas. No quería que

Hawke pagase por las decisiones que ella había tomado, pero no había forma de impedir que él se sacrificase si así lo decidía. Nunca había pensado en considerarle su amigo siquiera, pero de pronto se daba cuenta de que él estaba dando la cara por ella más de lo que nadie lo había hecho nunca.

A Barrow, por su parte, cada palabra de Hawke le desquiciaba un poco más.

—No seré yo quien te niegue una condena a muerte, Hawke —concluyó, sin darle más vueltas—. Pero no por ello queda libre Autumn. Dos pájaros de un tiro. Tres, si cuento a la niña. Mañana nos desharemos de todos ellos —volvió a dirigirse a los guardias—. Llevad a los tres a uno de los camarotes del piso de abajo. Quiero a alguien delante de la puerta toda la noche, cambiando a cada hora. ¿Entendido?

—Sí, capitán.

—Bien.

El capitán Barrow abandonó la enfermería. Uno de los guardias lanzó a Hawke al suelo de un empujón y después ayudó al otro a inmovilizar a Olivia. Una vez estuvo ella reducida fue sencillo levantar y esposar al inventor. La niña estaba inconsciente; la cargaron como un fardo.

—¿Cómo podéis colaborar con esto? —les preguntó Olivia, antes de que uno de ellos agarrase un rollo de vendas de uno de los armaritos de la enfermería y se lo embutiese en la boca.

—No te molestes —murmuró Hawke—. Pueden y ya está. Otra cosa no, pero quien organizó esto escogió muy cuidadosamente al reparto.

Olivia escupió la venda, pero se abstuvo de decir nada más.

CAPÍTULO 8

El camarote en el que les encerraron estaba completamente vacío, sin colchones siquiera en las literas. Savannah quedó tendida en una esquina y, en cuanto los guardias se retiraron, Hawke se sentó en el suelo para recogerla entre sus brazos y recostarla contra él. La niña, que había mostrado enorme desconfianza hacia él y podía haber reaccionado mal, no se movió.

—¿Está consciente? —preguntó Olivia.

—Sí —musitó Hawke.

Mientras ella daba zancadas de un lado a otro del camarote, intranquila, él se dedicó a hablar en voz baja a la niña, quién sabe de qué, solo para que pudiera escuchar su voz tranquilizadora. Savannah tenía los ojos abiertos y le miraba fijamente, atendiendo a todas sus palabras. Hawke le contaba historias inventadas, a veces inconexas, sobre criaturas exóticas que alguna vez habían existido de verdad.

—¿Tienes hambre? —preguntó, justo al acabar uno de los cuentos.

La niña, habiendo estado tan inmersa en sus palabras que había olvidado el mundo real, asintió. La mirada de Hawke se endureció. El inventor contuvo el aliento un instante antes de volverse hacia Olivia.

—Olivia-No-Sabía-Nada —llamó—. Esta niña entiende perfectamente todo lo que digo.

—No puede ser.

—Me acaba de decir que tiene hambre. Maldita sea, esta niña es más lista que nosotros dos juntos.

Savannah clavó los ojos en Olivia, como si quisiera saber si estaba enfadada. Aunque podía haberse sentido engañada, porque la niña había hecho un esfuerzo por fingir que le costaba entenderla, lo que Olivia sentía era más bien admiración. La pequeña se las había arreglado para obtener un montón de información simplemente dejándoles hablar entre ellos pensando

que ella no entendía. Sabía, por ejemplo, los planes de Barrow, y por lo tanto era consciente del peligro que pendía sobre las cabezas de los suyos. También se había enterado de que Hawke, pese a su amabilidad con ella, había propuesto abandonarla en el túnel para proteger la ciudad burbuja. Por otro lado, había presenciado asimismo cómo los dos se habían jugado la vida por ella y cómo habían perdido.

—Entonces sabrá que somos sus amigos —concluyó Olivia—. Si tiene hambre, lo mejor será que le consigamos algo de comer.

Se acercó a la puerta del camarote y la golpeó un par de veces. Se escuchó moverse al guardia al otro lado.

—¿Qué pasa?

—Necesitamos agua —informó Olivia.

La única respuesta fue una carcajada incrédula. Hawke sacudió la cabeza.

—Has olvidado las palabras mágicas —comentó.

—¿Es que siempre tienes algo que decir?

—No siempre —murmuró él, pensativo. Savannah sonrió.

Ignorándoles, Olivia se volvió a acercar a la puerta y apoyó un hombro en ella, para poder hablar con el guardia sin mirar a sus compañeros.

—Por favor —suplicó.

La puerta se abrió. El guardia estaba armado.

—¿Para qué quieres el agua, Autumn? ¿Para lavarte y estar guapa mañana cuando el capitán os ejecute?

Hawke se rio en voz alta.

—Qué ingenuidad tan adorable. El capitán no nos va a ejecutar.

—Si crees que va a cambiar de opinión, a ingenuo ganas tú —respondió fríamente el guardia, sin dejarse provocar por su risa.

—Es un Barrow. Esos nunca matan directamente. Será bajo sus órdenes, pero nos ejecutará otro.

—¿Qué más da quién apriete el gatillo si vas a morir?

—Importa —declaró Hawke, en un tono tan firme que el guardia no tuvo

ánimos para replicarle.

Olivia no quería hablar de ejecuciones ni de quién las llevaría a cabo; y mucho menos le interesaba filosofar sobre si era relevante o no quién fuera el autor de la muerte de uno. Quería pensar en la vida. En concreto, en la de la niña que se acurrucaba entre los brazos de Hawke. Si era verdad que entendía todo lo que estaban diciendo, lo mejor era cambiar de tema.

—Por favor —repitió, dirigiéndose al guardia—. Es para la niña. Se está muriendo de sed.

—Y a mí qué más me da. Si no muere hoy, morirá mañana. Quizá acabar ahora, tranquilamente, sea lo mejor para ella.

Los puños de Olivia se cerraron. El guardia alzó el arma. Olivia se forzó a relajarse.

—Está sufriendo.

—Comprenderás que no voy a gastar agua en una criatura para la que ya no hay esperanza ninguna. Además, mejor para vosotros. No querréis pasar la noche aquí con el suelo lleno de pis. Mejor que no bebáis.

El guardia dio un paso atrás para cerrar la puerta.

Olivia dio un paso hacia delante y se encaró con él, con los ojos llenos de lágrimas de impotencia. Parpadeó para evitarlas, enfadada consigo misma por mostrar debilidad.

—No te cuesta nada —le reprochó—. Y si lo haces, evitarás que su muerte sea culpa tuya. Será culpa de otros, pero no tuya.

—Me da igual —respondió el guardia, arqueando las cejas.

—No me lo creo.

El guardia sonrió. De pronto, pareció más peligroso que antes.

—Hagamos un trato, Autumn. Yo te traigo agua y tú me das algo a cambio.

—¡Está bien! Te daré lo que tú quieras. Puedo conseguir dinero.

Él negó lentamente con la cabeza.

—No, no voy a mercantilizar a largo plazo con una condenada a muerte.

¿Te crees que soy estúpido? Tiene que ser algo que me des aquí y ahora.

—No tengo nada que darte.

—Yo creo que sí.

Olivia no quiso creer lo que estaba entendiendo. Miró al guardia, confiando en estar equivocada, pero lo que leyó en sus ojos confirmó sus sospechas. Él la contemplaba como si la fuera a devorar, con el ansia de un caballo de carreras que espera el pistoletazo de salida.

—Cerdo —masculló.

Él se encogió de hombros y llevó la mano a la puerta, amenazando con cerrarla.

—Piénsalo rápido, Autumn. Quedan quince minutos para el cambio de guardia. Todavía nos da tiempo, pero si tardas mucho más en decidirte, a mí no me convendrá el trato.

—¿Cómo puedes desear esto? ¿Cómo puedes querer algo así?

Él no respondió.

No hizo falta. Ella sabía que para él aquello era simplemente un placer físico y rápido con alguien a quien no volvería a ver, una válvula de escape de la que nadie sabría nada nunca, porque ella desaparecería irremediabilmente de su vida al día siguiente, una pequeña concesión durante un trabajo exigente en una expedición que iba a ser muy larga.

A ella le daba náuseas.

—Vete a la mierda —respondió. La mandíbula de él se tensó.

—¿Sabes una cosa? —el guardia entró en el camarote y cerró la puerta a su espalda—. En realidad, no tengo por qué hacer tratos conmigo. No sirve de nada que me ofrezcas a cambio de un favor algo que puedo simplemente venir y tomar.

Un miedo hasta entonces desconocido para ella inundó el pecho de Olivia. Colgando del agujero en medio del túnel había estado a punto de morir, pero aquello era muy diferente. Nunca se había sentido tan vulnerable, tan impotente, tan indefensa. Odiaba aquella sensación.

Intentó resistirse, pero el guardia era más grande que ella y logró sujetarle las manos a la espalda. Hawke apartó a la niña a un lado y se intentó poner de pie, pero el guardia apuntó con su arma la cabeza de Olivia.

—Ni se te ocurra moverte —advirtió—. No te hagas el héroe, tullido.

El rostro de Hawke estaba blanco a excepción de dos puntos enrojecidos en la parte alta de las mejillas, incendiadas de rabia. Se quedó inmóvil.

—Si te mato les diré a todos que intentaste atacarme —susurró al oído de Olivia. El aliento del guardia en su oreja hizo que ella se estremeciera—. Deja las manos quietas ahí.

Esto le dio a él la libertad de rozar con la suya las caderas de ella. Le sobó el culo con descaro, bruscamente, clavándole los dedos en las nalgas. Se entretuvo allí un buen rato, como simple demostración de poder, de lo que podía hacer sin que ella se atreviese a resistirse. Después, acarició su vientre y subió hasta su pecho por encima de la camiseta del uniforme. Cogió uno de ellos con su mano, lo sopesó, lo estrujó. Luego el otro.

—Me encanta que los tengas pequeños —comentó en voz baja. Olivia se mordió la lengua para no responderle.

Lentamente, él metió la mano por debajo de la ropa de ella. Tiró de su sujetador hasta bajárselo, dejando su pecho aplastado y por encima. Cogió uno de sus pezones entre los dedos y lo frotó suavemente. Olivia apretó los dientes. Él lo pellizcó, pero ella no emitió ningún sonido.

El guardia se separó de ella.

—Quítate la camiseta.

Olivia obedeció.

—¿También el sujetador? —preguntó, en tono venenoso.

—No. —Él pareció inmune a su desprecio—. El sujetador prefiero quitarlo yo, gracias.

Quizá encontraba algún placer en la imagen de su pecho grotescamente aplastado por el elástico del sujetador, sobresaliendo por arriba como si fuera a estallar. Lo disfrutó unos segundos, observándolo y acariciando los

pezones, antes de quitar el sujetador de un tirón. Se agachó para chupárselos, sin poder contenerse.

Hawke se había puesto lentamente en pie y avanzó un paso hacia ellos con rapidez. El guardia, que no en vano había recibido una formación al cargo del Centro de Seguridad, tenía buenos reflejos. Casi sin mirarle, percibió el movimiento, alzó el arma y le disparó. El inventor perdió el equilibrio y cayó al suelo con una exclamación de dolor.

—¡Hawke! —gritó Olivia.

Su voz se mezcló con la de la niña, que había empezado a llorar.

—Silencio —gruñó el guardia.

Volvió a colocarse a su espalda y le desabrochó los pantalones para bajárselos. Metió la mano dentro, hurgando en su ropa interior, después traspasando ese límite también. El contacto fue molesto y doloroso para Olivia, que se echó un poco hacia atrás instintivamente, solo para que sus nalgas chocasen contra la erección del guardia. Este, satisfecho, la apretó contra sí.

—¿Te gusta? —murmuró.

Olivia había aguantado ya demasiado.

—Me encanta —respondió.

Puede ser que el guardia se sorprendiera. Olivia no lo iba a saber nunca. Aprovechando que él había descuidado el arma, le clavó la rodilla en el estómago y un codo en el cuello. De un empujón le hizo perder el equilibrio y lo lanzó al suelo. Antes de que él, sin resuello, pudiera reaccionar, ella empezó a dar patadas a su brazo armado. Pisó con fuerza su codo. Se escuchó un crujido y el guardia gritó y soltó el arma.

Habría sido inteligente hacerse con ella, pero Olivia no estaba actuando de forma racional. Dio una patada a la cabeza del hombre, que dejó de moverse de pronto.

El sentido volvió a la mente de Olivia. Notó que le costaba respirar.

—¿Está muerto? —preguntó, sin saber a quién.

—No —respondió Hawke. Respira. Ella se volvió hacia él, preocupada.

—¿Estás bien?

—Olivia, el arma.

Ella fue a cogerla. Era sorprendentemente pesada.

Hawke, en silencio, contempló la imagen de la mujer que tenía delante, con pantalones de uniforme y desnuda de cintura para arriba, con el cabello desordenado y las mejillas arrojadas, sosteniendo un arma con las dos manos.

—Recuérdame que nunca me meta contigo.

Esta vez, su comentario logró arrancarle a ella una sonrisa.

Avanzó hacia el guardia, que seguía tendido en el suelo. Luego miró la puerta. Estaba cerrada, pero no con llave. Podían abrirla y marcharse. Sin embargo, ¿qué les esperaba en el túnel? ¿Cómo iba a salir adelante ella sola, con un hombre herido y una niña?

—Mátalo —indicó Hawke. Ella le miró, horrorizada.

—¿Te has vuelto loco?

—No sé a qué esperas. Mátalo y vámonos de aquí —insistió Hawke. Al ver el rechazo que las palabras causaban en ella, intentó convencerla—. No te preocupes, no lo va a oír nadie. ¿No has oído nunca un disparo de una de esas cosas? Son muy silenciosas. Venga.

—No le voy a matar. ¿Cómo le voy a matar?

—Pues con la misma soltura con la que él estaba dispuesto a violarte. ¿Qué pasa, ahora es amigo tuyo?

Olivia dejó el arma a un lado.

—Yo no soy una asesina.

Hawke se retorció sobre sí mismo y ella se agachó a su lado para ayudarlo a sentarse. El disparo le había dado en el hombro del brazo sano y sangraba mucho. Olivia intentó examinar la herida, pero la tela del uniforme se había pegado a ella.

Él clavó sus ojos verdes e inflexibles en los de ella. Sus cabezas estaban

muy cerca, podía sentir su aliento y el calor de su mirada.

—Olivia, este degenerado te iba a violar. Le negó agua a una niña pequeña que se muere de sed sin sentir el menor remordimiento. Me ha disparado. ¿Cómo puedes ser compasiva con él?

—¿Cómo puedes ser tú tan despiadado?

—Porque he visto cómo te tocaba. He visto cómo le importaba una mierda que sufieras y que te negases. He visto cómo este hijo de puta te estaba lamiendo y lo único en lo que puedo pensar es en cortarle la lengua y obligarle a tragársela.

De pronto, Olivia fue consciente de que seguía semidesnuda y de que estaba muy cerca de Hawke. Se incorporó, alejándose.

—Eso es problema mío, Hawke. No necesito que me defiendas ni que le cortes la lengua a nadie, gracias. No quiero que me vengues.

—Ni yo. Quiero que te vengues tú.

Ella le ignoró y se vistió lo más rápidamente que pudo. Después, caminó por el camarote mirando al suelo hasta que encontró la bala que le había abierto el hombro a Hawke.

—La bala está fuera —anunció, aliviada—. Solo ha sido un rasguño. Estarás bien. Ahora lamento haber tirado esa venda que me pusieron en la boca —comentó. El sonido de su propia voz contribuía a tranquilizarla, aunque su corazón continuaba latiendo tan rápido que más que un redoble era un zumbido, como el de un pajarillo—. Nos sería útil.

La puerta se abrió de pronto y entró corriendo otro guardia, alarmado al no haber visto a su compañero fuera. Vio el cuerpo en el suelo y apuntó enseguida a Olivia, que se detuvo y se llevó las manos a la nuca.

—Está vivo —dijo rápidamente—. Está vivo. Intentó violarme y le noqueé.

—Necesito refuerzos. Guardia herido en el camarote de los condenados —dijo el guardia por su radio. Se quedó allí, esperando, apuntándoles, hasta que llegaron cuatro compañeros suyos.

Entre dos de ellos levantaron al guardia sin conocimiento y se lo llevaron de allí.

—Qué lástima —comentó Hawke con una mueca.

—Inmovilizadles a los tres —ordenó el guardia que estaba al mando.

Empujaron a Olivia contra una de las paredes y le ataron las manos y los pies, uniendo los dos nudos a su espalda de modo que quedaba extrañamente arqueada hacia atrás. Le resultaba imposible moverse.

—Me duele —se quejó.

—No me digas. Chicos, le duele. Traedle un sofá y avisad al masajista.

—A este le podríamos desmembrar —propuso otro de los guardias.

Estuvieron trasteando con la pierna y el brazo artificiales de Hawke, pero no lograron descubrir cómo se hacía para despegarlos de su cuerpo. Después de varios intentos, los últimos a la fuerza, y de que Hawke empezase a tener serias dificultades para ahogar los quejidos de dolor, desistieron y le ataron igual que a Olivia.

—Pues ahí os quedáis. Avisadnos si tenéis hambre y llamamos al servicio de habitaciones.

En silencio, Olivia se permitió llorar unos segundos. No había forma de escapar de allí y sus compañeros estaban pasándolo mal por su culpa. Ni Savannah ni Hawke dijeron nada y le permitieron rendirse durante un momento.

Cuando se calmó, la voz de Hawke, aunque queda, llenó por completo el camarote.

—No perdamos la esperanza, Olivia-No-Sabía-Nada.

—¿Esperanza de qué? Lo siento, Hawke. Lo siento mucho...

—No sirve de nada sentirlo mucho. Estamos donde estamos. Vamos a esperar, porque no podemos hacer nada ahora, y ya veremos qué pasa.

Olivia sabía lo que iba a pasar y no quería verlo, pero era cierto que no podía hacer nada. Con mucha dificultad, rodó hasta acercarse a ellos. Estaban los tres tendidos en el suelo, Savannah con la cabeza apoyada en las

pantorrillas de Hawke y Olivia detrás de él. Apoyó la cara en su espalda, entre sus hombros.

Cerró los ojos. No ver nada fue un consuelo. Sentía el calor del cuerpo de él, su respiración, el olor de su ropa. Era lo más parecido a la paz que podía sentir en aquellas circunstancias.

—No estás sola, Olivia —aseguró él, sereno—. Ninguno de nosotros está solo y eso nos pone en una situación mejor que muchas otras. Ya veremos qué hacemos. No nos preocupemos de momento. Intentemos descansar.

—No sé si podré.

—Seguramente esta postura sea buenísima siguiendo algún tipo de técnica de relajación —bromeó él—. Favorece el fluir de la energía o algo. Aunque de momento a mí solo me favorece los tirones, pero bueno, todo es acostumbrarse. El yoga al principio me parecía la mar de raro.

—¿Haces yoga?

—No. Me lo propusieron en algún momento porque es buenísimo para todo, ya sabes. ¿Te falta una pierna? Haz yoga.

Quizá fuera solo por la tensión, pero Olivia no pudo reprimir un inicio de risa.

Hawke sonrió, satisfecho, para sí mismo.

—Muy bien —se alegró—. Mientras todavía podamos reírnos, no estaremos tan mal.

Olivia confió en que tuviera razón.

CAPÍTULO 9

Al cabo de unas horas, tanto Savannah como Olivia estaban medio dormidas. La respiración de Hawke era regular como las de ellas, pero súbitamente se agitó y el inventor abrió los ojos. Se revolvió, moviéndose todo lo que podía para despertar a sus compañeras.

—¡Savannah! Savannah, despierta.

La niña emitió un quejido y no se movió. Hawke hizo fuerza con su pierna, intentando levantarla para sacudir la cabeza de la niña, que descansaba sobre ella. Finalmente, la pequeña se incorporó y se volvió hacia él.

Olivia también se había despertado.

—Hawke —gruñó, porque le había costado conciliar el sueño—. ¿Qué pasa?

—Agua —explicó él, tan agitado por haberse despertado de pronto que le costaba pronunciar oraciones enteras—. Sé dónde hay agua. Qué imbécil. No sé cómo no se me ocurrió antes.

—¿Agua? —preguntó Savannah.

La voz de la niña sonó tan ajena para los oídos de Olivia que tuvo que mirarla fijamente y ver sus ojos esperando una respuesta para estar segura de que había sido ella quien había hablado. Una emoción inesperada la invadió. Que Savannah hablase con ellos, admitiendo abiertamente que les entendía, le parecía una victoria. No había sido consciente de haber estado librando una batalla, fue como ganar sin haberlo pretendido.

—¡Savannah! —exclamó, en voz baja.

—Sí —confirmó Hawke, dirigiéndose a la niña—. Sé dónde hay. En las cañerías. Las cañerías que pasan por los techos de toda la nave. Por encima de nuestras cabezas hay una, que va directamente a las cocinas. Es el único punto en el que el agua es potable.

El resto de las cañerías, que llegaban hasta las duchas y retretes, iban cargadas de agua reciclada que no era seguro beber.

—Tienes que subirte a algo. Si llegas hasta el techo, podrás levantar una de las placas de aluminio que lo forman.

Savannah miró a su alrededor. El camarote estaba vacío. Hawke no había contado con aquello antes de despertarlas.

—¿Quizá si se sube encima de nosotros? —propuso, dudoso.

—Estás herido —intervino Olivia—. No es el mejor momento para que te pisoteen.

—Yo sé —dijo Savannah.

La niña se acercó a un rincón del camarote, en el que unos estantes empotrados hacían de mesilla de noche a las literas. Con una gran agilidad que contrastaba con la poca fuerza que tenía, saltó y se colgó como un mono del primero, empezando a trepar por ellos. Cuando estuvo arriba, encontró que no podía soltar sus manos para abrir el techo, o se caería.

—Ten cuidado —aconsejó Hawke—. No queremos que te rompas nada.

A Olivia se le encogió el corazón, pero parecía que la niña se las apañaba bien. Ella también se había pasado su infancia trepando a todo tipo de obstáculos, con sus padres preocupados por su integridad física. A veces se había caído, pero siempre se había vuelto a levantar.

Se preguntó si también a eso se quería referir Hawke cuando decía que ella no era de las que se rendían.

—Savannah —llamó—. Agárrate al estante con las manos y empuja hacia arriba para dar una patada al techo.

—Estás loca —comentó Hawke.

A Savannah no le pareció mala idea. Se aferró al borde del estante con sus manitas y se balanceó de un lado a otro, encogiendo los abdominales, para calibrar el arco de su patada. Cuando lo tuvo claro, tomó impulso y golpeó con fuerza el doble techo con un pie. El cuadrado de aluminio salió disparado y se perdió en la oscuridad.

Olivia sonrió, orgullosa. Aunque fuera un poco absurdo, porque quien lo había hecho era Savannah, se sentía como si una vez más su yo infantil hubiese realizado con éxito una acrobacia que sus padres dudaban que fuera posible.

—Pues ha funcionado —replicó, con algo de arrogancia.

—Eso es lo que me gusta de ti —respondió Hawke.

—¿Que tenga razón?

—Que tengas ideas.

—Ideas que funcionen.

—Eso es lo menos importante de una idea.

—Pedante.

Mientras tanto, Savannah había conseguido colgarse de la estructura más firme del falso techo. Con esfuerzo, levantó su propio peso hasta que pudo anclar los pies en el escalón más alto y pasar más de medio cuerpo por el agujero en el techo.

—¿Qué ves? —preguntó Hawke.

—Está muy oscuro —respondió ella—. Hay muchos tubos y cables.

—No toques los cables. El tubo del agua tiene que ser color rojo o naranja. De metal. ¿Ves alguno así?

La niña se estiró para mirar mejor y perdió pie. Olivia y Hawke ahogaron una exclamación, pero Savannah pudo recuperar el equilibrio sujetándose solo con los brazos. Pataleó hasta que volvió a encontrar el estante.

—¿Estás bien? —preguntó Hawke.

—Sí. Aquí hay un tubo que creo que es rojo. Tiene lunares verdes, como manchas.

—Ese es. Tócalo hasta que encuentres una parte en la que es más gordo. Allí debe haber una llave. Tienes que hacer mucha fuerza, pero puedes desarmar el tubo si la giras.

Savannah buscó a tientas hasta que soltó un sonido de júbilo.

—¿Hacia dónde la giro?

—Siempre hacia la izquierda. ¿Sabes qué lado es la izquierda?

—No soy tonta —respondió la niña, con naturalidad, y giró la llave.

En cuanto el agua encontró una rendija en la tubería, empezó a hacer fuerza para salir con presión. Savannah se echó a reír, sorprendida. Hawke y Olivia solo veían su cintura y sus piernas, y el agua cayendo a chorros de ella.

—Baja de ahí —indicó Olivia—, antes de que te resbales. Puedes beber aquí debajo.

Ellos también podían beber, si no les importaba hacerlo del suelo. Pronto estarían tan mojados como ella.

Olivia se preguntó qué pasaría si el guardia no abría la puerta en varias horas. El camarote podría llenarse de agua y morirían allí dentro los tres. Su respiración se agitó. Hawke debió leerle el pensamiento.

—En cuanto salga agua por debajo de la puerta, se darán cuenta —caviló en voz alta—. Savannah, deja de beber ya. Mucha agua puede hacerte daño. Ven, busca en mi cinturón. A ver si encontramos algo con lo que puedas abrir las esposas.

¡Las esposas! ¿Cómo no se les había ocurrido antes? Savannah podía liberarles. Olivia sacudió la cabeza. Había tenido a la niña tan presente como un ser indefenso al que debía proteger que no había caído en la cuenta de que, en aquel momento, al ser la única de los tres que estaba libre, era una poderosa aliada. Los guardias habían caído en el mismo error que ellos al infravalorarla.

Observó a Hawke y le notó más tenso que antes. La perspectiva de volver a tener algo de control sobre la situación le encendía. Eso significaba que también él se acababa de dar cuenta en ese momento de que Savannah podía liberarles. También él había pasado eso por alto. Incluso un genio caía en tonterías como esa.

—Qué miras, Olivia-No-Sabía-Nada. —El tono de él no parecía una pregunta.

—Nada —respondió ella—. A ti.

—No me gusta que me miren.

El tono de Hawke fue tan terminante que la dejó perpleja. No había habido ninguna maldad en cómo había posado sus ojos en él, pero el inventor reaccionaba con tal violencia que parecía que se estuviera defendiendo de un ataque.

—Oye, que no quería ofenderte.

—Muy bien, pues no me ofendas —cortó él—. Savannah, puede ser que tenga un carrete de alambre en el bolsillo. ¿Puedes buscarlo?

—No —dijo la niña, agachada a su lado—. Estás encima.

Hawke intentó levantar la cadera del suelo, con un gemido de dolor. Olivia se movió para que sus rodillas pudieran servirle de apoyo. Entre los dos, lograron dejar suficiente espacio entre su cuerpo y el suelo como para que Savannah hurgase rápidamente en el bolsillo y sacase el carrete.

—Dobla un extremo para hacer un gancho —indicó Hawke. Y mételo en la cerradura de las esposas. Si no funciona, hay que cambiar la forma del gancho, pero lo vamos viendo.

La niña obedeció y enrolló el extremo del cable sobre sí mismo para hacer un gancho un poco más grueso. Después, pasó por encima de Hawke para situarse entre él y Olivia. Buscó la cerradura con el gancho, intentando abrirla.

—No funciona —respondió.

—Creo que el gancho es demasiado curvo. Estíralo un poco —recomendó Hawke.

—¿Has hecho esto antes? —preguntó Olivia, con curiosidad.

—Nunca —respondió Hawke.

—¡Funciona! —anunció Savannah—. ¡Ha tocado algo!

La puerta del camarote se abrió de golpe y entraron dos guardias, seguidos por el capitán Barrow y otros dos hombres más. Los recién llegados se quedaron de piedra ante el panorama que se desplegaba ante sus ojos. Savannah se detuvo, asustada.

—No pasa nada —dijo Hawke—. Estos amables señores no te van a hacer nada.

—La verdad, Hawke, es que tú eso no lo sabes —comentó Barrow.

—Hombre, capitán —el tono alegre de Hawke hizo que a Barrow se le tensasen visiblemente los músculos del cuello y los brazos—, yo creo que usted y yo sabemos que estos caballeros nunca pagarían las frustraciones de su vida y sus carencias haciendo daño a una niña que apenas levanta un metro del suelo.

—Tú no sabes nada —repitió el capitán, seguramente porque no se le ocurrió otra cosa que decir.

—En qué baja estima tiene a sus hombres —comentó Hawke—. Si yo fuera uno ellos, me sentiría un poco dolido por su opinión, capitán. Por suerte, mi carrera profesional me llevó por otros derroteros en los que lo que usted piense no tiene ni la más mínima importancia.

Aunque sabía que aquello era una imprudencia, Olivia no podía menos que maravillarse por el descaro del inventor, que incluso desde el suelo, con la mitad de la cara hundida en el agua, con un disparo en el hombro y las extremidades estiradas en un extraño ángulo a su espalda y esposadas, era capaz de jugar a incomodar con sus palabras a cinco hombres hechos y derechos, armados y de pie frente a él.

—Cállate, Hawke —aconsejó, en voz baja.

—Hazle caso a tu novia —subrayó uno de los guardias—. No, perdón. Decir que es su novia es demasiado insultante incluso para ella. Perdóname, Autumn. Eres un grano en el culo, pero no te mereces eso.

La mandíbula de Hawke se tensó tanto y sus ojos expresaron tal odio que si hubiese respondido algo sus palabras hubiesen sido tan corrosivas que habrían derretido las caras del guardia, como si se tratasen de ácido. Sin embargo, no las encontró o, tras aquel golpe, no fue capaz de recuperar el aliento para contestar. Se quedó callado.

—Ya está bien. Sacadles de aquí —ordenó Barrow, cansado del intercambio de insultos—. E inmovilizada también a esa maldita niña.

Los guardias obedecieron. Soltaron las esposas y las cerraron de nuevo sobre sus pies, dejando las manos sujetas solo con cuerda, de modo que podían andar dando pasos muy cortos. Les hicieron avanzar así por el corredor de la nave, a Olivia siguiendo al guardia que guiaba, seguida por otro de ellos, después la niña, también escoltada, y Hawke el último, con Barrow y uno de sus hombres detrás.

La comitiva llegó hasta una de las escotillas traseras de la nave sin cruzarse con nadie. El capitán debía haber ordenado que se mantuviera esa área despejada. Sus pasos sonaron extraños sobre la tierra del túnel, que se pegaba a sus botas mojadas.

Allí, iluminada por las luces de la Serval, había una cápsula de metal.

—Vuestro nuevo hogar —declaró Barrow.

Las cápsulas se utilizaban para dejar atrás la basura, sobre todo cuando se trataba de restos orgánicos, de modo que fuera inaccesible para los insectos y evitar así que estos se acercasen a las ciudades de la Unión o a las vías que las conectaban.

El plan del capitán fue comprendido sin necesidad de que él lo explicase: pensaba dejarles abandonados allí, dentro de una cápsula, para que murieran asfixiados o de inanición, como enterrados en vida. Además de cruel, el castigo era denigrante. Les dejaba atrás así, como si no fueran más que basura.

Olivia sintió que la consumía por dentro la vergüenza por haber tenido alguna vez a Barrow en alta estima.

—Usted no es un ser humano —murmuró. No pretendía insultarle; era lo único que se le había ocurrido decir.

—Al contrario —replicó él, con serenidad—. Esto es lo que hacen los seres humanos.

—¿Matar inocentes? —preguntó Hawke.

Al capitán casi se le escapa una carcajada.

—¿Inocente? Tú de inocente no tienes un pelo, hijo de puta.

Ni el peso de sus extremidades de metal ni la herida en el hombro ni el guardia que se encontraba junto a ellos pudieron impedir que Hawke se inclinase hacia delante y embistiera al capitán con la cabeza. Los guardias redujeron al inventor, pero Barrow se había quedado sin respiración y se tambaleaba por el túnel como un borracho.

Uno de los guardias estampó su puño contra la cara de Hawke. Fue totalmente innecesario, pero tenía ganas de golpear a alguien o, probablemente, de pegarle a él en concreto.

Hawke escupió sangre al suelo.

—Mentaría a tu madre, Barrow, pero bastante tiene la pobre mujer con tener a un monstruo por hijo.

Barrow no respondió. Obedeciendo a su silencio, los guardias embutieron a Olivia, Hawke y Savannah en la cápsula. Estaban tan apretados que era difícil respirar. Él estaba entre ellas dos, que se aplastaban contra las paredes metálicas del cilindro.

Sin decir una sola palabra, el guardia que había pegado a Hawke cerró la puertecilla. Ya no oyeron nada más de lo que sucedía en el exterior.

La oscuridad era total en el interior de la cápsula. Olivia no veía a sus compañeros, pero sentía completamente el frío del metal en la espalda y el calor de Hawke al otro lado. Tenía la mejilla contra la nuca de él, el pecho contra su espalda, las piernas pegadas a las suyas. Como las manos se las habían atado a la espalda, no podía impedir que su peso cayera sobre Hawke.

A él no parecía molestarle. Su respiración acompasada hacía que el cuerpo de ella subiese y bajase con el de él. Olivia pensó que olía bien; pese al sudor, pese a tener la ropa mojada, pese a la tierra que se había llevado consigo tras la excursión por el túnel, el cabello de Hawke olía bien. La idea del champú parecía demasiado civilizada, incompatible con las circunstancias en las que se encontraban.

Ojalá encontrasen todavía un motivo por el que reír, como hacía algunas horas. Olivia, que no se veía capaz de decir nada optimista, ni soñaba con

idear un comentario gracioso.

—¿Qué hacemos ahora? —murmuró al oído de Hawke.

Él tardó en responder. La piel de su cuello se había erizado.

—¿Qué te gustaría hacer?

—No podemos hacer nada, no se me ocurre nada... —Olivia sentía el nudo de la angustia en la garganta, casi hasta el punto de impedirle hablar.

—No, olvídate de lo que podemos hacer. Piensa en qué te gustaría hacer. Si pudiera ser cualquier cosa, ¿qué te gustaría?

Ella no estaba de humor para sus juegos.

—Pensar eso no sirve para nada.

—Vamos, Autumn.

—Me gustaría salir de aquí. No. Me gustaría sacar a Savannah de aquí... Sacarte a ti.

—De acuerdo. Quedémonos, de momento, con sacar a Savannah. ¿Sabes qué me gustaría a mí?

—No lo sé. Conociéndote, cualquier tontería, como un vaso de whisky o jugar a las cartas.

Él se rio. Olivia parpadeó en la oscuridad, incrédula.

—Lo he hecho sin querer —confesó—. Hacerte reír.

—¿Lo estabas intentando? —esperó para que ella respondiera, pero Olivia no lo hizo—. Lo que yo querría es tener a algún amigo ahí fuera.

El corazón de Olivia se saltó un latido. Lo entendió de pronto. No estaban todos encerrados en la cápsula, Fennec se había quedado fuera.

La cápsula empezó a vibrar. Savannah jadeó, asustada, pero Olivia sabía lo que pasaba.

—Ha arrancado la Serval —explicó—. Se van sin nosotros.

—Muy bien —juzgó Hawke.

Esperaron en silencio hasta que la cápsula quedó de nuevo inmóvil y todavía unas horas más. La Serval se había alejado. Estaban abandonados en medio de los túneles de metro. Incluso si no estuvieran encerrados en un

cilindro de metal, solo tendrían las dos opciones de vagar por allí a ciegas o de lanzarse por el agujero para estrellarse contra el suelo del puerto, a varios kilómetros de distancia.

Entonces, se escuchó un sonido desde el exterior, como si alguien estuviera rascando el metal.

—¿Cómo es que lo estamos escuchando? —preguntó Olivia.

—Lleva ya un buen rato —explicó Hawke—. Casi ha conseguido abrir. Tiene un par de pequeñas sierras en la cola.

La espera se hizo interminable. Fennec estaba horadando el metal poco a poco. Horas después todavía trabajaba en ello, y en la cápsula empezaba a notarse la falta de oxígeno. Cuando por fin se abrió un agujero y vieron la luz del morro del robot, no sabían ya cuánto tiempo llevaban allí.

—Querido amigo —saludó Hawke, como si Fennec pudiera valorar el afecto—. Necesitamos una abertura un poco mayor.

El robot tenía mucho trabajo por delante, pero por lo menos ellos podían respirar. Los tres esperaron con impaciencia, sintiendo a cada minuto que pasaba más dolor en sus músculos obligados a permanecer inmóviles y en sus huesos tenidos sobre una superficie dura.

De pronto, Fennec se detuvo y retrocedió.

—¿Ha terminado? —preguntó Olivia.

—No. Este agujero es demasiado pequeño... Por aquí no podemos salir.

—Yo puedo —anunció Savannah.

La niña se encogió y rodó sobre sí misma hasta encajarse en el hueco que había abierto el robot. Con dificultad, echó la cabeza hacia delante y salió dando una voltereta y rodando por el suelo. Fennec la siguió.

—Deja que se acerque a ti —indicó Hawke—. Él puede quitarte las esposas.

Esperaron mientras escuchaban cómo el robot limaba el metal de las esposas, que quedaron como tintineantes pulseras en las muñecas de la niña.

—Ya veo el agujero —dijo Savannah—. No puede abrirlo más. Hay como

unas cosas rugosas alrededor y la puerta está justo al lado.

Hawke chasqueó la lengua, fastidiado.

—Las anillas de seguridad de la cápsula —tradujo—. Y el agujero está junto a la escotilla... Maldita sea. No vamos a poder salir por ahí, Autumn. —hizo una pequeña pausa, y ella supo que estaba ordenando sus pensamientos—. ¿Estás dispuesta a esto?

—¿A quedarnos aquí para que se salve ella?

Olivia entendió lo que quería decir. Podían pedir a Savannah que se quedase allí, que esperase a que Fennec intentara abrir otro agujero o a que a ellos se les ocurriera otra forma de salir. No podían abrir la escotilla, porque para hacerlo era necesario pasar el chip que llevaban en sus muñecas por el sensor, y ambos estaban maniatados. Pero si hacían esperar a la niña podía ser que ella no aguantase hasta llegar a su casa de vuelta, porque estaba muy débil. Si ellos lograban salir, Olivia tendría que cargar con la niña y a la vez ayudar a caminar a Hawke. Si no lo lograban, Savannah no podría ir a ninguna parte sola y habrían perdido la oportunidad de salvarla.

Era fácil decir que daría la vida por una niña si hablaban hipotéticamente. También hacerlo sin pensar, en caliente. Decirlo así, conscientemente y sabiendo que lo que dijera iba a repercutir en su propia vida, era más difícil.

Aun así, no era imposible.

—Sí —respondió Olivia.

—Está bien. Escúchame, Savannah. Fennec conoce el mapa del metro. Sabe llegar a tu ciudad. Ve con él, ¿de acuerdo? Y cuando lleguéis, él podrá guiarnos de vuelta si tu gente nos quiere ayudar. ¿Podrás hacer eso?

Olivia no dudaba de la buena voluntad de la niña, pero sí de su resistencia en las circunstancias en las que se encontraba. Aun así, no dijo nada. Aquella era su única esperanza.

—Claro —dijo Savannah—. ¿Cómo hago para que venga conmigo?

—Irá —determinó Hawke.

CAPÍTULO 10

Hacía un frío letal.

Olivia solo quería dormir. Había ordenado su mente y se había hecho a la idea de que iba a morir; lo único que deseaba era poder sucumbir al sueño y olvidar todo aquello, deslizarse lentamente en una somnolencia de la que no contaba con despertar.

Sin embargo, algo se lo impedía. No era el frío. Este tiraba de su consciencia hacia la oscuridad, queriendo que se rindiera. No; lo que impedía que Olivia dejase de pensar era la culpa.

Sabía que Hawke estaba despierto. Estaban tan cerca que era imposible obviar al otro, su respiración, sus estremecimientos, sus latidos.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Me duele todo —respondió él—. ¿Y tú?

—No puedo dormir —confesó ella—. Hawke... Les he matado a todos.

—¿Les has matado? —él parecía animado de pronto, como si esa idea le acabase de despertar—. ¿A qué te refieres?

Olivia tragó saliva.

—Cuando salí de la Serval para buscar la caja negra de la Dingo, reprogramé la consola del panel de control. Ya no va a seguir el rumbo que tenía fijado, sino uno que inventé yo. Es una larguísima vuelta para regresar aquí. Y no pensé... No sé si tendrán suficientes provisiones, o suficiente...

—¡Olivia, por favor! —exclamó Hawke, levantando la voz—. No les va a pasar nada. Darán una vuelta y regresarán por donde vinieron. Eres brillante. Acabas de salvar a los habitantes de la ciudad de Savannah... o, al menos, les has proporcionado algo más de tiempo.

Le gustó que Hawke la considerase brillante. En general, tenía la sensación de que la gente la consideraba más bien tonta. Meterse a piloto no había sido muy inteligente, para empezar. Los hechos lo demostraban.

Y, sin embargo, aunque ni sus propios padres ni Rain hubiesen parecido creerlo nunca, a veces ella misma se consideraba sagaz.

—Fuiste tú, ¿verdad? —preguntó, para confirmarlo—. Tú fuiste el causante del accidente de la Dingo. Por eso no querías que le diera la caja negra a Barrow. Creía que había sido él, pero no tenía sentido. Fuiste tú.

Los hombros de Hawke temblaron y Olivia temió por un instante que estuviera llorando. No era así. Se estaba riendo.

—Vaya, vaya, parece que Olivia sí sabía cosas.

—¿Por qué, Hawke?

—Seguro que también sabes por qué.

—La mayor parte de los soldados iban a bordo de la Dingo. Querías boicotear la expedición desde el principio.

—Por supuesto. ¿Qué clase de canalla no querría boicotear esta expedición?

—Podrías no haber construido las naves.

—Lo habría hecho otro. Y sin embargo nadie más que yo podía trucar la Dingo de modo que fallase ahí y justo ahí. Sin que ellos pudieran hacer nada. Sin que sospechasen. Un accidente. Solo eso. No te creas que estoy orgulloso. No lo estoy. No quiero ser un asesino... pero alguien tenía que hacer algo. Y estaba en mi mano. Así que lo hice.

Olivia sintió un escalofrío.

—Pembroke...

—No me tortures, Olivia. Te estoy diciendo que me importa. No soy un insensible. Sé lo que he hecho. No hace falta que me lo reproches.

Olivia ya no estaba tan segura de a qué se debía el temblor en sus hombros. Decidió callar. Se arrimó más a él, por el frío y por consolarle. Hawke se alejó y Olivia pensó que era un rechazo, pero no era así. Solo se apoyaba en la pared de metal para girar sobre sí mismo y quedar de cara a ella. Olivia se acercó a él, pecho contra pecho, los dos con las manos a la espalda. La cabeza de ella buscó intuitivamente el hombro de él. Se apoyaron

el uno en el otro, como llevaban haciendo un tiempo ya.

—Gracias por estar conmigo —murmuró Olivia—. Gracias por intentar defenderme. Por mi culpa estás herido.

—No, la culpa es de quien dispara el arma. Y de quien se la ha proporcionado a este.

—Gracias de todas formas.

—Gracias a ti —susurró él.

—¿Por qué?

Hawke no respondió.

Una rodilla de ella subió sobre las de él. Una de las de él, la de metal, se coló entre las de ella. Cada vez estaban más cerca, cada vez era más difícil distinguir quien era el que inhalaba o exhalaba.

—Tengo frío —murmuró Olivia, hablando bajito porque estaban muy cerca, muy cerca.

—No tengas frío —respondió él. Estaba tan próximo que ella pudo intuir el movimiento de los labios de él sobre los propios.

Se estaban besando otra vez, como justo antes de que la Dingo despegase. Era un beso con sabor a peligro y Olivia no sabía si eran así todos los de Hawke o si se debía a las circunstancias en las que los compartían. Empujó con la lengua entre los labios del inventor, que los abrió con una docilidad que parecía poco habitual en él. Exploró el interior de su boca, invadiéndole, percibiendo que él disfrutaba dejándose vencer.

Cuando Olivia se retiró, él la siguió. Entonces era él quien la acariciaba a ella con la lengua, él quien mordía suavemente su labio inferior, jugueteón. Sus cuerpos se apretaban uno contra el otro, como queriendo acercarse más, aunque ya era imposible.

Olivia sufría por sus manos atadas, porque quería acariciarle la cara, echarle los brazos al cuello, descender por su garganta besándole. Quería las manos de él enredadas en su cabello, soltándose, sujetándole la cara para besarla mejor, bajando por su cadera, quizá.

No podía pensar en nada más que en ellos dos, allí y en ese instante, solo ellos. Rain no existía, era un personaje plano de una película en comparación con lo real de Hawke, el deslenguado Hawke, el orgulloso, el pedante, el heroico que se había puesto en peligro por seguir a su lado, que se había negado a doblegarse ante el capitán Barrow. Hawke con sus prótesis, con su extraño rostro, con la sangre seca en el hombro. Hawke, que se había reído o había sollozado al admitir que había planeado que una de sus naves se estrellase.

—No estaría con nadie más —susurró Olivia—. En esta situación, no estaría con nadie más que contigo. No querría morirme al lado de nadie más.

Ver a Hawke sin palabras era un fenómeno infrecuente. Olivia lo aprovechó para poder seguir besándole, sin darle tiempo a reaccionar.

No sabía por qué estaban haciendo aquello, pero no importaba. Lo bueno de no saber si iban a vivir mucho más era que podían hacer lo que quisieran, sin pensarlo. Estaban solos. Solos completamente. Solo importaban ellos dos; sus cuerpos, que reaccionaban a los estímulos; sus labios, que empezaban a volverse un poco más sensibles; sus ojos, que se veían pese a la oscuridad absoluta y pese a tener los párpados cerrados.

—Olivia —llamó él.

Había encontrado las palabras. Ella se separó un poco, deteniendo los besos. No sabía si quería oír lo que él fuera a decirle.

De todos modos, las palabras que él pronunció no se encontraban entre las que ella podía haberle imaginado diciendo en aquel momento.

—Ya sé cómo podemos salir de aquí.

Hasta ese momento, ella no había sabido que la frustración y la alegría podían coexistir. Respiró hondo. Estableció prioridades.

—Cuéntame —pidió.

—Va a doler —advirtió él. Olivia sonrió.

—Creo que seremos capaces de soportarlo.

Hawke era una persona a la que le gustaban los objetos pequeños y útiles.

Los guardaba siempre, algunos durante años antes de que surgiera una ocasión en la que se le ocurría para qué podría usarlos. El cinturón del uniforme, con sus numerosos bolsillos y enganches, le había complacido desde el primer momento. Se había entretenido rellenándolo de artefactos que no sabía si en algún momento necesitaría.

Uno de ellos era un mechero antiguo, de metal. Lo sacó con dificultad, retorciéndose y soportando el dolor en el hombro hasta conseguir meter la mano en el bolsillo correspondiente.

—Gira —indicó—. Tenemos que darnos la espalda.

Olivia obedeció y sintió que él hacía lo propio. Sus manos buscaron las de ella y las cuatro se encontraron, entrelazando sus dedos. El mechero resbaló y chocó contra el metal de la cápsula, deslizándose por él. Hawke soltó una maldición en voz baja.

—Concéntrate, Autumn —agregó. Ella se rio.

—Ya lo tengo —anunció, mientras pescaba el mechero entre su dedo índice y el pulgar—. ¿Lo enciendo?

—Muy bien.

Olivia se esforzó en desatender a su intuición, que se manifestaba completamente en contra de aquello. Necesitó varios intentos para encender el mechero, porque no estaba acostumbrada a ellos, pero al final consiguió mantener la llama encendida. Con cuidado, prendió la cuerda que sujetaba sus muñecas.

El fuego creció de pronto, propagándose por toda la cuerda, trasladándose a la de Hawke también, y quemando la piel de ambos. En cuanto tuvieron las manos libres, las sacudieron para apagarlo. Por suerte, su ropa seguía húmeda y apagó rápidamente las últimas chispas.

—Libres —declaró Olivia.

—Casi libres. Escucha, si el agujero que hizo Fennec está junto a la escotilla, entonces deberíamos poder alargar una mano y abrirla desde fuera. Basta con acercar el chip al sensor, no hay que poner un código ni nada.

—Así, es normal que la basura escape constantemente —bromeó Olivia.

—No tienen nada de cuidado —contestó Hawke, fingiendo seriedad—. Escucha, Autumn, yo no tengo tanta destreza con el brazo artificial y tengo el otro demasiado dolorido como para retorcerlo mucho. ¿Podrías...? ¿Podrías pasar por encima de mí y hacerlo tú?

A Olivia le resultó tierno que a él le avergonzase proponerlo.

—Espero no hacerte mucho daño.

Era difícil gatear hacia el agujero, porque Hawke estaba en medio y la cápsula era muy estrecha. Además, las muñecas quemadas de Olivia dolían y le impedían moverse con soltura. Se arrastró sobre el cuerpo de Hawke, notando el contraste entre la parte de carne y la de metal. Una de sus manos descansó un instante sobre el pecho del inventor y pudo sentir su corazón. La retiró rápidamente, sin saber por qué sentía que aquello era inapropiado.

Tumbada sobre Hawke, con la gravedad insistiendo en aplastarle contra él, Olivia sacó su brazo izquierdo por el agujero y tanteó alrededor buscando la forma de abrir la escotilla. La mano de Hawke ascendió tímidamente y se posó en su cintura, para ayudarla a mantener el equilibrio. Ella no mencionó nada, aunque la mayor parte de su atención estaba intensamente enfocada a los centímetros de su piel que percibían el peso de su mano al otro lado de la camiseta de uniforme.

Se escuchó un chasquido que indicaba que el sensor había detectado el chip de Olivia y la reconocía como persona, permitiéndole abrir la escotilla. Los dedos de Olivia rozaron una llave en el exterior de la cápsula. La agarró e hizo fuerza para accionarla. La escotilla cayó hacia fuera, pesadamente, permitiendo que entrase de golpe una buena cantidad del aire del túnel al interior de la cápsula.

Con cuidado, Olivia rodó hacia fuera, liberando a Hawke. Este giró sobre sí mismo y gateó hasta el túnel, gruñendo cuando sin querer rozaba alguna de las partes heridas de su cuerpo. Los dos se sentaron en el suelo, con las espaldas apoyadas en la cápsula, mirando la oscuridad.

Hawke encendió su mechero. Bajo su luz, abrió un pequeño

compartimento en la pantorrilla de su pierna mecánica. Allí tenía guardada una pequeña variedad de herramientas, la mayor parte de las cuales desconocida para Olivia. Sacó una pequeña sierra de metal y con ella partió la cadena de las esposas que ataban sus tobillos. A continuación, hizo lo propio con las de Olivia.

Apagó el mechero, seguramente para ahorrar combustible.

—Pues aquí estamos —comentó el inventor, en tono casual—. Nuestra situación ha mejorado considerablemente en cuestión de minutos.

Olivia le había cogido el gusto a su sentido del humor.

—Sí, la verdad es que esto de no ir a morir a corto plazo anima bastante —respondió.

—¿Estás bien, Autumn? —preguntó él, súbitamente en serio. Su gravedad sorprendió a Olivia.

—Sí —respondió—, ¿Quieres decir al margen de estar en un túnel, con las muñecas quemadas, a oscuras, sin agua ni comida ni un mapa, habiendo sido condenada a muerte por los nuestros, que antes o después nos encontrarán, salvo que nos perdamos en la red de metro para siempre? Bastante bien, la verdad.

Había adquirido una gran pericia en el ámbito del cinismo y la ironía, pero Hawke no se detuvo a valorar sus progresos.

—No, quiero decir teniendo en cuenta que han intentado forzarte.

Ella se quedó de piedra. ¿Qué iba a decir respecto a eso? Había sido horrible mientras había durado, pero por suerte había sabido reaccionar y había puesto a aquel cabrón en su lugar. Habían pasado tantas otras cosas alrededor de aquel incidente que ni siquiera se había pasado a considerarlo aisladamente.

—Bastante bien —contestó, esta vez reflexionando antes de hablar—. No sé, Hawke, me impresionó en el momento, pero... No he pensado sobre ello. No he tenido un momento para hacerlo. Quizá sea mejor así. ¿Qué pasa? ¿Debería llorar?

—No, no te estoy diciendo que debas hacer nada. Solo te preguntaba por si... por si querías hablar de ello. O por si te podía ayudar de alguna forma.

—Pues no necesito nada. Pero gracias.

Los dos guardaron silencio, pero Hawke nunca había destacado por su capacidad para quedarse callado.

—De todos modos, Olivia, llorar no tiene nada de malo.

—No te he visto a ti llorando por que te hayan disparado.

Hawke respiró profundamente.

—No, pero quizá me habrías visto hacerlo si esos inútiles hubiesen sabido desmembrar.

La sola idea hizo que Olivia se estremeciera. Se dio cuenta de pronto de lo fácil que habría sido inmovilizar del todo a Hawke y convertirle en un ser indefenso que solo sabía moverse dentro del agua. Imaginó al inventor en el suelo del camarote, sin un brazo y una pierna. Aunque lo primero que despertó la idea en ella fue miedo, sabía que Hawke más que en peligro se habría sentido profundamente humillado. La idea de poder ser reducido a alguien incapaz de defenderse le avergonzaba.

—Antes me creo que incluso sin una pierna y un brazo les hicieras llorar tú a ellos —comentó—. Barrow seguro que ahora mismo le está llorando a su papá que has tenido la audacia de responderles a él y a sus hombres y arruinarles su momento de gloria.

No podía verlo, pero sabía que Hawke estaba sonriendo.

—Gracias, Autumn.

—¿Sabes qué? Te diré otra cosa que te va a gustar. Salvo que se te haya caído por ahí como a mí, tú sigues teniendo la linterna en el cinturón. Puedes encenderla y nos vemos las caras.

—No sé por qué razón ibas a querer verme la cara. De verdad que a veces me resultas incomprensible —masculló él—. Pero tienes razón, tengo la linterna. Ten —rebuscó en su bolsillo, la encendió y se la entregó—. Y ten también una idea mejor: Vamos a caminar y a buscar el camino hasta la

ciudad burbuja. Los dos hemos visto el mapa. Quizá podamos recorrer el camino de memoria.

A la luz de la linterna, el rostro de Hawke parecía aún más demacrado y su cuerpo más maltrecho. Las últimas horas no le estaban sentando nada bien. Seguramente a Olivia tampoco.

—Yo me lo sé —aseguró—. Lo memoricé antes de borrarlo.

—Estupendo. Tú guías, entonces. Quizá demos alcance a Savannah y a Fenec.

Olivia resopló.

—Estás tonto, tú. A ver si te crees que vamos a ir corriendo.

Estaba inusualmente contenta. Pasó los siguientes minutos de penosa marcha por el túnel a la luz de la linterna preguntándose por qué. No era por haber recuperado una posibilidad de salir con vida de todo aquello. No era por haber vuelto a besar a Hawke, aunque el recuerdo revoloteaba sin pausa en su mente. No era por haber salvado a Savannah ni por estar en marcha, a la caza de lo que parecía la mayor aventura de su vida.

No. Era porque había dicho «Lo memoricé antes de borrarlo» y Hawke lo había aceptado. No lo había cuestionado, no se había mostrado incrédulo. No había preguntado si estaba segura ni se había asombrado. Los padres de Olivia no la hubieran creído jamás. «Hija, pero si tú nunca has tenido mucha cabeza, por eso te metiste a piloto... Si la hubieras tenido, habrías sabido escoger una carrera más adecuada...». Rain no la hubiera tomado en serio: «Claro que sí, Olivia... Será mejor que no nos fiemos mucho de eso de todos modos».

En cambio, Hawke la había creído, se había alegrado por ello y se confiaba a ella sin dudar.

—No veo bien —mintió, y cogió la mano de él.

Hawke no comentó nada. Su pulgar acarició suavemente el de ella, en silencio.

Capítulo 11

Caminaron durante una eternidad, perdiendo la cuenta del tiempo que había pasado. Los túneles eran todos iguales, oscuros, sucios y con raíles que les hacían tropezar. Hawke cojeaba mucho más que normalmente, porque le faltaba su muleta. Olivia iba a su lado y al cabo de un rato soltó su mano para poder ofrecerle el hombro. A él le molestaba apoyarse en ella, pero acabó cediendo ante la necesidad.

No hablaron, porque cuando ya habían recorrido una gran distancia, cada paso requería demasiado esfuerzo. No podían permitirse malgastar la respiración en emitir palabras. En lugar de eso, miraban el suelo a la luz de la linterna para no tropezar, se concentraban en seguir avanzando.

—Deberíamos descansar —propuso Hawke—. No sé qué hora es, pero me siento como si llevase dos días sin dormir varias horas seguidas.

A un lado del camino habían encontrado un túnel ciego. Era un lugar tan bueno como cualquier otro para detenerse, de modo que se sentaron allí, uno junto al otro. Olivia, sentada a su derecha, se recostó contra el hombro de él, sin importarle el contacto con el brazo de metal. Hawke aguardó un momento antes de apoyarse a su vez en ella, posando la mejilla sobre su cabeza.

Olivia colocó una mano sobre el abdomen de él. Acarició con los dedos la camiseta, después los coló debajo y rozó su piel con cuidado, sintiendo la excitación trepar por el interior de su propio cuerpo como una enredadera. Él se tensó y se quedó inmóvil. Era tan evidente su incomodidad que Olivia, arrepentida, se retiró.

—Lo siento —murmuró—. ¿Estás bien?

—Estoy cansado —contestó él.

No hacía falta ser adivina para percibir en su voz mucho más que cansancio. Olivia tampoco podía con su alma, pero Hawke despedía una desolación que nada tenía que ver con el agotamiento.

—¿Te estás rindiendo, Hawke?

Él tardó un segundo en soltar una media carcajada, entre dientes, como admitiendo que le derrotasen con sus propias armas.

—No —respondió—. Solo estoy cansado. Pero voy a seguir.

—Bien. Yo también voy a seguir. ¿Sabes por qué? Porque somos inquebrantables. Somos de los que luchan, no de los que se lamentan.

—Eso es verdad.

Y tanto que era verdad. Olivia no le había creído del todo la primera vez que él había utilizado la palabra «inquebrantable» para referirse a ella, pero en aquel momento no le cabía duda de que les iba como un guante. Había luchado colgando del agujero en el suelo, a oscuras, cuando había ido a buscar la caja negra de la Dingo, y había vencido. Habían luchado cuando habían quedado abandonados a su suerte y encerrados dentro de la cápsula, y habían vencido. Y lucharían en la red de túneles de metro, lucharían por su propia supervivencia, y Olivia estaba convencida de que vencerían.

Al fin y al cabo, lo había hecho toda su vida, incluso antes de aquel viaje. Había escogido su camino sin que nadie estuviera dispuesto a apostar ni un céntimo por ella, y había llegado hasta allí. Todavía no era piloto, porque no había estado en ningún momento al mando de una nave en movimiento, pero estaba allí, y no en casa de Rain, haciéndole de consorte.

Se dio cuenta de que se alegraba de estar allí, cubierta de tierra y sangre de Hawke, cansada, sedienta y hambrienta. No porque le encantase el lugar, sino porque era mucho más ella misma de lo que había sido en los últimos años, y era libre.

Y estaba con él, que era mucho más imperfecto que Rain, mucho más humano, mucho más real. Se enfadaba en lugar de coger rabetas, tomaba decisiones en lugar de dar ultimátums y, cuando le herían, sangraba de verdad, no como Rain, que era tan de plástico que seguramente supurase colonia.

—Entonces, ¿qué quieres? —le preguntó ella, buscando con su mano la de él. Hawke la aceptó.

—Agua.

—No. Olvídate de que estamos en el túnel. Si pudieras elegir cualquier cosa, ¿qué querrías?

Hawke no se sabía resistir a ese tipo de juegos.

—¿Cuántos deseos puedo pedir?

—Tres es lo tuyo, ¿no? Tres.

—Me gustaría que existiera el mundo como antes. Sobre todo por los animales. Me gustaría ver un zorro como Fennec, real, vivo. Aunque en realidad me conformaría con cualquier animal salvaje, cualquiera que no fuera un humano, un insecto o un animal de granja.

—Concedido —dijo Olivia.

—Ojalá —respondió Hawke—. Me quedan dos deseos. Me gustaría que el Canciller detenga a Barrow. Eso quizá sí se me conceda, porque estoy convencido de que, si no ha regresado ya, debe estar a punto de hacerlo. Y me gustaría... supongo... Supongo que me gustaría tener un brazo y una pierna de verdad —expresó ese último deseo muy deprisa, como si le avergonzase.

—A mí los tuyos me parecen de verdad.

—Ya sabes a qué me refiero.

Olivia lo sabía, pero no encontraba las palabras para expresar que ella pensaba que el brazo y la pierna mecánicos formaban tan parte de Hawke que él no sería el mismo si no los tuviera. No solo físicamente; sus extremidades artificiales afectaban a su identidad psíquica. Eran la prueba de que había sido lo bastante ingenioso como para diseñarlos, le hacían contemplar el mundo desde otra perspectiva, le otorgaban el haber aprendido a defenderse con palabras, a destacar sobre los demás de modo que se le conociera antes por sus inventos que por los miembros ausentes.

Pero, ¿cómo decirle aquello a alguien que parecía percibir como una ofensa cualquier comentario al respecto? Decidió cambiar de tema.

—¿De qué conoces al Canciller?

—Esa es una historia muy larga.

—Tengo tiempo.

Hawke se revolvió un poco para acomodarse. Olivia se separó de él, para su sorpresa, y se puso de pie.

—¿Te vas? —preguntó Hawke—. Pero si ni siquiera he empezado.

Olivia se sentó a su otro lado, para que él pudiera pasar su brazo orgánico por encima de ella. Se acurrucó contra el pecho de él. Hawke suspiró.

—Entonces, si de verdad quieres conocerla, tendré que contarte la historia desde el principio —dijo, echando la cabeza hacia atrás y cerrando los ojos, como si de ese modo pudiera visualizar mejor lo que iba a describir—. Nací muy lejos del Canciller y de todo lo que tuviera que ver con él. Mi madre era una ciudadana de clase B.

Olivia no pudo reprimir una exclamación de sorpresa. Si su madre era de clase B, eso significaba que Hawke también. Resultaba inexplicable que estuviera allí, que fuera un profesional con reputación en su campo, que conociera en persona al Canciller. Su madre debía ser una criminal, y eso no casaba con la imagen que Olivia tenía de Hawke, a quien había imaginado creciendo en el seno de una familia con recursos, consternada por el hecho de que su único hijo hubiese nacido deforme o, quizá, sobreponiéndose a la horrible tragedia de que su saludable hijo hubiese perdido dos de sus extremidades en un terrible accidente. Algo así podría ser el marco en el que se criara un chaval que de adulto fuese un inventor descarado, independiente y arrogante como Hawke. Creciendo en un entorno de violencia y pobreza, en cambio, parecía que se habría convertido inevitablemente en otro tipo de persona.

—Ella fue una segunda hija —aclaró Hawke, sin que ella llegase a preguntar—. Nació dos años después que su hermana mayor. Sus padres la intentaron ocultar. Lo consiguieron hasta que cumplió nueve o diez años. En una inspección que hizo en su casa el Centro de Seguridad, fue descubierta y detenida.

Era abominable la idea de que se pudiera detener a una niña de nueve años

y arrebatársela a su familia. Aquella debía ser más o menos la edad de Savannah. Olivia no pudo evitar imaginarse a la madre de Hawke como a la niña cuya vida los dos habían salvado recientemente. Sintió que se le encogía el corazón.

—¿Y tu padre? —preguntó.

—¿Sabes a qué van algunos hombres de la ciudad Dos a los niveles inferiores? —dijo Hawke, sin responderle—. A cazar. Así lo llaman. Es una horrible forma de hablar, sobre todo cuando sabes que lo que cazan son mujeres. Así es. Como la prostitución es ilegal en la Unión, van a buscar sexo a otros niveles. No porque ellas se prostituyan, no. Van porque allí pueden violarlas sin que haya absolutamente ninguna consecuencia. Hasta ese extremo llega el hecho de que, a ojos de la Unión, los ciudadanos de clase B no sean personas: no se les protege de ninguna forma, están completamente desamparados.

—¿Quieres decir que a tu madre...? ¿A tu madre...?

—La violaban, sí. No tengo ni la más remota idea de quién es mi padre. Y fíjate en que no he dicho que la violaron, sino que la violaban. De forma bastante recurrente, tengo entendido, porque era joven y guapa, pese a las penurias que pasaba. Y como no era peligrosa, en aquel lugar nadie le tenía miedo. ¿Por qué era importante eso? Porque allí el miedo es la única forma de imponer respeto. Si te tienen miedo, harán alianzas contigo. Y entonces, te protegerán de los de arriba, de los ciudadanos de clase A que van de caza. Pero ella no daba miedo a nadie, así que no la protegían. Los mismos ciudadanos de clase B se convirtieron en sus enemigos, robándole la comida cuando la encontraba, asaltándola si creían que los otros le habían dado algo. Y nunca la defendieron de los habitantes de la Unión, tan respetables, que venían cada cierto tiempo a utilizarla como si no fuera una persona sino un objeto.

Hawke temblaba ligeramente.

La imagen del guardia que la había intentado forzar regresó vívidamente a la memoria de Olivia. Intentó sacudírsela de encima, pero era imposible.

Agitada ella también, se acurrucó un poco más sobre él.

—¿Quieres que te lo siga contando? —preguntó él.

—Sí —respondió ella.

Era capaz de oírlo todo. Quería oírlo todo. Con cada palabra de Hawke, estaba más cerca de la mujer que había sido su madre, estaba más cerca de él.

—Cuando se quedó embarazada, la siguieron tratando igual. Tienes que entender que si una mujer de clase B no vale nada para ellos, su hijo nonato es todavía más insignificante. Les daba lo mismo si le daban un golpe o si le aplastaban la barriga, les daba lo mismo que pudieran causarle algún problema a ella o a su hijo. Pero ella quería tener un bebé, de modo que procuraba colocarse en posturas que no ejercieran presión sobre él y se mostraba más dispuesta a colaborar y a seguirles el juego a los hombres para que sus encuentros fueran menos violentos. Aunque por dentro lo que menos deseaba fuera bailarles el agua a semejantes individuos.

—Y entonces naciste tú —adivinó Olivia.

—No. Nació mi hermano Robin, al que no conocí. Murió a las pocas horas. Le habían hecho demasiado daño, algo en su cuerpo no funcionaba bien. Supongo que para mi madre su muerte fue la causa de mucho sufrimiento. Hasta que se quedó embarazada otra vez. Volvió a tener todo el cuidado que pudo. Se ofreció a hacer lo que ellos quisieran a cambio de comida y agua... y de que se la tratase con más delicadeza. Estaba decidida a que el bebé naciese bien y por eso se convirtió en el juguete de sus violadores. Y entonces nació yo.

Casi sin darse cuenta, quizá buscando instintivamente encontrar consuelo en el contacto, Hawke había empezado a acariciar el brazo de Olivia. Su mano fue subiendo hasta el hombro, hasta su cabello. Le hizo cosquillas en la oreja.

—¿Naciste...? —Olivia no supo cómo terminar la pregunta.

—¿Entero? —pronunció Hawke, con sorna—. Sí, nació sin ningún tipo de problema. Mi madre no se separaba de mí. No podía, claro: Allí no había cunas, ni camas, ni siquiera teníamos una casa. Me llevaba encima

constantemente. Y pronto aprendió que los meses que había pasado comiendo de la mano de aquellos hombres odiosos no habían servido en absoluto para que ellos desarrollasen un ápice de piedad por ella. De vez en cuando, volvían. Quizá porque se sentían culpables al pensar que yo era hijo de alguno de ellos, ignoraban mi existencia completamente, como si en lugar de un bebé vivo hubiera sido un trozo de tela que mi madre llevaba abrazado contra su pecho. La cogían allá donde la encontrasen y la violaban en ese mismo lugar. Muchas veces no le dejaban tiempo siquiera para ponerme a un lado. Y, de todas formas, ella temía colocarme en el suelo, porque cualquiera podría pisarme. Como comprenderás, en los niveles bajos no hay mucha luz y nadie espera encontrar a un recién nacido en su camino.

La idea de un hombre violando a una mujer que tenía a su bebé en brazos era tan horrenda que Olivia no era capaz de imaginarla del todo. Le costaba entender que a alguien pudiera resultarle atractiva la idea de tener sexo con otra persona que claramente no lo desease o que incluso se debatiera. Pero, al margen de eso, ¿cómo podía un hombre no solo ser indiferente a la angustia de la madre, sino que incluso fuera capaz de sentir excitación en aquellas circunstancias? ¿Cómo podía llevar acabo aquel acto monstruoso teniendo allí mismo a un bebé llorando de miedo?

—En una ocasión en concreto, la violación fue especialmente brutal. No fue cosa de un tipo solo... —Hawke se detuvo un momento y tragó saliva. Aunque no se tratase de un recuerdo propio, le costaba contar aquella historia. Decidió obviar más detalles sobre los hombres y cómo trataban a su madre, porque le daba náuseas y le carcomía la rabia solo de pensarlo—. Me quedé aplastado entre mi madre y el suelo. Con la presión y los empujones... Se causaron daños irreversibles en mi cuerpo. Ten en cuenta que un bebé es frágil... Mi madre se dio cuenta de que me habían herido de gravedad e intentó detenerles, pero ellos estaban como locos. Cuando ella se resistió... Cuando se resistió, la mataron, Olivia. Así de fácil era para ellos. Y se marcharon de allí, seguramente para regresar a sus casas, con sus mujeres, con sus hijos. Solo uno de ellos, que me oía llorar, sintió remordimientos y

me levantó de entre los brazos de mi madre. Supongo que estaría amoratado y a punto de perder el conocimiento, pero estaba vivo. Este hombre me llevó a un hospital, pero como no tenía nombre ni chip tuvieron que ponerse en contacto con el Centro de Seguridad. La historia trascendió y llegó a oídos del Canciller.

Hawke calló al darse cuenta de que estaba tocando con las yemas de los dedos el lóbulo de la oreja de Olivia. Las caricias provocaban que a ella se le erizase toda la piel de los brazos y el cuello.

—¿Tienes frío? —preguntó él.

—No —mintió Olivia. Los dos tenían frío—. ¿Qué pasó entonces?

—Mi cráneo había sufrido daños irreparables, pero por suerte no habían afectado al cerebro. Mi pierna izquierda y mi brazo derecho estaban demasiado destrozados como para que pudieran ser recompuestos, pero eso seguro que ya te lo imaginabas. Me los tuvieron que amputar. Entonces no había prótesis como las que llevo ahora y, aunque las hubiera habido, no se habría invertido en hacerlas para niños pequeños, porque crecen y enseguida dejan de valerles. Así que me pasé casi toda mi infancia sin poder moverme como los demás... ni siquiera casi como los demás, como hago ahora.

—¿Y el Canciller?

—El Canciller vino al hospital. Habló con el hombre que me había traído y este se vio obligado a denunciar a los demás. Todos fueron juzgados. No sé por qué hizo esto el Canciller. Cuando era pequeño pensaba que había sido por bondad, porque es un hombre noble y ya está. Ahora pienso que fue en parte por eso, pero también por motivos externos. Toda la ciudad estaba horrorizada por el maltrato de aquel bebé y de la violación y el asesinato de su madre. El ojo público estaba clavado en nosotros, expectante para ver qué iba a hacer el Canciller. Era un momento perfecto para ganar puntos ante sus ciudadanos o perderlos, y siempre queda mejor un líder compasivo y al que no le tiembla la mano a la hora de imponer autoridad que uno que permite a violadores campar a sus anchas. Así que supongo que actuó como lo hizo para conseguir mantener su buena fama. No le culpo por ello. Incluso ahora,

agradezco que todos esos cabrones, entre los cuales se encuentra mi padre, fueran juzgados y enviados de cabeza a los niveles inferiores, con su nuevo estatus de criminales. Algunos conocían a mi madre desde hacía mucho tiempo y en sus declaraciones relataron lo que sabía cada uno de su historia. Reuniendo esos pedazos pudimos saber cómo había llegado ella hasta su situación y también de la breve existencia de Robin en el mundo. Y cuando finalmente terminó todo, el Canciller se hizo cargo de mí. No me adoptó, no me dio su nombre, pero me llevó a su casa y crecí en ella. Se encargó de que no me faltase nada en ningún momento, dentro de sus posibilidades. Entiéndeme, no había muchas otras opciones para mí, porque en la Unión no hay orfanatos. ¿Lo sabías?

—No, no lo sabía —admitió Olivia, un poco avergonzada por no haberse parado a pensar nunca qué pasaba con los niños que no tenían padres.

—Pues no hay. En general no viven muchos niños en la Unión y los pocos huérfanos son adoptados casi inmediatamente por aquellos que por razones biológicas no pueden tenerlos. Hay más demanda que oferta. Sin embargo, el Canciller supo ver que a mí no me querría adoptar nadie. Sabiendo eso, no quiso dejarme a mi suerte. Hoy en día, su familia es lo más cercano que tengo a parientes. No todos están muy contentos con este arreglo, claro —añadió con naturalidad—. El hecho de que el Canciller me tenga en alta estima empeora mi relación con su hijo, por ejemplo. Por eso no es de extrañar que en cuanto su padre no pudo opinar, él me embarcase en esta misión. Le pidió a Barrow que se ocupase de que yo no volviera; lleva deseando quitarme de en medio desde que éramos niños, de modo que imagino que cuando Barrow le dé la buena noticia, para él será como un regalo de cumpleaños anticipado.

Hawke lo decía con tanta soltura que casi parecía que fuese de lo más normal saber que había personas que uno conocía y que quisieran matarlo, así como conocer exactamente a quién le habían encomendado el trabajo. Al escucharle, Olivia fue plenamente consciente de lo segura y tranquila que había sido su vida hasta aquel momento. Sintió de pronto un ramalazo de agradecimiento hacia sus padres, que siempre habían estado allí para ella y

cuyo único conflicto había sido el de no estar del todo convencidos de que sus decisiones personales y profesionales fueran las acertadas.

—Pues Barrow de momento ha fracasado —comentó.

Hawke abrió los ojos y sonrió.

—Barrow es un cretino. ¿Sabes que su familia ha estado siempre en contra de todas las propuestas del Canciller para regular los niveles inferiores? Sí... Están en contra de mejorar la calidad de vida de las personas que viven allí y de ofrecer protección a los inocentes. A los Barrow les parece bien que la mitad inferior de nuestra ciudad sea una cárcel anárquica en la que se embute a todo aquel que haga que los ciudadanos de clase A se sientan incómodos. Se mete en el mismo saco a los asesinos y a los hijos ilegales, que ya me dirás tú si tienen culpa alguna de haber nacido. Y no solo eso. ¿Conoces la propuesta de ley para la exclusividad del uso de recursos limitados?

Olivia la conocía, pero no quería admitirlo porque no tenía una opinión formada al respecto y temía que Hawke le preguntase.

—No en profundidad —dijo, sin que fuera una mentira del todo.

—La ley propuesta dictamina que solo los seres humanos normales, y estoy utilizando sus palabras, no las mías, deberían vivir. Su lógica es que, dado que tenemos pocos recursos, es mejor reservarlos para criar ejemplares perfectos. Es decir, los que no vengan con defectos de fábrica como deformaciones, problemas mentales, ausencia de piernas o brazos... pero también alergias, miopía, sordera. Cualquiera de estas características sería detectada antes de que el bebé naciera y se evitaría que esto pasase. Y lo espeluznante es que esto se haría quisieran los padres o no, porque sería ilegal tener un niño con alguno de estos... defectos. Y yo me pregunto: ¿Y los que dejamos de ser normales una vez nacidos, como yo, tendríamos prohibido vivir o no? ¿Y los ancianos que pierdan la vista, a esos también los sacrificamos? ¿Dónde está el límite cuando empezamos a decidir quién tiene derecho a vivir?

Olivia no sabía qué decir. Hasta aquel momento no se había dado del todo cuenta de lo que significaba aquella propuesta de ley. Oyendo hablar de ella

se había quedado solo con la premisa: que se iban a limitar los nacimientos para dar prioridad a los niños completamente sanos. De este modo, dado que según el control de natalidad cada familia solo podía tener un niño, se garantizaba que este fuera normal. La verdad es que le había parecido una idea razonable. Se avergonzó de no haber sido capaz de ver más allá.

No era extraño que Barrow y Hawke no se tuvieran ni el más mínimo aprecio.

—Es un cretino —subrayó ella—. Pero no se va a salir con la suya.

—No si depende de nosotros.

Teniendo la situación en la que estaban, se sentían más fuertes de lo que habrían imaginado. Olivia se repitió a sí misma en silencio que esto se debía a que ellos eran de los que luchaban. Ese punto de partida les otorgaba una ventaja considerable.

—¿Qué quieres tú? —preguntó Hawke al cabo de unos minutos de silencio.

—Volar —respondió Olivia, espontáneamente—. Siempre he querido saber qué se siente al volar. Por eso me metí a piloto. Me imaginé que la sensación de velocidad sería lo más parecido que podría experimentar.

—Volar —meditó Hawke—. Te pones metas muy altas.

—¿Eso ha sido un chiste? —Olivia se estaba riendo, pero del propio Hawke.

—¡No! —exclamó él, pero se reía también—. Entonces, ¿tú también deseas salir al exterior?

—Sí, si se pudiera. Me gustaría vivir allí, como en las películas. En una ciudad mejor que en el campo, eso sí. No sé si me veo teniendo una casita con jardín y una familia con siete niños.

—¿Qué película es esa? ¿Blancanieves? Creo que no la has entendido —preguntó Hawke, tomándole el pelo.

Olivia no le hizo caso.

—¿Tú te imaginas así?

—No. No me imagino teniendo una familia, de ningún tipo.

La respuesta fue tan terminante que asombró a Olivia, que había pasado a charlar distendidamente y no esperaba que la conversación volviera a tornarse solemne.

—¿Por qué no?

—Por favor, Autumn.

—No me vengas con esas. ¿Qué pasa? ¿Odias a los niños? ¿Crees que serías un mal padre? ¿O es que crees que nadie querría tener una familia contigo? —el respingo que dio Hawke confirmó que Autumn había dado en el clavo—. ¿Es eso? —él no respondió—. Hawke. Hawke, habla conmigo.

Él retiró el brazo, apartándola de sí. Autumn empezó a tiritar, echando de menos de inmediato el calor que le había estado proporcionando el contacto.

—No me hagas pasar por esto —masculló él—. No es un tema que quiera discutir contigo.

—No tienes que discutir nada. Basta con que me hagas caso. Si piensas eso, debes saber que es una tontería. Es una mentira que te cuentas a ti mismo, no sé por qué. Cualquiera tendría una suerte inmensa de poder estar contigo. Hawke. Eres el hombre más generoso y valiente que conozco. Estás aquí conmigo ahora mismo solo porque te has enfrentado al capitán y a sus hombres por mí, por no dejarme sola, incluso aunque no estabas de acuerdo con llevar a la niña a la nave en primer lugar. Has estado a mi lado todo este tiempo, te has puesto en peligro por mí y me has defendido. ¿Quién no querría tener por pareja a alguien capaz de hacer estas cosas?

Él no dijo nada. Su silencio respondía por él: la mayoría de las personas.

Olivia adivinaba sus pensamientos con tanta claridad como si fuesen propios: «Todas las que se fijan primero en el exterior y deciden no molestarse en pasar de ahí. Todas las que me prefieren como amigo o conocido solo porque jamás se plantean que alguien como yo podría ser algo más. Todas las que aprecian mi generosidad, pero no están dispuestas a devolverla. Todas las que querrían, pero se sienten incapaces de presentarme al mundo como su pareja porque les parece demasiado vergonzoso. Todas las

que me desprecian porque saben que pueden conseguir a alguien mejor que yo. Todas las que me consideran menos hombre por mis circunstancias. Todas las que los prefieren altos, fuertes y autoritarios, como Barrow.

Y tú.»

La acusación fue tan obvia que resultó totalmente innecesario hacerla en voz alta. Olivia quería decirle que no era así, que ella sí querría. Que sería una mejora enorme con respecto a su anterior relación. Que había aprendido la lección y no tenía el menor interés en personas como Rain o como Barrow. Que sabía que había cosas más importantes que las circunstancias de una persona.

Quería preguntarle qué habían significado para él los besos que habían intercambiado en la cápsula. Si creía que habían sido producto de la desesperación o del miedo únicamente, y no también de la atracción, del afecto y del deseo. Para ella habían significado algo más que un simple momento de contacto para hacer menos intolerable la idea de que iban a morir. Para ella aquello había representado una conexión, una declaración de atracción mutua, de aprecio más allá de la amistad. Había pensado que para él también, pero ya no lo sabía.

Y sin embargo no fue capaz de decir nada. Calló y su pregunta quedó colgada en el aire como una pancarta que ninguno de los dos se atrevía a mirar.

Durmieron sin tocarse, apoyados en la pared del túnel, y al día siguiente retomaron su marcha. Los besos que habían compartido quedaron sin mencionar, convirtiéndose en un sueño que había parecido real pero cuyo recuerdo comenzaba a disiparse con las primeras horas de la mañana.

CAPÍTULO 12

No sabían cuánto tiempo llevaban caminando por los túneles, aunque Olivia calculaba que unos dos días. Las horas se sucedían unas idénticas a las otras, sin que ellos fueran capaces de distinguir cuántas habían pasado. Caminaban uno junto al otro, Olivia pasando el brazo de Hawke sobre sus hombros para ayudarlo a avanzar. Cuando los raíles les llevaban hasta un cruce, ella decidía hacia dónde iban y él no rechistaba. Pronto les sorprendió el túnel ensanchándose y las paredes abriéndose a sus lados; se encontraban en una estación abandonada, de amplios andenes y bancos que llevaban siglos sin utilizar. Sin poder contener la curiosidad, Olivia trepó para salir del túnel y explorar aquellos pasillos. En las paredes había mapas del metro que le sirvieron para refrescar su memoria y comprobar que iban por el buen camino. También anuncios de productos que ella no conocía y festivales de música históricos. Había algo de fascinante en las estaciones, que no estaban cerradas o destruidas; seguían invitando a las personas a ofertas de ocio en la ciudad, seguían teniendo basura en sus papeleras, seguían manteniendo sus puertas abiertas. Parecía que esperasen a sus pasajeros, que no se hubieran dado cuenta de que habían pasado cientos de años desde la última vez que había pasado un tren. Vieron muchas estaciones a partir de entonces, todas similares. Solo se detuvieron en la primera.

—Me da la impresión de que cada vez nos cansamos antes —comentó Olivia, suspicaz—. Que pasamos menos tiempo caminando antes de pararnos a descansar.

—Puede ser —confirmó Hawke, sin querer darle más vueltas.

La batería de la linterna se agotó. No hablaron de ello y siguieron caminando a oscuras, más despacio. Cuando llegaban a un cruce, Hawke encendía el mechero brevemente. Después, seguían avanzando sin luz.

—¿Cuánto aguantan las baterías de tu pierna y de tu brazo? —preguntó

Olivia. Le había visto cargarlas algunas noches en la nave.

Hawke no respondió. Ella sabía que eso significaba que estaba muy preocupado al respecto.

No fueron conscientes de cuánto se habían acostumbrado a la oscuridad hasta que vieron un destello al final del túnel. Intuitivamente, aceleraron el paso. El punto se hizo cada vez más brillante, hasta que inundó completamente el camino y descubrieron que se trataba de una estación. Era diferente a las que habían visto antes, porque estaba en uso. Completamente iluminada y con dos personas de pie en el andén, haciendo guardia.

Eran un hombre y una mujer, vestidos como Olivia nunca había visto antes. Primero pensó que iban con túnica, pero después de parpadear bajo la luz y poder enfocar la mirada se dio cuenta de que era más bien un retal de tela que enrollaban a su cintura. El hombre tenía un extremo que cruzaba en diagonal su pecho, tapándole un hombro. La mujer, en cambio, lo llevaba únicamente a la cintura, como un pareo. Su pecho estaba al aire, sin nada que lo sostuviera. Ambos estaban armados; él con una pistola, ella con un fusil. Además, llevaban armas blancas colgando de respectivos cintos.

Olivia y Hawke se detuvieron entre los raíles. Desde arriba debían ofrecer una imagen tan lamentable como imponente era la de los dos habitantes de la ciudad burbuja.

—Señor —saludó Hawke, dado que el silencio estaba prolongándose demasiado—. Señorita.

Los guardias cruzaron una mirada significativa.

—Ayuda —pidió Olivia.

La mujer se volvió hacia el hombre.

—Ve a avisar a Jade —ordenó.

El hombre se marchó diligentemente. La mujer se acercó al borde del andén y le tendió la mano a Olivia.

—Él primero —indicó ella, señalando a Hawke—. Está herido.

Entre las dos lograron ayudarlo a subir al andén. Después, la mujer subió a

Olivia de un tirón, con firmeza y una fuerza extraordinaria.

—Me llamo Autumn —dijo Olivia—. Él es Hawke.

El inventor estaba muy callado, observando el intercambio. Parecía pensativo.

—Fawn —respondió la mujer—. Estábamos esperándoos.

—¿Así que Savannah ha llegado? —intervino Hawke.

Fawn le miró con cierta sorpresa. Asintió con la cabeza y volvió a dirigirse a Olivia.

—Nuestra reina se reunirá con vosotros ahora. Venid conmigo.

La siguieron por los pasillos de la estación y subieron andando unas escaleras mecánicas que hacía mucho tiempo que habían dejado de funcionar. Fawn iba dos pasos por delante, de modo que Olivia pudo examinarla con la mirada. Era una mujer alta y de piel morena que contrastaba con la palidez de los recién llegados. En cuanto salieron a la superficie pudieron comprender por qué: el techo de la ciudad burbuja estaba compuesto por un material transparente que permitía ver un deslumbrante cielo azul con algunas nubes perezosamente deshilachadas en él. Hawke y Olivia se detuvieron a contemplarlo, con los ojos lagrimeándoles por el exceso de luz.

—Es increíble —susurró Hawke.

La expresión en su rostro era similar a la que tenía la primera vez que Olivia le había visto, contemplando sus tres naves en el puerto.

Los edificios de la ciudad burbuja eran altos y sus azoteas eran las que sostenían el techo. Estaban llenos de diminutas ventanas que sugerían que allí había cabida para muchas personas. Olivia llegó rápidamente a la conclusión de que también ellos sufrían de superpoblación. Sin embargo, se veían muchos niños por las calles, desnudos, caminando siempre junto a un adulto. Los habitantes de la ciudad burbuja les miraban de reojo, sin detenerse del todo. Casi todos llevaban el cabello corto, teñido de colores imposibles de tener naturalmente; principalmente, violetas y rojos. Sus cuerpos medio descubiertos estaban en ocasiones adornados con dibujos pintados o tatuados.

Fawn les condujo a una construcción de piedra, antigua, que contrastaba con los rascacielos modernos que la rodeaban. Subieron la escalinata que llevaba a la puerta principal y Olivia recordó aquel momento de emoción contenida justo antes de entrar al Centro de Seguridad para hacer su examen. El interior del edificio no tenía nada que ver con el del Centro; los suelos eran los originales, que debían tener más de diez siglos de antigüedad, y la estancia era amplia, malgastando el espacio con opulencia en una ciudad en la que debía vivir tanta gente.

En un gran asiento de madera al fondo de la habitación se encontraba una mujer entrada en años, de cabello canoso y ojos hundidos e inquietos. Tenía las manos arrugadas llenas de anillos y vestía de modo similar al resto de los suyos, dejando ver su piel maltratada por el tiempo sin ningún tipo de pudor. Su autoridad era palpable y, sin embargo, Fawn se dirigió a ella con familiaridad.

—Jade, aquí están los recién llegados. Son aquellos de los que nos habló Savannah.

—Gracias, Fawn —pronunció la anciana.

A un lado, manteniendo un silencio respetuoso, se encontraba el hombre que habían visto en la estación de metro. Fawn se acercó a él y se quedó a su lado.

—¿Cómo os llamáis? —preguntó Jade.

—Autumn —respondió ella. Esperó a que Hawke se presentase, pero él no dijo nada, así que ella añadió—: Y él es Hawke. Yo soy piloto y él es inventor. Formábamos parte de una expedición que tenía como fin llegar hasta aquí, pero nos hemos separado de ella.

—Lo hicisteis para salvar a una de las mías —afirmó la reina—. Demuestra mucha nobleza y coraje. Os estoy agradecida por eso.

—La encontramos perdida en los túneles —explicó Olivia—. Una de nuestras naves tuvo un accidente y, mientras examinábamos lo que quedaba de ella, encontramos a Savannah muerta de hambre y sed. Creí que se habría perdido...

—De nuevo te doy las gracias —insistió Jade.

Hawke tocó con la mano el codo de Olivia, llamando su atención. Ella se volvió hacia él, inclinándose para que pudiera hablarle al oído.

—Adviérteles de las intenciones de Barrow —pidió.

Sin entender por qué no quería hacerlo él mismo, Olivia decidió confiar en él y hacerle caso.

—Su Majestad —llamó, insegura, porque no tenía claro cómo tenía que dirigirse a ella.

La reina se echó a reír y Fawn contuvo una carcajada.

—¡Su Majestad! No, mi niña, no. Puedes llamarme Jade. Dime, ¿qué me querías decir?

—Hemos venido a asegurarnos de que Savannah está bien —dijo ella—. Pero también a advertiros. La expedición que se dirige hacia aquí está liderada por un hombre que quiere atacaros. Necesitamos vuestro apoyo para poder detenerle. Si le reducimos a él, seguramente la mayor parte de los demás entren en razón. Entonces podríamos regresar a nuestra ciudad y hacer una propuesta de paz. Nuestra ciudad forma parte de una Unión, en la que intentamos ayudarnos y protegernos mutuamente. Si usted o un enviado suyo quisiera hablar con nuestro Canciller, quizá su ciudad pudiese entrar a formar parte de la Unión.

La reina la escuchó, interesada. Se tomó su tiempo para responder, cavilando mientras les observaba con sus ojos pequeños y astutos.

—Gracias, Autumn —dijo finalmente—. Tengo que meditar sobre esto. Una sola pregunta más. Junto con Savannah, perdimos a un hombre y a una mujer. ¿Tuvisteis en algún momento noticia de ellos?

—No —respondió Olivia—. Lo siento. Podríamos ayudaros a buscarles.

—Eres muy amable. Fawn —llamó Jade—. Nuestros invitados están cansados. ¿Podéis North y tú llevarles a que se limpien, coman y descansen? Después podríais enseñarles la ciudad. Quiero que estéis a su disposición en todo momento.

—Por supuesto, Jade —asintió ella.

Fawn y el hombre se acercaron a ellos. Olivia se despidió de la reina con un gesto y les siguió por una puerta de la sala. Recorrieron varios pasillos y subieron unas escaleras. A través de una pasarela de cristal por la que pudieron obtener una vista de la ciudad desde la altura, llegaron al rascacielos contiguo. Este era mucho más moderno en su interior, pero al igual que el resto de la ciudad parecía ligeramente abandonado. Las luces eléctricas no se encendían, los aparatos de aire acondicionado estaban apagados.

—¿Tú eres North? —le preguntó Hawke al otro hombre. Este le dedicó una sonrisa y asintió—. Hawke.

Se estrecharon la mano.

—Ven conmigo —propuso North—. Te mostraré dónde te puedes lavar y echaremos un vistazo a esa herida.

Olivia se sintió ligeramente angustiada al ver que Hawke se alejaba, apoyado en el hombro solícito del otro. Fawn llamó su atención, impidiéndole preocuparse demasiado.

—Ven, los baños de mujeres están aquí.

Abrió la puerta a una sala grande, luminosa, con una enorme piscina de piedra al fondo. Unos anchos escalones de poca altura se internaban en el agua, permitiendo entrar muy lentamente. A un lado había un par de bañeras redondas más pequeñas y unos estantes de madera repletos con una selección de jabones, perfumes y sales de baño.

Sin vergüenza, Fawn se deshizo de la ancha cinta de tela que llevaba enrollada a la cintura y se metió en una de las bañeras pequeñas.

—Están aquí para lavarnos antes de entrar en la grande. Puedes entrar a esta o a esa otra, como prefieras.

Olivia prefirió la otra. Se desnudó y, tras escoger uno de los jabones, se sumergió en el agua fría. Era una delicia poder frotar su cuerpo y deshacerse del sudor y el polvo acumulados. Metió la cabeza debajo del agua y enjabonó su cabello varias veces, deleitándose desenredándolo con los dedos y sintiendo el tacto de la espuma. El jabón olía muy bien y su piel parecía

agradecer a gritos el frescor del agua.

—Voy yendo para allá —avisó Fawn—. Ven cuando estés lista. No hay prisa.

Nadaron un rato en la piscina, sin ninguna urgencia. Los músculos de Olivia se quejaron por el esfuerzo, pero el ligero dolor le pareció gratificante. Cuando salieron para secarse, se sentía muy relajada.

Fawn le entregó una pomada para sus pies, que estaban resentidos por los días de marcha por el túnel. Le dio también una tela parecida a la que llevaba ella, de color verde esmeralda, y le ayudó a ponérsela entre risas, porque Olivia no sabía. Se la colocó a la cintura, pero también cruzando dos veces su torso, de modo que los dos pechos quedaban cubiertos. Fawn no entendió por qué ella se sentía más cómoda así, pero lo aceptó. Después, se reunieron con North y Hawke en un comedor en el que no había nadie más. La herida de Hawke estaba vendada y él tenía mucho mejor aspecto, afeitado y con el pelo limpio.

Bebieron agua y comieron ensalada y pescado crudo. El hambre hacía que pareciese un manjar. Cuando ya no quisieron nada más, Fawn se dirigió a Olivia.

—¿Dormís juntos o en habitaciones separadas?

Olivia dudó un momento. Entendió que le preguntaba si eran pareja. Aunque su primera reacción hubiese sido decir que no, cambió de opinión. Quería tener un momento a solas con Hawke, que estaba actuando de forma extraña, demasiado reservada. No era normal en él ser parco en palabras, de modo que lo mejor era averiguar qué era lo que sucedía. Quizá él se había dado cuenta de algo que a ella se le había escapado.

—Juntos —admitió, con una sonrisa tímida—. ¿Y vosotros? ¿Sois pareja o amigos?

—Hermanos —respondió Fawn con una sonrisa, sin añadir nada más.

Les acompañaron hasta una habitación amplia y luminosa, con una cama de matrimonio llena de cojines, un escritorio y un par de sillas de aspecto confortable.

—Si necesitáis cualquier cosa, estaremos por aquí —informó Fawn—. Solo tenéis que abrir y llamarnos.

Después de despedirse amablemente de ellos, Olivia cerró la puerta y se volvió hacia Hawke.

—Por supuesto que sí —dijo él, en voz baja—. Claro que solo tenemos que abrir y llamarles. Seguro que van a estar haciendo guardia ahí mismo, en el pasillo, hasta que despertemos.

Olivia asintió. Ella también pensaba que la orden de la reina en realidad había significado que quería que les vigilaran.

—Hawke, me parece que esta gente no tiene energía.

Él asintió. También había llegado a esa conclusión. Los aparatos eléctricos apagados, el agua y la comida frías, las habitaciones llenas de ventanas y orientadas hacia el exterior, de modo que se aprovechara todo lo posible la luz del sol. En la ciudad burbuja no tenían energía o la estaban ahorrando todo lo que podían.

—Me pregunto por qué estaban Savannah y otros dos en los túneles. Y qué pasó con los dos adultos. Creo que la reina sabe más de lo que nos ha dicho —meditó en voz alta.

—¿Por qué no querías hablar con ella?

—¿Cómo eran los baños a los que te han llevado?

—¿Por qué no me quieres responder?

—Te estoy respondiendo. ¿Cómo eran los baños?

—Como una piscina de piedra y dos bañeras. Con muchos jabones y cosas así.

—¿Elegantes?

—Supongo. El agua estaba fría.

—A mí me ha llevado a una habitación con una bañera y unos cubos de agua que ha vertido sobre mi cabeza.

—Quizá los baños de hombres estaban lejos y no quiso hacerte andar más. Y ese era un cuarto de baño auxiliar o algo así.

Hawke se sentó en la cama y negó con la cabeza.

—Yo creo que es que aquí los baños de hombres son así. Y creo que es porque las mujeres tenéis un rango social más alto. Fíjate en que la reina es mujer y no parecía haber un rey. Y Fawn hablaba solo contigo.

Aquello podía ser cierto. Olivia se sentó junto a él y sintió de pronto todo el peso del cansancio sobre su cuerpo.

—Así que tendré que hablar yo todo el tiempo.

—Parece que sí. Les podría resultar extraño o hasta descortés que lo haga yo.

—Tendrás que esforzarte mucho en cerrar la boca, Hawke —comentó Olivia, estirándose sobre la cama y acomodándose—. Todos sabemos que no es tu fuerte.

—¿Todos? ¿Quiénes sois todos? —preguntó él.

—Todos los seres humanos que alguna vez hayan coincidido contigo —bostezó ella.

Le oyó reírse, pero no escuchó si él respondía algo. Se quedó dormida más rápidamente de lo que nunca habría creído que era capaz.

CAPÍTULO 13

A la mañana siguiente, Fawn y North les despertaron para llevarles a desayunar y a dar un paseo. La ciudad era llamativa solo por el hecho de ser tan luminosa. Mientras avanzaban por ella, atendiendo a las explicaciones de sus anfitriones sobre los edificios o los barrios, Hawke y Olivia no podían dejar de levantar los ojos hacia el cielo. Pronto aprendieron que no podían fijar la vista directamente en el sol, pero aun así de vez en cuando lo hacían sin darse cuenta, atraídos por su luz como polillas.

Al pasar junto a un pequeño solar en el que un grupo de niños jugaba a perseguirse, vieron a Savannah. Olivia levantó la mano para saludarla, atrayendo la atención de la niña, que devolvió el gesto y corrió de nuevo hacia sus amigos.

—Niños —comentó Fawn, que se había percatado del intercambio—. Se olvidan de ti en un abrir y cerrar de ojos.

—Hay muchos aquí —señaló Olivia—. ¿Cuántos puede tener cada familia?

Fawn arrugó el entrecejo, extrañada.

—Los niños son de todos —respondió—. Todo el mundo es su familia.

—Cuando Savannah vino, ¿no la acompañaba un robot? —preguntó Hawke.

—No sé decirte —respondió Fawn, vagamente.

Olivia no la creyó. No le había pasado desapercibida la mirada fugaz que había dirigido a North.

Continuaron el paseo, acercándose a una de las fronteras de la ciudad. De pronto, North se detuvo y se volvió hacia Fawn con expresión alarmada. Hawke y Olivia se detuvieron, confusos. Fawn miró a su hermano con serenidad.

—Será mejor que volvamos —sugirió North.

—Podríamos enseñarles el parque de cristal —propuso Fawn.

—¿No podemos llegar primero al final de la ciudad? Me gustaría ver la frontera —se opuso Hawke.

—Se nos va a hacer tarde —objetó Fawn, con suavidad, y se dio la vuelta.

Los tres la siguieron sin decir nada más, pero Hawke le dio un codazo a Olivia para que volviera la vista. Ella lo hizo con disimulo y descubrió con horror que cerca de límite de la ciudad había postes clavados en el suelo. En uno de ellos estaban enrolladas unas prendas que parecían las del uniforme de un guardia del Centro de Seguridad. Olivia continuó mirando al frente, sintiendo que el corazón se le desbocaba. Aguantó un par de pasos más antes de mirar atrás de nuevo. No eran del Centro de Seguridad, pero eran muy parecidos; sin duda, pertenecientes a algún oficial de la Unión, aunque no de la ciudad Dos.

—¿Estás bien? —le preguntó Fawn.

—Sí —respondió ella—. ¿Cómo es un jardín de cristal?

—Uno que no necesita que se lo riegue —respondió Fawn, riendo un poco—. Tenemos mucho cuidado de no desperdiciar agua. Ahora lo verás.

El jardín de cristal era impresionante, lleno de árboles cargados de hojas y frutos artificiales que hacían que la luz del sol se convirtiese en rayos de todos los colores del arcoíris. Se internaron en él, perdiéndose, paseando por sus muchos caminos.

En un momento dado, cuando Fawn y North se encontraron convenientemente apartados, Olivia corrió hacia Hawke.

—Era un uniforme del cuerpo de seguridad de otra ciudad —susurró, apresuradamente—. Eso significa que no somos los primeros en descubrir esta ciudad burbuja ni tampoco los primeros en intentar invadirla. Alguien más de la Unión lo ha hecho.

—Y parece que ellos se han defendido muy bien —agregó Hawke—. Autumn, estoy empezando a pensar que esta gente puede tenernos como enemigo y que nos están reteniendo para usarnos como cebo ante Barrow o para algo peor.

—¿Cómo podemos estar seguros?

—Muy fácil. Vamos a pedirle a la reina que nos deje marchar.

Fawn apareció al otro lado de Hawke. Parecía tener prisa, como si lamentase haberse despistado y temiese que algo terrible hubiera pasado en su ausencia, pero cuando Olivia la miró, su expresión era alegre y relajada.

—Venid a ver el sauce.

—Fawn—llamó Hawke, para sorpresa de la mujer—. Nos gustaría poder hablar con Jade.

—No va a ser posible —respondió ella—. Jade está muy ocupada.

—Es importante —insistió Hawke.

—Ella decidirá cuándo quiere veros.

El resto de la tarde pasó sin más novedades. Hawke no habló en absoluto y Olivia se esforzó en darle conversación a Fawn para aparentar normalidad. Cuando atardeció y volvieron al rascacielos en el que residían, fue Olivia la que tomó el relevo.

—Fawn, no quiero ser irritante, pero tengo que insistir. Necesito hablar con Jade. ¿No podrías preguntarle si accedería a recibirnos? Solo sería un momento.

Fawn ladeó la cabeza.

—Está bien, Autumn —dijo, en tono de no poder negarle nada a su mejor amiga—. Le preguntaré.

Cuando se quedaron solos, Hawke empezó a dar vueltas por la habitación como un tigre enjaulado. North le había proporcionado una muleta que, aunque más rudimentaria que la suya, le permitía moverse más deprisa y sin ayuda de nadie.

—Esto es una trampa, Olivia. Es una trampa. No sé por qué nos retienen, pero... —Se detuvo de pronto, como si se hubiese chocado físicamente contra una idea—. Por eso estaban allí. Estaban vigilándonos. Esta ciudad ha resistido ya a varios intentos de invasión por parte de la Unión. Ha sido descubierta por nuestras ciudades, que nunca se lo han comunicado unas a

otras porque todas querían ser las descubridoras de la ciudad burbuja vacía, deshabitada... Y con esto me refiero a que todas querían ser las que asesinasen a toda la población y después proclamaran que la ciudad había estado abandonada. Puede que lleven décadas sobreviviendo, quizá incluso más. Y tienen toda la red de metro vigilada. Claro, ¿para qué si no iban a tener la estación en funcionamiento? Deben hacer incursiones regularmente, para poder prever ataques. Y a nosotros nos descubrieron. Sabían que habíamos abierto el agujero en el túnel y apostaron algunos vigilantes allí. Dos vigilantes y una niña.

—¿Por qué iban a llevarse a una niña?

—Siempre llevan niños. ¿No lo has visto? Van acompañando a adultos por la calle. Seguramente es como los educan, les llevan consigo para que aprendan todo lo necesario. Es un adiestramiento. Savannah de mayor será una de las que rastrean los túneles en busca de invasores y por eso estaba allí, aprendiendo. Por eso no nos habló desde el principio, porque le habían enseñado que éramos enemigos y debía tenerla desconcertada el hecho de que la estuviéramos ayudando. Y sus dos acompañantes, los dos adultos, murieron o la abandonaron... ¿Por qué habrían de hacer eso?

—Les arrolló la Dingo —respondió Olivia—. Cuando la Dingo se estrelló contra el túnel, se los llevó por delante. Así murieron. Por eso estaba Savannah husmeando alrededor de la nave.

Hawke se acercó a ella, entusiasmado, y le sujetó los brazos, sacudiéndola un poco.

—¡Exactamente! Eres un genio, Autumn. Eso fue lo que pasó.

Sus rostros estaban muy cerca el uno del otro. Olivia sonreía, disfrutando de la euforia de él. Sus ojos, brillantes, clavados intensamente en los de ella. Entonces él fue consciente también de lo cerca que estaban y sus pensamientos le hicieron bajar la mirada hacia sus labios. Entonces, alguien llamó a la puerta. Hawke se separó de Autumn como si el rozarla le quemase las palmas de las manos. La puerta se abrió y Fawn asomó la cabeza.

—Autumn —saludó—. Jade está dispuesta a veros, pero tiene que ser

ahora. Hay asuntos urgentes que debe atender mañana por la mañana.

—Muy bien —murmuró apresuradamente Olivia—. Iremos ahora.

La sala de la reina estaba a oscuras, porque el sol se había puesto ya. Algunas velas iluminaban el rostro de Jade, pero no alcanzaban a más dentro de la enorme habitación. Olivia y Hawke avanzaron todo lo que pudieron, hasta que la reina pudo ver sus caras a la débil luz de las llamas.

—¿Qué necesitáis? —les preguntó—. ¿No os han atendido bien?

—Nos habéis atendido maravillosamente —respondió Olivia—. Quedamos muy agradecidos. Sin embargo, pese a lo a gusto que estamos aquí, tenemos que regresar con los nuestros. Vinimos a advertiros y a ofreceros nuestra ayuda. Hecho esto, no tenemos más razones para permanecer aquí.

—No hay prisa —sonrió la reina.

—Nosotros sí la tenemos, lamentablemente. Nos iremos esta misma noche. Gracias por todo, Jade.

La reina dio un débil golpe con la mano en el reposabrazos de su asiento.

—¡Basta de tonterías! No iréis a ninguna parte. Estáis bien aquí y nosotros estamos encantados de teneros. Fawn, acompañales a su habitación.

Fawn se adelantó y tomó a Olivia del codo.

—Vamos.

—Pero... —insistió Olivia, mirando a la reina.

La mano de Fawn se posó delicadamente sobre su mejilla para obligarla a desviar la mirada.

—Jade necesita descansar —anunció.

—Vámonos, Autumn —dijo mansamente Hawke.

Fueron escoltados hasta su habitación. Olivia cerró la puerta y se volvió hacia Hawke. Se llevó un dedo a los labios antes de que él dijera nada. Fawn se había quedado detrás de la puerta, escuchando. Hawke asintió. Esperaron los dos hasta que oyeron los pasos de su guardiana alejándose por el pasillo.

—Bien —Autumn se llevó las manos a las caderas—. ¿Te sientes con

fuerza, Hawke?

—¿Qué pasa? ¿Nos vamos de viaje esta noche?

—Deberíamos, ¿no?

—¿Y si entre Barrow y Jade resulta que la reina es el mal menor?

—Yo prefiero dejarme de males mayores o menores. El solo hecho de que nos tenga cautivos y además nos lo oculte ya me convence de que tenemos que marcharnos.

Hawke asintió.

—Puede que North sea de fiar —dijo, aunque no parecía del todo convencido—. Me preguntó sobre Savannah y por qué le habíamos ayudado... Creo que se creyó lo que le dije. Así que piensa que somos amigos de su gente, que les queremos proteger de los nuestros.

—Lo cual es verdad.

—No sé. Yo tenía más ánimo de defenderles cuando pensaba que eran indefensos.

Olivia sonrió y él la imitó. Impulsivamente, se acercó a él y le dio un abrazo. Hawke la cogió entre sus brazos y la estrechó un momento.

—Autumn, mira.

Levantó la cabeza, sin separarse de él, y todavía agarrados el uno al otro, miraron por la ventana. El cielo nocturno estaba cuajado de estrellas, tal y como habían leído y visto en películas. La sensación de verlo en la vida real, aunque fuese a través de varias barreras transparentes, era completamente distinta.

—Nunca había visto nada tan bonito —confesó Olivia. Hawke le dio un beso en la sien.

Se quedaron allí unos instantes, como si el tiempo se hubiera parado. Olivia pensaba en la discusión que habían tenido en el túnel, aunque no sabía cómo volver a sacarla a colación y no estaba segura de querer seguir escuchando a Hawke hablar del tema. Deseaba poder solucionar aquello, pero no estaba segura de que eso fuera posible.

—Vamos a llamar a North —propuso, al cabo de un rato.

Hawke la soltó y se dirigió a la puerta. Abrió y volvió a mirar a Olivia para asentir. Como se imaginaban, había alguien allí haciendo guardia, y tenían la suerte de que fuera North.

—¡North! ¿Te importa acercarte un momento?

El hombre accedió y entró en la habitación. Hawke cerró la puerta a su espalda y él se revolvió, esbozando una sonrisa incómoda, sin entender.

—¿Hay algún problema?

—Necesitamos salir de aquí —explicó Hawke, sin ganas de andarse con rodeos—. Tenemos que ponernos en contacto con los nuestros para intentar disuadirles de atacarnos. Tengo contactos en el gobierno de nuestra ciudad y, ahora que os conozco, puedo convencerles de que no trae nada bueno empezar una guerra. Podemos concertar una reunión diplomática entre nuestro Canciller y la reina.

—Eso estaría bien —asintió North—. ¿Para qué me necesitáis a mí?

—La reina y Fawn no nos quieren dejar salir. Necesitamos que nos saques de la ciudad sin llamar la atención de nadie.

La habitación quedó en silencio unos segundos. Olivia intentaba distinguir la expresión de North para intentar adivinar si estaba con ellos o no, pero estaba demasiado oscuro.

Entonces, el hombre respiró profundamente, como si acabase de tomar una difícil decisión.

—Puedo hacer eso —declaró—. Venid conmigo.

—¿Ahora mismo? —preguntó Hawke.

—Sí. Más tarde será imposible.

Le siguieron por el pasillo a oscuras y por las escaleras, sin encontrarse con nadie. Cuando llegaron a la planta inferior, North les hizo señas para que se detuvieran.

—La puerta tiene un código —explicó—. Dadme un segundo. Voy a abrirla.

Le esperaron mientras él desaparecía de su vista por el pasillo. No habían pasado ni treinta segundos cuando escucharon su voz, gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡GUARDIA! ¡GUARDIA!

Hawke avanzó rápidamente y dio un golpe con su muleta a la puerta de cristal. No hubo resultado. Iba a dar el segundo, pero Olivia se adelantó y cogió la muleta. Él se la cedió. Ella la estrelló dos veces contra la puerta, resquebrajando el cristal. A la tercera, la puerta se deshizo en pedazos. Le devolvió la muleta al inventor.

—Corre —aconsejó Hawke.

Olivia lo hizo, pero enseguida le dejó atrás. Hawke caminaba todo lo rápido que podía, apoyado en su muleta, pero no era bastante. Ella regresó a su altura.

—¿Qué haces? ¡Vete! ¡Llega a la estación!

—¿Sin ti?

—Olivia...

Ella no tenía ninguna intención de acabar en el túnel sola, sin saber qué era lo que le había sucedido a él. No pensaba abandonarle. Caminó a su lado hasta que los guardas les rodearon e inmovilizaron. A rastras, los llevaron de nuevo a la residencia de la reina. Esta vez no entraron en la amplia sala. La propia Jade salió a la puerta para poder verles sin que ellos pusieran un pie en su casa.

—Con vuestra falta de agradecimiento nos habéis demostrado que sois solo dos enemigos más de nuestra ciudad. Y nosotros sabemos cómo acabar con aquellos que nos quieren mal —anunció Jade, ante la aprobación de sus guardias—. Mañana, con la primera luz, les lanzaremos al exterior. Dejemos que la radiación se encargue de ellos. No gastemos balas.

Sin decir una sola palabra más, la reina se dio la vuelta y entró en su casa. Fawn la siguió, cerrando la fuerza con firmeza.

CAPÍTULO 14

Les encerraron en un depósito oscuro y húmedo, lleno de trastos rotos y materiales sobrantes, sin agua ni comida. Hawke se quedó de pie junto a la puerta, pero Olivia no tenía tiempo para reflexionar demasiado. Se puso a rebuscar entre lo que había allí, en busca de algo que les fuera útil.

—Hawke, ¿qué haces? —preguntó, al cabo de un rato.

—Te han capturado por mi culpa —musitó él, abatido—. ¿Por qué te quedaste conmigo?

—Tú también te has dejado capturar por mí en alguna ocasión, ¿lo recuerdas?

—No es lo mismo.

—¿Por qué no?

A él le costó encontrar una respuesta. El sonido de los objetos que Olivia levantaba o arrastraba a ciegas llenaba el lugar.

—Porque tú eres importante para mí —respondió él, finalmente—. No. Porque tú te has convertido en mi única aliada, como ha sido el Canciller durante muchos años. Ahora él no está y solo me quedas tú.

—También tú eres mi único aliado.

—Sí, pero yo soy un lastre. No puedo correr tan rápido. No pude ayudarte cuando el guardia...

—Hiciste la tirolina para pasar por encima del agujero. Me enviaste a Fennec para que me ayudase a encontrar la Dingo. También fue él quien nos sacó de la cápsula. Se te ocurrió cómo desatarnos las manos. Hawke, teniendo todo eso en cuenta puedo tolerar que no seas un corredor rápido, la verdad. Deja de pensar que eres un mal aliado. Me gustabas más cuando eras un arrogante que se creía mejor que todos los demás a bordo de la nave y que sabía que era el mejor aliado del mundo porque nadie es tan creativo, ni tan avisado, ni tan resolutivo. Y ahora no seas inútil y ayúdame a buscar cosas.

Mira, he encontrado estas telas. Supongo que nos pueden servir de cama.

Él no respondió, pero se puso a ayudarlo. Al cabo de unos minutos, Olivia le escuchó encender su mechero y prender con él un par de velas casi gastadas que había encontrado. A la luz de estas pudieron contemplar el depósito. Estaba más lleno de cosas de lo que Olivia había imaginado.

—Autumn, aquí hay de todo —exclamó Hawke, y Olivia pudo distinguir embeleso en su tono de voz—. Con todo esto puedo construir cualquier cosa.

Ella se rio y levantó una bolsa llena de mascarillas de oxígeno.

—¿Qué tal empezar por algo que nos ayude a no morir según salgamos?

—Dame eso —respondió él, muy serio, y las examinó antes de devolvérselas—. Lo que nos va a hacer daño es estar expuestos a la radiación, de modo que tenemos que buscar formas que nos ayuden a aislarnos. Busca cualquier cosa que pueda protegernos la piel. Para esto necesitaríamos bombonas de oxígeno, pero no creo que las hayan tirado aquí. De todos modos, Autumn, incluso si conseguimos aislar nuestra piel y nuestros pulmones, antes o después tendremos que beber o moriremos. Salvo que el Canciller haya despertado y nos esté buscando.

Olivia tocó su chip en la muñeca, pensativa. Notó de pronto que algo no iba bien. El chip solía emitir un suave zumbido cuando se lo tocaba, lo cual señalaba que seguía funcionando. Era la forma más rápida de revisar las constantes vitales de alguien; simplemente se tocaba su chip para ver si había reacción.

—Hawke —llamó—. Mi chip está apagado.

—¿Cómo va a ser eso? —él se acercó para comprobarlo y acto seguido tocó el suyo propio—. Maldita sea. Ha tenido que desactivarlos Barrow.

—Ahora el Canciller y todos los demás pensarán que hemos muerto. Les dirán que estábamos a bordo de la Dingo o cualquier otra cosa —comprendió Olivia, sintiendo un escalofrío al pensar que sus padres la creerían muerta.

—Y no nos buscarán —concluyó Hawke—. Estamos solos.

Los dos se miraron un segundo, desolados. A ambos les costaba admitir

que ya estaba, que había terminado todo. No eran capaces de asumir que no tuvieran ya ninguna oportunidad.

—Salvo que... —dijo Autumn.

—Salvo que... —pronunció Hawke, exactamente a la vez. Los dos se echaron a reír.

—No nos rendimos —dijo Hawke—. Habla, habla tú.

—El primer nivel de nuestra ciudad tiene tragaluces. Y tú sigues teniendo tus luces moradas. Quizá si pudiéramos desde el exterior caminar hasta los tragaluces de nuestra ciudad y disparar allí las bengalas... Se vería el reflejo morado desde dentro y el Canciller sabría que estás vivo.

—¿Te he dicho alguna vez que eres un genio? Me maravillas, Autumn. Sin embargo... No sé si tendríamos tiempo de... Quizá... —Hawke se quedó en silencio, sumido en sus pensamientos.

—¿Qué se te había ocurrido a ti?

—Una radio. Contactar con él por radio. Claro que será más probable que mande a tener escuchadas todas las emisoras si sabe que estoy vivo e intentando comunicarme con él. Las dos ideas son complementarias — Hawke miró a su alrededor, con un nuevo brillo en los ojos—. Voy a ponerme a ello.

Entre los dos empezaron a buscar las piezas que necesitaban, amontonando junto a las telas todo aquello que pareciera útil. Olivia tenía sólidos conocimientos de mecánica, por lo que era capaz de diferenciar entre la basura y lo que podía servir de algo. Pronto empezaron a tener una cantidad de material considerable.

—Háblame del Canciller —pidió Olivia—. Te criaste con él, ¿no?

—Sí —respondió Hawke desde el otro lado del depósito—. Aunque nunca fuimos familia de verdad. Yo siempre supe mi historia, ellos nunca me la ocultaron. De los detalles me enteré ya de mayor, claro, pero a grandes rasgos yo sabía de dónde venía. El Canciller no estuvo presente en mi infancia, en realidad. Su hijo y yo sobre todo teníamos contacto con las niñeras. Después, ya en el instituto, cuando empecé a llamar la atención académicamente

hablando, él empezó a hacerme más caso. Era una atención que solo yo recibía. Supongo que por eso me tiene inquina su hijo. Le parecería injusto... tal vez incluso lo era.

—¿Le llamabas padre?

Hawke ahogó una risa. No le podía ver bien, pero a Olivia le pareció que se había sonrojado, como si se avergonzase.

—¡No! Nunca lo he hecho.

—¿Te gustaría?

—No lo sé. Puede ser. No me lo había planteado nunca —contestó él. Olivia estaba casi segura de que mentía.

Alargó la mano para coger algo de metal que podría servirles. Era muy pesado, y tuvo que tirar de ello con fuerza. Cuando por fin logró sacarlo de entre los demás trastos, ahogó un grito de horror al reconocer lo que era: la oreja de Fennec, de la que colgaba la mitad de su cráneo.

—¡Hawke! —llamó, con desmayo.

Él levantó la cabeza. Al verla en estado de conmoción, se acercó a ella y tomó la pieza de sus manos para examinarla.

—Qué lástima —dijo, desapasionadamente—. Me imaginaba que lo habían desarmado cuando no quisieron darnos información sobre él. Menuda panda de ignorantes.

Se llevó la pieza para sacar de dentro los cables con la ayuda de un destornillador oxidado.

A Olivia le molestó su frialdad.

—¿Te da igual?

Él levantó la mirada, perplejo.

—No. Me parece una lástima, ya lo he dicho.

—¿Y ya está? Nos salvó la vida... Salvó a Savannah...

—Autumn. Era un robot. No estaba vivo. Me fastidia que lo hayan roto, pero no me voy a poner emocional por él.

—¿Es que no te importa perder a los que te rodean?

—¿Qué tendrá eso que ver? No era una persona.

—Me da igual. Me da igual que no estuviera vivo, como dices tú. Era autónomo y circulaba como le parecía, y era inteligente. Porque tú le hiciste así, de acuerdo. Lo entiendo, no soy tonta. Pero aun así me parece que eres un insensible. ¡Si hasta le habías puesto nombre!

Hawke se encogió de hombros, irritado.

—Quizá esté más acostumbrado a perder a aquellos que me rodean que tú.

—Pues quizá sea culpa tuya —concluyó ella.

Volvió a rebuscar en los montones, sin mirarle. Evitó aquel en el que había encontrado la oreja de Fennec. A ella le había dado un vuelco el corazón al sacar un trozo de una criatura que, artificial o no, le había ayudado en varias ocasiones y había llegado a ver como a un cómplice. Pasó un buen rato antes de que escuchase a Hawke moviéndose hacia ella. Se quedó quieto, a su espalda.

—Olivia —llamó—. Tienes razón, es culpa mía. Alejo a la gente que intenta acercarse a mí. Soy consciente de ello. Lo hago porque... Mira, porque la verdad es que no puedo imaginar ningún motivo positivo por el que alguien tenga interés en acercarse a mí. No ha sucedido muchas veces, en mi experiencia. Cuando ha pasado, siempre había un motivo oculto. Y estoy cansado de que me hagan daño.

—Yo creo que no te he dado motivos para pensar eso, la verdad —dijo ella. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y se enfadó consigo misma por aquello. Se los frotó.

—Tienes razón, no me los has dado. Pero soy desconfiado y hasta hoy no me lo había terminado de creer. Hoy, cuando te has negado a dejarme atrás, la verdad... la verdad es que me has sorprendido. Me ayudaste a avanzar por el túnel, pero en esa situación no corríamos un peligro inmediato. Hoy, hace un momento, sí que lo hemos corrido. Y dice mucho de ti que no te fueras.

—Cállate. Me fastidia que tuvieras una opinión tan baja de mí como para que te haya sorprendido eso. Pues claro que me quedé contigo.

No dijo nada más ni se volvió hacia él. No quería que él viese sus ojos

enrojecidos.

—¿Sabes qué otra cosa me sorprendió? —continuó él—. Que le dijeras a Fawn que dormíamos juntos.

—Quería saber por qué estabas tan callado.

—¿Solo eso?

—¿Qué otra cosa iba a ser?

—Eres una insensible —sonrió Hawke.

Le arrancó una carcajada. No era tan gracioso, pero había roto la tensión del momento y Olivia se aferró a esa sensación y se rio, todavía rebuscando entre los trastos, sin mirarle.

—¿Creías que te iba a preguntar por qué nos habíamos besado en la cápsula si tú no creías que me gustaras? —preguntó, lanzando la verdad como un dardo.

Hawke resistió el impacto.

—Sí —respondió, con franqueza.

—Que te crees tú que en ese momento estaba yo pensando en besos —se burló Olivia.

—En ese momento no —concedió Hawke—. Estaban pasando muchas cosas. Pero más tarde, por la noche, cuando tú dormías, yo no podía pensar en otra cosa.

Olivia se dio la vuelta para encontrarse cara a cara con él, que la miraba con las cejas arqueadas y la cabeza ligeramente ladeada, como si le estuviera pidiendo perdón.

—¿Tú no has vuelto a pensar en ello? —preguntó Hawke. Había duda en su voz.

Ella se adelantó, colocó una mano en su brazo mecánico y le besó en los labios. Él se dejó hacer, cerrando los ojos. El beso fue eterno, con ella acariciando sus labios con delicadeza, diciendo con el gesto mucho más de lo que podría haberle dicho con palabras. Un beso con el que le estaba contestando a aquel final tan brusco de su conversación, cuando él, con su

mirada, había implicado que creía que nadie podría quererle sinceramente.

Hawke la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí, devolviendo el beso. El que él tomase la iniciativa de pronto la sorprendió tanto que dejó escapar un gemido. La lengua de él se coló entre sus labios, sus dedos se enredaron en el pelo de la parte de atrás de la cabeza de ella. Entre sus dos cuerpos no había más que los dos trozos de tela de la ropa de la ciudad burbuja y ella podía sentir el torso de él, que había visto aquella vez en la piscina. Acarició sus hombros y su espalda desnuda, sintiendo que se estremecía bajo sus caricias.

Percibió que él se tambaleaba. Estaban en precario equilibrio sobre el montón de chatarra, y él había perdido su muleta mientras les llevaban al depósito. Olivia se separó de él y, ante su expresión de desilusión, le sonrió y le tomó de la mano. Juntos bajaron al centro de la habitación, donde habían amontonado las telas. Hawke entendió y se sentó allí. Ella se sentó en su regazo, mirando hacia él, con las piernas enroscadas en torno a su cintura. Le cogió la cara con las manos, una en cada mejilla, y le miró. Recordó que a él no le gustaba que le observasen, pero en aquel momento no tuvo nada que decir en contra. Sabía que los ojos de Olivia no veían en él nada de lo que se debiese avergonzar.

—No hace falta que digamos nada —dijo ella.

—Yo quiero decírtelo todo —susurró él.

—No podemos besarnos y hablar a la vez.

—Supongo que puedo esperar —se rio él.

Ella le acompañó, apoyando su frente en la de él. Pese a donde estaban y a todo lo que había sucedido, se sentía feliz. Mientras se rieran juntos, nada podía ser del todo malo.

Sus labios se buscaron como polos opuestos. Inmerso en el beso, Hawke se fue echando hacia atrás lentamente, hasta que estuvo tumbado en el suelo con ella encima, inclinada sobre él, sin querer separarse ni un centímetro. Los dedos de él jugaban con las dos cintas de tela cruzadas en su espalda, hasta que empujó una de ellas, que se deslizó por su hombro descubriéndolo y bajó

por su pecho. La mano de él se abrió, abarcando gran parte de su espalda, acariciando por todas partes hasta llegar a la otra cinta, que bajó también. Ella se alejó de sus labios para mirarle y él la contempló con adoración en sus ojos; el cabello recogido y suave, sus hombros pálidos y su pecho suave, desnudo. Se incorporó otra vez y pegó sus labios al cuello de Olivia, besándolo, haciendo que ella se retorciera de placer. Los gemidos retumbaban entre las paredes del depósito. La mano de Hawke acarició sus costados, su vientre, su pecho. El contacto era delicado, como el de un escultor que acaricia con un trozo de gamuza la escultura recién terminada.

Olivia nunca se había sentido así en brazos de nadie.

Exploró con sus manos el cuerpo de él, sus hombros fuertes, los músculos de uno de sus brazos, la frialdad del otro. Los pectorales, el abdomen. Le retorció un pezón, juguetonamente, y él dio un respingo. Ella se rio suavemente a su oído y notó contra su mejilla cómo se movía la de él. Estaba sonriendo. Era tan feliz como ella. Esa certeza fue como una explosión de color dentro de su corazón.

—Qué gusto no tener las manos atadas —comentó.

Hawke asintió. Súbitamente, la hizo girar, quedando ella tumbada en el suelo boca abajo y él encima de ella. Sosteniéndose con sus brazos para no apoyar demasiado peso sobre ella, la besó. Olivia estaba aprisionada bajo su cuerpo, pero pocas veces se había sentido tan segura. Respondió al beso y llevó sus manos a la espalda de él, continuando con las caricias. Él descendió por su cuello y la besó en el hueco entre este y el hombro antes de continuar bajando. Se llevó uno de los pezones de ella a los labios. Olivia cerró los ojos y arqueó la espalda hacia atrás, una de sus manos ahora en la nuca de él. Permitted que siguiera bajando incluso cuando pasó el ombligo. Intuitivamente, Olivia separó un poco las piernas, haciéndole sitio, abriéndole paso. Hawke sabía lo que estaba haciendo. Olivia levantó una de las manos, cerrándola en un puño junto a su propia boca y enredó los dedos de la otra en el cabello de él. Se mordió los nudillos intentando evitar gemir en voz alta, pero enseguida dejó de preocuparle eso. No podía pensar en nada más que en

la lengua de Hawke volviéndola loca, haciendo amagos hasta que ella sentía que no podía esperar más y entonces tocando justo donde debía ser. Perdió el control completamente, cediéndoselo a él, abandonándose a él.

El orgasmo llegó como una explosión. Hawke se tumbó a su lado, complacido, y la recogió en un abrazo. Olivia temblaba de gusto, pero todavía quería más. Le empujó ella a él. Entendiendo la insinuación, Hawke se tumbó sobre su espalda y la atrajo hacia sí. Olivia estaba ahora encima de él otra vez. Había perdido ya completamente su tela, que había quedado arrebujada sobre las demás, pero él conservaba la suya. Olivia la apartó y besó su cuello mientras exploraba con la mano el cuerpo de él. Le agradó la dureza, la sintió como un halago.

—¿Quieres...? —preguntó en un susurro.

—Sí. Sí. —a Hawke le faltaban palabras—. ¿Tú...?

—Sí...

Sí, quería, quería. Quería llevar el control ella, quería fundirse con él, quería sentir cómo se hundía dentro de ella. Cabalgó sobre él con las manos apoyadas en su pecho, disfrutando por oírle gemir a él. Se inclinó para volver a estar cerca, le mordisqueó una oreja, cambiando de ritmo, buscando alargar todo lo posible aquel momento de placer en el que solo existían ellos dos.

CAPÍTULO 15

Al día siguiente, nadie se molestó en ir a despedirles. Al otro lado del depósito se abrió una compuerta mecánica que llevaba al exterior. El sonido de la maquinaria poniéndose en marcha les despertó, pero fue la luz del sol entrando por la abertura lo que les despejó del todo. Olivia habría querido quedarse abrazada a Hawke y despertarse lentamente entre besos y caricias, pero el susto le hizo levantarse de un salto y buscar la tela para volver a envolverse en ella.

—Maldita sea —dijo Hawke, en lugar de dar los buenos días—. Si esto es el paso al mundo exterior, significa que todo lo que estaba aquí ha sido contaminado. Maldita sea.

—Supongo que podríamos quedarnos aquí —sugirió Olivia, sin hablar en serio. Hawke sonrió.

—Qué aburrido —comentó—. No va con nosotros.

—Es verdad. Venga, vamos a ver qué horrores nos esperan allí fuera.

Mientras la compuerta permaneciera abierta, los que se refugiaban en la ciudad burbuja no podrían salir, de modo que no pudieron impedirles que cargasen todo el material que habían reunido la noche anterior en una carretilla iluminada por el sol. Hawke se hizo con un palo que le haría las veces de bastón y salió el primero. Olivia le siguió empujando la carretilla.

Estaban en una gran colina que bajaba hasta unirse a un bosque. La hierba era verde y estaba un poco húmeda, las hojas de los árboles en la lejanía eran de una complicada gama de claros y oscuros. El cielo azul era tan pálido que parecía blanco. El sol acababa de salir. Olivia entendió de pronto que habían necesitado energía solar para abrir la compuerta. Por eso no les habían echado la noche anterior. De pronto, algo le tocó la cara y le arrancó una exclamación de sorpresa. Era un contacto fresco y rápido. Hawke, unos metros delante de ella, se había detenido a disfrutar de aquello también.

Viento, pensó Olivia. Esto es el viento.

Cuando terminó, miró a Hawke. Él cruzó una mirada con ella antes de abrir un pequeño compartimento en la pantorrilla de su pierna de metal y sacar un aparato del tamaño de su puño cerrado.

—Autumn, ¿sientes vértigo o náuseas?

—No. —Olivia se acercó a él—. ¿Qué es eso?

—Un contador. Sirve para medir la radiactividad de un lugar —explicó Hawke—. Quiero averiguar por qué no parece que nos esté afectando.

—Quizá tengamos que estar expuestos más rato —aventuró ella.

—Tal vez. ¿Quieres caminar hasta el bosque? ¿Puedes con la carretilla?

Olivia asintió. Los dos bajaron lentamente la pendiente, aunque de lo que tenía ganas ella era de tumbarse en el suelo y rodar. Sonrió solo de imaginarlo. Se preguntó si en el rocío que había sobre la hierba se escondería la contaminación, si estaría lleno de radioisótopos disueltos, pequeñas amenazas radiactivas acechando en algo tan inocente como al agua.

El sol daba directamente sobre su rostro, calentándolo con suavidad. Olivia encontraba estímulos que llamaban su atención por todas partes: el perfume de las flores, el susurro de las hojas de los árboles y el crujir de la hierba bajo sus botas, la única parte del uniforme que había conservado.

El contador pitó antes de que llegasen a la linde del bosque. Hawke se apresuró a consultarlo.

—Según lo que aprecia ahora, el contador estima que la media anual en este lugar es de ocho milisieverts aproximadamente —leyó, con sorpresa—. Autumn, esto es poquísimo. Según nuestros cálculos, creíamos que el valor debía rondar los 10 000 milisieverts —dijo, mirando a Olivia con los ojos como platos—. Autumn...

El inventor se llevó las manos a la cabeza, pasándola por su pelo, como si eso le fuera a ayudar a procesar mejor aquella información.

—Entonces, ¿no hay bastante radiactividad como para hacernos daño?

—No, no a corto plazo. Antiguamente había lugares en los que la

radiación natural era más alta, incluso. Esto es bajísimo. Es increíble. ¿Cómo puede haberse estabilizado tan rápido? No, no puede ser. Nuestros cálculos debían ser erróneos. El tiempo que ha pasado... Vaya. No entiendo nada de esto, Autumn, pero sé una cosa: esto significa que tenemos una segunda oportunidad. Podemos volver a vivir en el exterior y ver si esta vez conseguimos que no haya accidentes de contaminación industrial...

Olivia asintió, permitiendo que la emoción la conquistase por dentro. Aquello era la solución a todos los problemas de la Unión, de golpe.

—Hawke —llamó, porque algo la había sacado de sus pensamientos—. Mira...

A varios metros de distancia, pegado a los primeros árboles del bosque, había un ser cuadrúpedo, de largas patas y fuerte cuello, que olfateaba nervioso con las orejas vueltas hacia ellos. No sabía lo que eran.

—Es un ciervo —murmuró Hawke, fascinado—. Una cierva, en realidad... Una cierva.

El animal, asustado de pronto, desapareció entre los árboles con un par de gráciles saltos. Hawke y Olivia se miraron, entusiasmados.

—Voy a instalarme aquí. Tengo que construir un par de cosas —anunció Hawke.

—¿Cómo? —bromeó Olivia—, ¿todavía no lo has hecho?

—Alguien me distrajo ayer por la noche.

—Excusas —se acercó a darle un beso, deleitándose en la cercanía de su piel durante ese instante—. Yo voy a buscar agua.

—Llévate esto —Hawke le lanzó el contador, que ella atrapó en el aire—. La luz verde te indicará que el agua se puede beber.

Olivia echó a andar por el bosque. Los árboles dejaban que la luz pasase a trozos, iluminando el suelo de tierra con motitas claras. Sobre uno de los troncos de los árboles crecía una enredadera cargada de flores. Olivia se detuvo a olerlas. No se parecía en nada a los perfumes florales que conocía. Más adelante había unos matorrales llenos de frutos. Eran moras. Se acercó a

coger una, pero enseguida retiró la mano, sangrando por un dedo. La zarza tenía pinchos. Con más cuidado, desconfiando ahora de la planta, Olivia volvió a coger una mora. Esta vez lo consiguió. Comprobó con el contador que no estaba contaminada y se la llevó a la boca.

Los frutos que crecían en un entorno artificial no eran rivales para aquella mora.

Desde allí se podía oír el rumor del agua, de modo que avanzó guiándose por su oído hasta encontrar un riachuelo. El contador se iluminó con luz verde. Olivia bebió, cayendo en la cuenta de que no tenía cómo llevarle agua a Hawke. Tendrían que mudarse a la vera del arroyo.

Junto al agua halló dos cosas más. En el barro que había donde el riachuelo humedecía la tierra encontró una huella redondeada, con cuatro almohadillas digitales. Parecía la de un felino, pero no tenía uñas. Era grande, lo bastante como para preocuparle. Buscó una hoja grande y la posó en el barro, copiando en ella la forma de la huella.

Al levantarse y merodear por los alrededores del riachuelo hizo su segundo descubrimiento: una construcción de metal rectangular, con ruedas pero sin ventanas frontales, un híbrido entre un contenedor y un vehículo. En los laterales había una puerta cerrada y cuatro ventanas con persianas bajadas, dos a cada lado.

No pudiendo entrar en aquel lugar ni descubrir nada más sobre él viéndolo por fuera, regresó con Hawke.

—Voy a necesitar una toma de corriente para seguir con esto —comentó el hombre—. Estoy utilizando la batería de mi brazo, pero no tengo de sobra precisamente.

Había sacado del compartimento de su pierna varias herramientas que conectaba a su propio brazo mediante cables. La imagen era grotesca, pero Olivia no pensó demasiado en ello.

—He encontrado una huella como esta junto a un arroyo —declaró. Hawke la examinó y frunció el ceño.

—Es de lince —afirmó—. Son cazadores de conejos, por lo que no

debería ser peligroso. Sin embargo, será mejor que nos mantengamos alejados de él. Deberíamos encontrar algún sitio donde guarecernos de noche, porque son más activos entonces. Aunque también es posible que nos lo encontremos de día. No deberíamos alejarnos mucho el uno del otro.

—También he encontrado un sitio donde podemos refugiarnos —informó Olivia—. Si conseguimos entrar.

—Estás en todo, Autumn.

A Hawke no le resultó difícil abrir la puerta del contenedor de metal con ruedas gracias a la pequeña sierra de su pantorrilla. Entró Olivia primero, cautelosa, preparada para encontrarse algo inesperado. Sin embargo, no había nada peligroso allí dentro. El contenedor tenía a un lado una cama grande, con almohadas, sábanas y mantas, una cocina y, al fondo, una pequeña mesa con dos bancos acolchados a los lados, todo integrado en el mismo depósito, fijado a su suelo y sus paredes.

—Es una casa con ruedas —dijo Olivia, sorprendida—. Y parece que no es de nadie.

—Sus ocupantes debieron huir en el vehículo que tiraba de esta casa —supuso Hawke—. Esto no tiene motor, seguro que se enganchara a un automóvil.

Olivia pasó la tarde explorando los alrededores de su refugio y recolectando fruta. Cada cierto tiempo volvía por si Hawke necesitaba algo y, en una de las ocasiones, lo encontró desmadejado en el suelo, con su brazo desconectado y enchufado a la toma de corriente del refugio.

—Se agotó la batería —explicó Hawke.

Era evidente que le resultaba embarazoso hablar del tema, de modo que Olivia no le dio más vueltas. Se sentó a su lado.

—Déjame ayudarte —ofreció, porque él no podía hacer mucho con una sola mano—. Dime qué es lo que tengo que hacer.

Construyeron la radio y, cuando todavía quedaba luz, Hawke le hizo sacar del refugio unas telas gruesas y extenderlas en el suelo.

—¿Es poliéster? —preguntó él—. Yo creo que nos servirá. Necesitamos resina para impregnarlas. He hecho un armazón.

—¿Qué estamos montando? —preguntó Olivia.

—Una nave.

Aquello parecían más bien unas alas sobre una estructura de metal soldado, muy ligero.

Cuando terminaron, entraron en el refugio. Habían agotado la energía ya, de modo que Olivia sacó de una alacena varias velas y las distribuyó por la habitación. Ayudó a Hawke a sentarse en uno de los bancos y fue a recoger la pierna y el brazo, que habían estado cargándose. Tuvo que arrastrarlos uno a uno, haciendo frecuentes pausas.

—Madre mía, Hawke, ¿tú cargas con esto todo el día?

Él se rio.

—Por eso soy tan pesado.

—¿Otro chiste?

—Esta vez sí.

Él se enganchó la pierna y el brazo, conectándolos a los puertos que estaban integrados en su propio cuerpo, mientras ella servía un plato de fruta y lo colocaba sobre la mesa. Había llenado una jarra de cristal de agua y la había puesto allí también, junto con dos vasos. Aquello era tan civilizado que les resultaba extraordinario.

—Esta noche vamos a dormir en una cama —comentó Olivia.

—Increíble, ¿verdad?

Se sentó frente a él. Hawke apoyó sus brazos en la mesa, el mecánico y el natural, y se quedó quieto, mirándola. A la luz de las velas, sus ojos resplandecían con una luz especial. Olivia sonrió, un poco nerviosa.

—¿Qué estás pensando?

—Que parece que estemos teniendo una cita.

Olivia alargó las manos y cogió las de él, las dos, por encima de la mesa. Le acarició con los dedos hasta que él tiró de ella.

—Ven a sentarte aquí.

Ella se levantó y pasó al otro lado de la mesa, acomodándose de lado sobre las rodillas de él. Le rodeó el cuello con un brazo y él la sostuvo a ella entera con los suyos.

—Ten. —Su mano mecánica había cogido una mora y se la acercó a los labios. Olivia la aceptó, maravillada por el hecho de que un artefacto artificial pudiera hacer una demostración de tanta ternura cuando era manejado por alguien como Hawke.

—¿Nos vamos a dar de comer en la boca ahora?

—¿No es lo que se hace en las citas?

—No lo sé. —Olivia apoyó la cabeza, arrimándose a él todo lo posible—. ¿Has tenido muchas?

—Algunas —respondió él, vagamente—. Antes de desengañarme del todo y no querer tener nada que ver con nadie, nunca —añadió, con ironía, riéndose de sí mismo—. ¿Y tú?

—Algunas —repitió ella—. Menos que tú, seguro. Empecé a salir muy pronto con un chico al que conocí muy joven. Rain. Un idiota egoísta. Y muy aburrido. Estuve con él muchos años, incluso vivíamos juntos.

—¿Por qué?

La sincera curiosidad de Hawke, que no podía imaginarse cómo alguien podía tener una relación larga con una persona que no le llenaba del todo, hizo reír a Olivia.

—A veces no te das cuenta de lo poco apropiado para ti que es alguien hasta que lo dejas.

—¿Qué quieres decir con apropiado?

—Que me lo pase bien con él. Que nos queramos. Que pensemos los dos en el bien del otro, que seamos un equipo. Que me ría con él. Y no sé. Que se lleve bien con mis padres. —Olivia se encogió de hombros—. O que haga lo posible, al menos.

—¿Es difícil llevarse bien con tus padres?

—No.

—Entonces no me tengo que preocupar.

—Quizá en mejorar un poco los chistes.

—Eso está hecho.

Ella se incorporó para darle un beso. Rozó su nariz con la de él.

—¿Y yo soy apropiada para ti?

—Eres esencial.

No comieron mucho, porque las ganas que tenían el uno del otro eran mayores que su hambre. Apagaron todas las velas excepto la que estaba más cerca de la cama y se guarecieron entre las sábanas, perdiéndose cada uno en los labios del otro. El silencio del bosque era impenetrable, recordándoles a cada momento que eran literalmente los únicos seres humanos vivos en la superficie del mundo. No había nadie que pudiera molestarles, nadie que pudiera irrumpir en aquel universo en el que solo estaban ellos dos y no hacía falta nada más.

Olivia se despertó en mitad de la noche. Buscó a Hawke alargando los brazos, pero él no estaba en la cama junto a ella. Alarmada, abrió los ojos. Él estaba allí, junto a una de las ventanas del contenedor, mirando hacia fuera. Percibió su mirada y le sonrió. Le hizo gestos para que se acercase sin hacer ruido.

Ella se incorporó y, frotándose los ojos, caminó descalza hasta donde estaba él. Hacía frío, por lo que fue muy consciente de estar completamente desnuda. Se refugió entre los brazos de él, contra su pecho, y él la abrazó, encantado de ofrecerle calor.

Por la ventana podía verse a un felino moteado rondando el contenedor. Sus pasos eran elegantes y cuidadosos. Parecía completamente seguro de sí mismo, consciente de que era el depredador más grande de su territorio y que no tenía nada que temer. En un momento dado, su mirada penetrante se volvió hacia la ventana y sus ojos amarillos se encontraron con los verdes de

Hawke.

Olivia levantó la vista para observar al inventor. Su expresión era de emoción, aquella que se siente cuando se cumple inesperadamente un sueño que uno creía imposible. Los brazos de él se cerraron un poco más estrechamente sobre ella. Se alegraba de que ella estuviese allí para compartir aquel momento.

CAPÍTULO 16

A la mañana siguiente, subieron de nuevo la colina, esta vez hacia el lado contrario al de la compuerta de la ciudad burbuja. El terreno descendía en picado varios metros. Olivia arrastraba las alas que habían construido la noche anterior. Ella llegó primero a la cima y se detuvo allí, esperando a Hawke, que cojeaba tras ella.

—¿Estás lista, Autumn?

Le ayudó a ponerse el arnés y comprobó varias veces que fuera seguro. La enésima vez que Hawke tironeó de las cintas para ver si se soltaban, Olivia le dio un manotazo.

—¡Para ya! Está bien, no me voy a caer.

Le dio un beso en los labios, porque además de exasperada también se encontraba conmovida por su preocupación. Él se lo devolvió y le acarició la cara.

—De acuerdo —dijo, con expresión de circunstancias—. Tú eres piloto, Autumn, es natural que te impresione menos la idea de volar que a mí.

—¿Quieres decir que me asuste menos? —le provocó ella.

—No tengo ningún problema en confirmártelo —replicó él—. Yo no me subiría jamás a una cosa de estas y me tiraría hacia abajo. No porque crea que este en concreto no es seguro... No me subiría ni a este ni a ningún otro.

—No pasa nada —sonrió ella—. Tú eres más lince que pájaro.

Él levantó la mirada hacia el cielo, guiñando un poco los ojos por el sol. Todavía les resultaba demasiado brillante y la claridad les cegaba a los dos.

—Quién me iba a decir a mí cuando estaba en mi taller en Dos que la nave que más importante sería para mí que saliera bien sería una que construiría con herramientas de emergencia y chatarra, en el suelo...

Olivia le puso la mano en el brazo, atrayendo la atención de sus ojos, que se posaron en ella.

—Y quién te iba a decir que esa nave sería la primera que se construiría al aire libre en siglos —añadió.

—Eso suena mejor —dijo él—. Aunque no quita que lo que he dicho yo sea cierto. Espero que esté todo bien.

—Seguro que sí —respondió ella, con confianza.

Sujetó la estructura de metal y la levantó del suelo. El viento soplaba levantando los extremos de la tela, que ella había enrollado firmemente, llevándola ajustada a su cuerpo en lugar de suelta, de modo que no se le levantase al volar. Hawke le entregó la bengala morada.

—Ten cuidado de no dispararla hacia arriba, no quieres dañar las alas —aconsejó.

—Entendido.

—¿Te acuerdas bien de la dirección que debes tomar? Espero que no te confunda el paisaje, no es lo mismo mirar un mapa que...

Olivia le tomó por el hombro y le sacudió.

—¡Hawke! Va a salir bien. Me acuerdo de todo. No prenderé fuego a mis alas. No me perderé.

Él asintió, un poco avergonzado por su preocupación excesiva. Se dieron un beso de despedida, apresurado, y él se alejó de ella para no estorbar en su trayectoria.

Olivia sostuvo la barra a la que debía sujetarse de la estructura, sintiendo que las manos le sudaban y temiendo por un momento resbalar. Sin embargo, incluso si eso sucediera, seguiría sujeta al aparato gracias al arnés. Estaba bien. Respiró hondo y empezó a correr, primero a un ritmo de trote ligero y después acelerando hasta que iba a la máxima velocidad que le permitían sus piernas. Notó que las alas tiraban hacia arriba antes incluso de llegar al punto en el que la pendiente bajaba bruscamente y de pronto perdió pie. Ya no estaba corriendo.

Estaba volando.

Su cuerpo adoptó una posición horizontal, con las manos hacia delante, bien sujetas a la barra. Ascendió rápidamente, gracias a las corrientes de aire caliente que empujaban sus alas hacia arriba. Sintió que el estómago daba un vuelco dentro de ella cada vez que subía unos metros de golpe siguiendo un impulso. Gritó sin darse cuenta de que lo estaba haciendo, de pura emoción. El suelo estaba cada vez más lejos y Olivia estaba conquistando el cielo, que se abría en toda su inmensidad frente a ella.

Y sin embargo no estaba sola. Abajo, anclado al suelo, con el tronco inclinado por apoyarse más en su pierna mecánica que en la otra, Hawke había presenciado el despegue y ahora la contemplaba volar, con una sonrisa satisfecha en el rostro, el corazón latiendo con el de ella, compartiendo su euforia. La había lanzado al aire, había hecho aquello posible. Los dos juntos habían llegado hasta allí arriba y compartían, aunque no pudieran verse, ese momento de victoria.

Olivia giró en el aire, trazando un amplio arco, sin querer hacer movimientos bruscos. Examinó el paisaje bajo ella, intentando reconocer lo que había visto en el mapa y calcular las distancias. Desde arriba podía distinguir lo que había sido aquellos siglos atrás. La ciudad burbuja había sido los suburbios de una metrópoli mucho mayor, bajo la cual se escondía la Unión. Todavía quedaban algunos edificios en ruinas, muchos de ellos destrozados por la explosión que se había llevado por delante la vida en aquel lugar y otros tantos derruidos por el tiempo y el sol. La naturaleza, que parecía ser más capaz de sobrevivir a la contaminación radiactiva que a la presencia de seres humanos, se había recompuesto y había conquistado cada metro cuadrado de la antigua urbe.

Descubrió la forma oscura de un gran aparcamiento que también aparecía en el mapa al oeste de la metrópolis. A menos de un kilómetro hacia el norte se encontraba Dos, bajo lo que antiguamente había sido una catedral. Desde donde estaba, Olivia no podía ver este edificio, pero planeó hacia allí. Aunque había imaginado que la primera vez que pilotase una nave esta

tendría motor, no tenía nada de lo que quejarse de sus alas. Voló con ellas suavemente, sin cambios bruscos de velocidad o de sentido, hasta sobrevolar el antiguo aparcamiento. Aunque las plantas lo habían invadido, aún quedaba suficiente asfalto como para emitir calor bajo los rayos del sol. Olivia ascendió rápidamente al pasar por encima y tuvo que descender efectuando varios giros hasta acercarse lo suficiente al suelo como para distinguir las ruinas de lo que había sido la catedral.

Necesitó mucha fuerza de voluntad para soltar la barra con una de sus manos. Movi6 la otra hacia el centro, para no perder el control de sus alas, y dirigi6 la mano izquierda rápidamente a la bengala que había sujetado a su antebrazo derecho. Dio un bandazo en el aire, pero consiguió no tirar la bengala del susto. Temblando, porque no era fácil mantener el control del vuelo y a la vez apuntar, lanzó la bengala. Esta estalló en una nube de chispas moradas, a tanta altura que Olivia, sintiendo cómo la decepción bajaba por su garganta como un cubito de hielo, supo con total certeza que no la había podido ver nadie.

La bengala cay6, empujada por la gravedad, hacia las ruinas de la catedral. Olivia había descendido tanto que pudo ver los tragaluces de Dos. Estaba justo encima de la ciudad. Contempl6 con asombro cómo la bengala caía directamente hacia los tragaluces, como si alguien la guiase. Entonces, justo ah6, a menos de unos metros de las ventanas que daban luz a la ciudad, volvi6 a estallar. La luz morada tap6 por completo el tragaluz durante un rato que a Olivia se le antoj6 interminable. Desde dentro deb6 ser como si hubiese estallado una tormenta eléctrica de un extraño color justo encima de la ciudad. Era imposible que aquello pasase desapercibido.

Gir6 en el aire y plane6 de vuelta, disfrutando del viaje. Iba ahora a muy poca altura, dirigiéndose hacia el suelo inevitablemente. Aterriz6 a varios metros de la colina. Se deshizo del arnés, levant6 la estructura a pulso e intent6 correr hacia Hawke, que desde allí apenas era una figura que gesticulaba con un brazo desde lo alto de la colina. Era muy difícil correr con las alas, que se empeñaban en recoger todo el viento que soplaba contra ella.

Olivia se encontró riéndose de pura excitación mientras trepaba la colina, cuesta arriba, hasta que pudo escuchar la voz de Hawke. Le estaba gritando que soltase las alas, que no hacía falta que las subiera de nuevo.

—¡Ni en broma! —replicó Olivia, chillando—. ¡He volado, Hawke! ¡He echado a volar!

Cuando se acercó lo suficiente, él le tendió la mano y tiró de ella para ayudarle a subir el último tramo empinado. Olivia soltó las alas y se abrazó a él, arrastrándole hasta el suelo. Entre la hierba, volvieron a besarse. Parecía que no pudieran dejar de hacerlo; cada minuto que estaban lejos era tiempo desperdiciado. ¿A qué se habían dedicado el resto de sus vidas?

—La radio —jadeó Olivia, en un instante en el que se habían separado para respirar.

—Te estaba esperando —dijo él.

—Eres un irresponsable.

—En ocasiones, sí.

Conectaron el retransmisor. Suponían que, en Dos, los hombres del Canciller estarían rastreando todas las emisoras, esperando escuchar algo de ellos.

—Comunicación importante para Dos. Comunicación para ciudad Dos de la Unión —repitió Hawke.

De pronto, oyeron un murmullo entre el sonido blanco de la radio. Olivia y Hawke cruzaron una mirada de júbilo.

—Aquí Dos. ¿Quién habla? Cambio.

—Malen Hawke. Necesito hablar con el Canciller. Cambio.

—El Canciller está aquí, le está escuchando —informó el hombre al otro lado de la radio. Entonces hubo una pausa y fue una voz diferente la que respondió—. ¿Malen, eres tú? Cambio.

Hawke cerró los ojos, reconociendo la voz. Olivia se apretó contra él, cogió su brazo entre sus manos.

—Soy yo. Estoy vivo. El capitán Barrow intentó matarnos a mí y a una

piloto asignada a la Dingo que sobrevivió al accidente. ¿Ha regresado el capitán Barrow? Cambio.

—La expedición ha regresado sin él. Hubo una batalla contra los habitantes de la ciudad burbuja. Murió en ella. Tememos una guerra próxima. ¿Dónde estáis? Cambio.

—La paz es negociable con la ciudad burbuja. Ellos también necesitan más espacio y carecen de energía. Se puede negociar con eso último. El espacio no va a ser un problema... La piloto y yo estamos en el exterior. La radiactividad es de ocho milisieverts. Repito: ocho milisieverts. Cambio.

El silencio esta vez fue largo.

—¿Estás seguro, hijo? —pronunció el Canciller. Le temblaba la voz.

Hawke abrió los ojos de golpe. Olivia, conmovida, le dio un beso en la sien.

—Sí. Cambio. —A él también le tembló la voz.

—Enviamos diplomáticos a la ciudad burbuja a través del túnel. Y una patrulla al exterior inmediatamente, vía la catedral. ¿Estás lejos de allí? Cambio.

—No. Muy cerca. Cambio.

—Acabáis de pasar a formar parte de la Historia, muchacho. ¿Cómo se llama la piloto? Cambio.

Olivia se adelantó y habló ella misma.

—Olivia Autumn, señor. Cambio —se presentó ella misma.

—Aguantad un poco más. Enseguida estaremos con vosotros. Cambio y corto.

Hawke y Olivia se miraron, sin saber qué decir.

—Se me hace extraño que te llame Malen —comentó ella.

—A mí se me haría raro que me llamasas así tú. Pero puedes hacerlo.

Los dos caminaron hacia el bosque, dejando allí las alas, preparadas para cuando las quisiera volver a usar. En su refugio todo seguía como aquella mañana. Olivia se sorprendió pensando en aquel lugar como su casa, más su

casa de lo que había sido nunca la de Rain. Aunque solo hubiera pasado allí una noche y tuviera como vecino a un lince.

Volvieron a la compuerta de la ciudad burbuja. Desde allí, no fue difícil encontrar cerca algunas de las ventanas de sus edificios, los que se encontraban en la frontera de la ciudad y daban al exterior. Llamaron la atención de los habitantes, que les miraron como si fueran fantasmas, sin poder creer que estuviesen vivos. Antes o después, algunos voluntarios salieron por la compuerta para comprobar si aquello era real. Uno de ellos era North.

—Gracias —dijo, cayendo de rodillas delante de Olivia—. Os lanzamos a la muerte y vosotros nos habéis hecho el mayor regalo que podíamos imaginar. Lo siento... Lo siento...

—Era tu deber —respondió ella, poniéndole una mano en el hombro y tirando de él para que se levantase.

—Vamos, hombre, no te tires así, que vas a arruinarte los pantalones —le reprendió Hawke—. Hemos traído fruta. Cómete una y lleva el resto a tu reina, como símbolo de nuestra buena voluntad. Pronto llegarán a vuestra estación algunos hombres y mujeres de los nuestros. Van en son de paz. Os agradeceríamos que no les atacaseis, si es posible.

Regresaron al punto de la colina desde el cual había despegado Olivia. Tuvieron que quedarse allí, porque la batería de la pierna de Hawke se agotó. Necesitaba estar conectada durante varias horas a una toma de corriente de más potencia que la del contenedor con ruedas.

Era emocionante estar allí, bajo el sol, contemplando como a un lado de la colina empezaban a salir del suelo personas cubiertas con telas que bailaban al viento. Observaron cómo se detenían a disfrutar de la luz, de los olores, de los sonidos. Cómo vivían ese momento de felicidad por estar al aire libre otra vez, como alguna vez estuvieron sus antepasados. Al otro lado, desde la catedral, también empezaban a aparecer personas, como hormigas vistas desde la distancia, saliendo de su agujero y quedándose de pie quietas, cegadas por la luz, intentando acostumbrarse a aquel nuevo mundo que su

especie tendría que conquistar por segunda vez.

—Espero que en esta ocasión lo hagamos mejor —murmuró Olivia.

Hawke no necesitó preguntar a qué se refería. Asintió.

—Y ahora, ¿qué es lo que quieres?

Ella meditó un segundo.

—Quiero verlo todo. Quiero explorarlo contigo. Quiero volver a ser los primeros en ver mil sitios.

—Yo camino despacio.

—No importa a qué velocidad vayamos, mientras no nos detengamos.

—¿Detenemos? Olivia-No-Sabía-Nada, sigues sin tener ni idea. Nosotros no hemos aprendido aún a detenemos.

Olivia cogió su mano y él se la estrechó. Se quedaron allí, de pie uno junto a otro, observando aquel renacimiento, pensando ya en su siguiente viaje.

Si te ha gustado

Inquebrantables

te recomendamos comenzar a leer

Hasta que tú llegaste

de Marion S. Lee

Selección RNR

MARION S. LEE

*Hasta
que tú
llegaste*

B

Romance Actual

CAPÍTULO 1

La tarde había comenzado a caer aquel día de finales de junio, augurando una plácida y encantadora noche. Las escasas nubes que adornaban el cielo parecían pintadas por la mano de un niño travieso, iluminadas por la luz anaranjada del tardío sol.

Frank dejó la pesada caja que llevaba entre las manos sobre la mesa que había improvisado esa misma tarde con una tabla y un par de caballetes, y se apoyó contra el muro de la azotea. Despacio, levantó la cara hacia el cielo, cerró los ojos y dejó que la brisa le acariciara el rostro recién afeitado. El aire traía el olor del salitre del mar mezclado con el aroma de la última remesa de pan que horneaban en la panadería que había en la esquina de aquella misma calle. Las gaviotas, aun estando algo lejos de la línea de costa, se aventuraban a buscar algo que comer. Abrió los ojos y vio a uno de los pájaros pasar a unos metros sobre su cabeza, como si supiera que, en unas horas, allí iba a poder encontrar algo que rapiñar.

Bajó la caja de la mesa y la dejó a un lado, cerrada. No quería encontrarse sus hamburguesas y su bacón picoteados por esas aves. Echó una nueva mirada al cielo, asegurándose de que se habían marchado, y salió de la azotea para volver unos minutos más tarde, cargado de nuevo pero esta vez con un montón de latas de cerveza frías, que se apresuró a meter en un bidón con hielo que había dejado preparado. Volvió a su apartamento para regresar con una nueva caja –que contenía el pan para las hamburguesas, dos grandes bolsas de patatas fritas, un montón de paquetes de salchichas y mazorcas de maíz dulce–, que dejó junto a la otra caja, en la mesa. Echó un vistazo a lo que había ido apilando y sonrió satisfecho; tenía casi todo preparado, a la espera de que sus vecinos comenzaran a llegar.

Organizar una barbacoa justo cuando entraba el verano se había convertido en tradición desde hacía unos pocos años. El último sábado del mes de junio invitaba a todos sus inquilinos a una barbacoa en la azotea del edificio. Nada ostentoso: cervezas, hamburguesas y patatas fritas. Pero la gente se lo pasaba bien, charlando y riendo, y él tenía la oportunidad de confraternizar con ellos fuera de su papel como casero y dueño de aquella

finca.

Cuando había comprado el edificio cinco años atrás, su matrimonio aún funcionaba. O él pensaba que funcionaba. Creyó que iba a ser un proyecto común; un proyecto que los uniría como pareja y que les haría ver la vida desde otra perspectiva. «Y lo hizo. Vaya si lo hizo», pensó con cierta tristeza, recordando que la perspectiva se convirtió en un divorcio que llegó un par de meses después de que el edificio se terminara de remozar y acondicionar. Pensar en su fallido matrimonio siempre lo entristecía porque había puesto muchas ilusiones en él, y aun así habían fracasado. Metió las manos en los bolsillos y bajó la mirada hacia el suelo. Sentía que su buen ánimo se estaba viniendo abajo cuando una voz, potente y profunda, lo sacó de sus cavilaciones.

—¡Hey, señor B! ¿Podría ayudarme con todo esto?

Frank giró la cabeza con rapidez hacia la puerta de entrada a la azotea. Cruzando por ella, cargado con dos sillas grandes de jardín y una bolsa de plástico que colgaba de su antebrazo, estaba Bernie, el inquilino del 2A.

Bernie era un veterano de guerra, viudo y dicharachero, con un corpachón que ocupaba todo el umbral de la puerta y una sonrisa bonachona y afectuosa que podía eclipsar a su enorme vientre. Ya hiciera frío o calor, lloviera o luciera un sol espléndido, fuera de día o de noche, la cabeza de Bernie siempre estaba cubierta por una gorra, seguramente para ocultar que su pelo había comenzado a escasear. Tenía unos ojillos vivarachos tras unas gafas de montura metálica que habían pasado de moda hacía ya algunos años, y una ligera inclinación a meterse en la vida de los demás, pero Frank sabía que lo hacía sin maldad alguna. Sonriendo, se apresuró en dirección hacia él para ayudarlo con su carga.

—Te dije que me avisaras cuando fueras a subir las cosas —le dijo, tomando una de las pesadas sillas de plástico y la bolsa que portaba.

En cuanto tuvo desocupado el brazo, Bernie hizo un ademán con la mano y torció el gesto.

—Tonterías. ¿Acaso pensabas que no iba a poder con dos simples sillas,

muchacho? —le preguntó mientras intentaba recuperar el aliento—. No conoces al viejo Bernie, no señor.

Frank ahogó una sonrisa e instaló la silla al otro lado de la azotea, junto a las mesas improvisadas. Bernie era de ese tipo de hombre cabezota que se negaban a admitir que cumplían años, aunque su cuerpo se empeñara en recordárselo a base de padecer insomnio o artritis en las rodillas. Era una buena persona, y a Frank le gustaba considerarlo su amigo antes que su inquilino y vecino.

Con paso decidido, el hombre fue hasta donde Frank había dejado la silla, colocó a su lado la otra que él aún llevaba y la abrió con un enérgico gesto. Una vez hubo terminado, miró a su alrededor y sonrió satisfecho.

—Veo que lo tienes todo casi listo, señor B —dijo mientras señalaba con su barbilla en dirección a la barbacoa.

Frank alzó una ceja. Apoyó la cadera contra la mesa y cruzó los brazos delante de su pecho.

—¿Desde cuándo nos conocemos, Bernie?

El hombre levantó la visera de la gorra para recolocarse las gafas sobre el puente de su nariz.

—Desde que compraste el edificio. Yo venía con él. ¡Ah! Y la señora Lileh. Ella también estaba aquí. Sí, desde entonces nos conocemos.

Con un enérgico cabeceo, Frank asintió.

—¿Y por qué sigues llamándome señor?

Bernie miró hacia un lado y hacia otro hasta que sus ojillos se posaron en Frank.

—Eres mi casero —le respondió el hombre a renglón seguido.

Frank se encogió de hombros.

—¿Y qué?

Bernie dejó caer su corpachón en uno de los sillones y alzó la mirada.

—Sé que tienes edad para ser mi hijo. Pero da la casualidad de que no lo eres: eres mi casero. Hay cosas que son difíciles de olvidar para un viejo

militar como yo, muchacho.

Dirigiéndose despacio hacia el murete de la azotea, Frank se apoyó en él y metió ambas manos en los bolsillos de sus pantalones vaqueros.

—Supongo que debe de ser difícil, sí. —Asintió con convicción. Se pasó una mano por el corto flequillo castaño, despeinándolo más aún de lo que ya lo estaba—. Bien, podemos hacer una cosa, Bernie: puedes seguir llamándome *señor B* delante de los demás pero, a cambio, me llamarás Frank cuando estemos tú y yo a solas. ¿Trato hecho? —Y le tendió la mano.

Bernie miró la mano desplegada ante él durante unos segundos. Unos instantes después la aceptó con una amplia sonrisa en su rostro.

—De acuerdo. Frank.

Con una palmada y una enorme sonrisa iluminando su rostro, Frank tomó la caja que contenía las hamburguesas y la puso en la mesa que le serviría de encimera.

—¿Por qué haces esto? —oyó decir a Bernie a su espalda. La pregunta lo tomó por sorpresa. Se giró un poco para mirarlo por encima de su hombro.

—¿El qué?

El hombre señaló todo el despliegue de mesas y comida que había a su alrededor.

—Esto de las barbacoas con los vecinos. No tienes por qué hacerlo.

Frank se giró mientras se limpiaba las manos con un paño de cocina que había llevado junto con todo lo demás que iba a necesitar.

—Me gusta. Me siento bien.

Bernie desvió la mirada hacia sus pies, sonrió y levantó despacio la cabeza.

—Déjame decirte que fuiste un gran cambio. Con el dueño anterior, esto estaba hecho un desastre y apenas se podía vivir aquí. Ahora las cañerías funcionan como tienen que funcionar, y la calefacción caliente, no echa aire frío. Fue una suerte que compraras este edificio. Una suerte para nosotros, se entiende.

Sin saber bien por qué, Frank notó que un ligero calor había comenzado a cubrir sus orejas. Recordaba cómo había encontrado el edificio cuando estaba todavía estudiando la posibilidad de comprarlo. Se acordaba de los desconchones en las paredes, los cuadros eléctricos obsoletos y con los cables pelados, la sala de la caldera hecha un desastre, amén de la capa de pintura que faltaba por cualquier lado que mirase, y todo ello debido a la mala gestión del dueño, que no quería gastarse ni un solo centavo en adecentarlo y mantenerlo si no ya en óptimo estado, sí en condiciones habitables. Era evidente que, como inversión, hubiera podido ser una ruina. Solo tenía arrendados dos de los diez apartamentos de los que constaba el edificio y, sin lugar a dudas, aquellos ingresos eran insuficientes para mantenerlo. Aún después de todo el tiempo que había transcurrido, seguía sin comprender qué lo había llevado a hacerle una oferta al dueño del inmueble en aquel momento, pero ahora, tras todos esos años, se alegraba de haberlo hecho. Le sonrió a Bernie y dejó el paño junto a la caja.

—Se entiende. Me alegra que os sintáis bien.

Bernie se arrellanó en el asiento, estiró las piernas y colocó ambas manos unidas sobre su abultado vientre.

—¿Y qué hay de ti?

Frank se encogió de hombros sin saber bien a qué se refería esa pregunta.

—¿Qué pasa conmigo?

El rostro de Bernie se iluminó con una sonrisa que traspasó hasta sus ojos.

—¿No hay ninguna mujer en tu vida? ¿Cuánto hace que te separaste?
¿Dos, tres años?

—Casi cinco —le respondió mientras bajaba la cabeza. Bernie era un buen tipo, eso era cierto, pero Frank no llevaba demasiado bien que quisieran meterse en su vida y en sus asuntos. Y para Bernie aquello era como una afición.

El hombre se inclinó hacia adelante.

—Y después de todo ese tiempo, ¿todavía no le has echado el ojo a nadie?
—le preguntó. Señalándolo con un dedo admonitorio, la sonrisa de Bernie

desapareció de su rostro—. Eso no está bien, Frank. Eres un tipo guapo y seguro que hay por ahí alguna mujer que está deseando pasar un buen rato contigo. Un hombre necesita echar un polvo de vez en cuando.

Frank respiró profundamente y se rascó una oreja de manera nerviosa mientras sus labios se contraían con una mueca de fingido desagrado.

—No pienso hablar de mi vida sentimental ni de mi vida sexual contigo, Bernie —dijo fijando la mirada en su vecino. El hombre no lo hacía con ninguna maldad, de eso estaba completamente convencido, así que se resignó a contestarle—. Mira, voy a cumplir treinta y nueve años dentro de unos meses, ya no tengo edad para ir enredándome con líos de una noche. Y tampoco tengo ganas de hacerlo.

Encogiéndose de hombros, Bernie volvió a arrellanarse en su sillón.

—Eres un buen tipo. Además, un casero feliz no da problemas.

Tuvo que ahogar la carcajada que se le había formado en la garganta. Miró a Bernie de soslayo y se incorporó.

—¿Acaso yo os he dado problemas?

—No, la verdad es que no. Llámalo chismorreos de viejo si quieres, muchacho. Estaría bien que nos dieras un poco de qué hablar. Ya me entiendes —le dijo mientras le guiñaba un ojo.

—Chismorreos de viejo. Por supuesto —masculló Frank y giró la cabeza hacia su derecha para mirar más allá del pretil de la azotea.

El color del cielo era espectacular; iba desde un suave azul hasta un intenso rojo por donde el sol se estaba ocultando, pasando por una hermosa gama de anaranjados y violetas. Tomó aire y lo dejó escapar con lentitud mientras su mente se dedicaba a no pensar en nada más que en el momento.

—Echo de menos a mi Dottie —oyó decir a Bernie unos momentos después. Frank volvió a mirarlo. El hombre tenía la mirada perdida en el rincón opuesto de la azotea—. Ya hace diez años que se fue. Tú no la conociste, pero era una mujer increíble. Se fue de pronto. Eso sí, déjame decirte que, hasta el último día, fue una mujer feliz. —Y volvió a guiñarle un ojo de manera cómplice.

En esa ocasión Frank no pudo contenerse y terminó riéndose con ganas.

—Eres incorregible, Bernie.

Con una sonora palmada, el hombre se puso en pie y, pasando a su lado, se encaminó hacia donde él había dejado enfriándose las cervezas.

—Venga, bebámonos una antes de que lleguen los demás —dijo a la vez que sacaba un par de latas y le tendía una.

Tomándola, Frank la dejó sin abrir junto a la caja de las hamburguesas.

—Aún tengo que sacar los refrescos de la nevera. Para los niños.

Bernie abrió la lata y dio un gran trago antes de contestarle.

—Si Charlotte ve una cerveza cerca de sus hijos, puede cortarnos las pelotas, eso tenlo por seguro.

—Es comprensible —añadió Frank alejándose en dirección a la puerta de la azotea. Antes de salir, se detuvo bajo el vano y miró al hombre—. No quiere saber nada de algo que contenga ni siquiera un poco de alcohol. Y como aún le tengo aprecio a mis pelotas, tengo los refrescos preparados.

Frank regresó justo a tiempo para ver llegar a Charlotte con sus tres hijos. La mujer, que vivía en el 1B, se estaba encargando ella sola de criarlos. Tim, un adolescente de quince años que jamás olvidaba su gorra y que lucía una expresión en el rostro de permanente aburrimento. Su otro hijo, Charlie, acababa de cumplir los diez y era un puro nervio. Apenas cruzó el umbral de la puerta de la azotea, ya estaba encaramado en una de las sillas, riendo con entusiasmo. Amanda era la menor, una niña encantadora de cinco años, con enormes ojos marrones, pelo negro profusamente rizado, heredado de su padre y que su madre peinaba con dos coletas que parecían dos pompones adosados a su cabeza. En cuanto lo vio corrió hacia él con una radiante sonrisa dibujada en su infantil rostro.

—¡Señor B! —exclamó mientras sus bracitos se abrazaban a sus piernas con efusividad.

Frank miró por el rabillo del ojo para ver cómo Bernie estallaba a su lado en una estruendosa carcajada que lo hizo echarse hacia atrás mientras se

sujetaba su abultado estómago. Apoyó con delicadeza sus manos sobre los pequeños hombros de la niña.

—*¿Et tu, Brute?* —dijo con una sonrisa en sus labios.

La pequeña se separó de él un par de pasos, con una ceja enarcada y una expresión reprobatoria.

—No se dicen palabrotas —le advirtió con condescendencia, elevando un poco el tono de voz mientras agitaba un dedo frente a ella—. Mamá dice que, cuando decimos palabras feas, los angelitos lloran.

Frank tuvo que hacer un esfuerzo para no ser él quien, en aquella ocasión, terminara estallando de la risa y no ofender así a la niña. Levantó la mirada para ver a Bernie que los observaba a su vez, encantado, mostrándole una enorme sonrisa. Volvió a bajar la vista hacia la pequeña, se agachó delante de ella y la agarró con delicadeza por ambos brazos.

—Yo no... —comenzó a decir para intentar justificarse ante los ojos de Amanda. Antes de continuar, asintió con convicción—. Lo siento, no volveré a decir ninguna palabra fea.

Amanda levantó la naricilla, sonrió y asintió, todo a la vez, para correr en dirección a su madre, que estaba riñendo al inquieto Charlie.

Bernie y Frank observaron a la niña mientras se marchaba.

—¿Cómo pudo el cabrón de Johnny largarse y dejarla con esos tres niños? —preguntó Bernie, más para sí mismo que para que Frank le contestara.

En realidad, Frank no tenía la respuesta a esa pregunta. Solo sabía que Charlotte estaba mucho mejor sin aquel borracho marido suyo, que los había llevado por la calle de la amargura con sus copas de más y su mano suelta.

Antes de que pudiese volver a hablar, la vecina del 2B, la señora Lileh, apareció por la puerta con su amado gato entre sus brazos. La mujer había cumplido ya los ochenta años, era arisca y poco propensa a intercambiar un simple saludo, pero se llevaba bien con Frank. Los niños, al verla aparecer con el animal, corrieron hacia ella para acariciar al sufrido gato, que metió la cabeza bajo la axila de su dueña. Charlotte fue con paso calmado tras ellos para saludar a su vecina.

Los vecinos del 3A fueron los siguientes en aparecer. Henry y su hijo, Henry Junior, al que todos llamaban Hank llegaron saludando con afectuosidad a cuantos ya estaban allí congregados. Henry era un hombre que había rebasado la cincuentena y que se había hecho cargo de la custodia de su hijo cuando se separó de su mujer. Hank, un muchacho extrovertido y brillante en los estudios, se dirigió de inmediato hacia el joven Tim, al que saludó de manera efusiva.

Frank se encaminó hacia la mesa en donde tenía todo preparado para comenzar a asar las hamburguesas. Bernie lo siguió, con la cerveza aún a medio beber.

—Faltan Lucas y Gabriella, del 3B —le dijo con cierto tono burlón antes de dar un trago a su bebida—. Pero dudo que vengan.

Abriendo la parrilla, Frank asintió y miró de reojo a su amigo.

—Están recién casados, Bernie. Es comprensible que, ahora mismo, les estorbe todo el mundo.

Bernie le ofreció una sonrisa antes de apurar lo que le quedaba de cerveza.

—¿Y qué hay de los Vargas? ¿Sabes algo de ellos? —preguntó Frank justo cuando iba a poner la carne en la plancha, que aún se estaba calentando.

—Han ido a San Antonio. Su hija se gradúa y quieren estar allí con ella. ¡Ah, sí! Abe y Miranda están con el pequeño Nicky en un evento familiar, no sé cuál, así que no vendrán. Tampoco pregunté cuál evento era, ojo, que no quiero que me tachen de viejo chismoso. Sobre todo cuando eso está tan lejos de la realidad —respondió el hombre mientras dejaba la lata de cerveza a un lado y alcanzaba una llena, a la que dio un gran trago.

Frank lo miró de soslayo y la comisura de sus labios se alzó de manera casi involuntaria al oírlo.

—Tan lejos de la realidad. Claro que sí, Bernie.

Sintiéndose de un humor excelente, Frank se giró hacia sus vecinos.

—Muy bien, ¿quién quiere una hamburguesa?

La noche había caído y estaba espléndida. Frank había colocado varias lámparas portátiles en la azotea para tener más luz y así pudieran charlar hasta la hora que les apeteciera.

Los recién casados, Lucas y Gabriella, habían aparecido cuando las primeras hamburguesas acababan de salir de la barbacoa. La joven se aproximó a Charlotte con una sonrisa y Lucas, su marido, hizo lo propio, acercándose a Henry y a Bernie.

Los niños se habían sentado en un rincón. Los dos pequeños jugueteaban con el gato de la señora Lileh, que aguantaba estoico las carantoñas que le prodigaban. Los dos adolescentes estaban sentados juntos, con las cabezas pegadas y la mirada fija en la pantalla de un teléfono que Tim sostenía frente a ambos.

La comida había ido desapareciendo poco a poco, así como la bebida. El ambiente era distendido y relajado, y las risas llenaban el lugar. Frank se separó de sus vecinos y los observó con disimulo. Hacía cinco años que esas personas habían llegado a su vida pero, para él, era como si siempre hubiesen estado allí. Eran lo más parecido que tenía en aquella ciudad a una familia.

Ya rondaban casi las dos de la mañana cuando Charlotte se marchó de regreso a su casa. La pequeña Amanda se había quedado dormida entre sus brazos y su cabecita descansaba sobre el hombro de su madre. Frank se ofreció a ayudarla, pero la mujer declinó su ofrecimiento con una sonrisa educada. Charlie y Tim se despidieron también de él y abandonaron la azotea tras los pasos de su madre. La señora Lileh fue la siguiente, argumentando que hacía tiempo que debía estar en la cama y que ella no solía estar despierta a esa hora. Frank la despidió con una sonrisa y un *buenas noches* que quedó en el aire.

Nadie se había dado cuenta de que los recién casados, Lucas y Gabriella, habían desaparecido, seguramente bastante tiempo atrás. Una sonrisa perenne se resistía a abandonar el rostro afable de Bernie, que estaba sentado en su silla con la enésima cerveza en sus manos. Henry y su hijo Hank aguardaron

unos pocos minutos más antes de despedirse, dejando a Frank a solas con Bernie.

—Bueno, creo que es hora de recoger todo eso —dijo Frank mientras se levantaba de su asiento. Bernie se puso en pie a su vez.

—Déjame que te ayude.

Con soltura, Frank se giró hacia el hombre.

—No, vete a casa ya. Es muy tarde.

Bernie miró al hombre, levantando la visera de su sempiterna gorra.

—¿Estás seguro? No me importa quedarme un poco más.

Frank hizo un gesto con la mano.

—Estoy seguro. Vete y descansa.

Con paso cansado, Bernie se encaminó hacia la puerta de la azotea.

—Está bien. Porque aún tengo que tomarme mi pastilla para dormir y tarda un rato en hacerme efecto. Si no fuera así, me quedaba para ayudarte a recoger.

—¿Aún estás con esas pastillas? —le preguntó Frank dejando junto a la parrilla los platos que había recogido de la mesa que les había servido para cenar y los vasos de plástico que había ido recogiendo a su paso.

Bernie asintió con pesar.

—Y ya no creo que el médico me las vaya a retirar, muchacho. Sin ellas no puedo pegar ojo —le confesó con cierto pesar en sus palabras—. Menos mal que surten efecto. Me las tomo y, a la media hora, caigo en coma hasta el otro día. Bien, buenas noches, señor B.

Frank sonrió una vez más ante la despedida del hombre.

—Buenas noches, Bernie.

De repente, la azotea estuvo desierta, aunque todavía se podían apreciar los vestigios de la velada que todos habían compartido. Frank se agachó a recoger un par de vasos del suelo y los dejó sobre la mesa, junto a la barbacoa. Cuando compró el edificio jamás hubiese pensado que aquella gente iba a significar para él tanto como significaban ahora. Todos ellos.

Sintiendo que estaba viviendo la vida que le apetecía y quería vivir, Frank alzó la vista hacia la noche y sonrió.

Media hora después, Frank tenía la azotea completamente recogida, como si allí no se hubiese congregado un montón de gente que habían estado bebiendo y comiendo. Puso los platos de plástico sucios, así como los vasos, los cubiertos desechables y las latas de bebidas en una bolsa y lo separó de la basura orgánica, que metió en una bolsa algo más pequeña. Echó un vistazo a su alrededor para comprobar que no quedaba nada. No quería encontrarse a la mañana siguiente a las gaviotas dándose un festín con algo que hubiese olvidado. Satisfecho cerró la puerta y, con las bolsas de basura en la mano, bajó las escaleras.

En la calle la temperatura se notaba algo más alta que en la azotea, donde la brisa corría más libremente. Allí abajo, la humedad y el calor que desprendía el pavimento, recalentado de todo el día, hacían que un ligero hedor se notara en el ambiente. La mezcla de alquitrán y suciedad hizo que Frank arrugara la nariz con un gesto de desagrado. Aligerando el paso giró en la esquina del edificio con una bolsa en cada mano, para encaminarse hacia el callejón en donde estaban los contenedores de basura. Antes de alzar la primera bolsa para introducirla en el contenedor de reciclaje, Frank oyó algo a su espalda, como si fuera un ruido de pequeñas uñas contra el pavimento.

Con cautela, en parte para no asustar a lo que fuera que lo estaba observando y en parte para ser precavido, se giró para encontrarse frente a frente con un perro que lo miraba con aire interesado, la cabeza ladeada y las orejas levantadas.

Frank se movió con lentitud, dejando la bolsa más pesada, la que contenía los desechos de plástico, en el suelo. Lo miró y sonrió.

—¿Qué tal, colega? ¿Dando un paseo?

El animal movió la cabeza hacia un lado y hacia otro sin dejar de mirarlo y, un segundo después, se sentó barriendo con su cola el suelo que había tras él. Frank lo observó por unos momentos. Era un bonito perro, de tamaño

mediano y un pelaje claro. Se dio cuenta de que tenía un fino collar de cuero rojo al cuello, así que no podía tratarse de uno callejero. «Se debe de haber escapado y alguien lo estará buscando», pensó sin desviar los ojos de él. Su mirada era inteligente y aguda, como si quisiese comunicarse con él a través de ella. El chucho abrió desmesuradamente la boca y se relamió los labios. Frank sonrió y levantó la bolsa que aún mantenía en la mano, la que contenía los desechos de la barbacoa.

—Tienes hambre, ¿eh? Te ha llegado el olor de la carne, ¿a que sí?

Como si lo hubiese comprendido a la perfección, el animal ladró. Sonriendo, Frank abrió la que tenía los restos de comida.

Con las orejas levantadas y la nariz apuntando hacia él, el perro olisqueó el aire, con toda su atención puesta en sus manos y la bolsa que él manipulaba. Despacio, Frank sacó un trozo de hamburguesa que se le había chamuscado en la plancha.

—No creo que te importe que esté muy hecha. —Y se la tendió. El animal estiró el hocico y, con cuidado, tomó de su mano el trozo de carne, que desapareció de inmediato en su boca con un exagerado ruido al masticar.

Frank lo observó por unos instantes, sonriendo. No, no parecía importarle que la carne estuviera algo pasada. El perro dio buena cuenta de la hamburguesa y se relamió feliz cuando se la tragó.

—¿Qué tal? ¿Te ha gustado? —preguntó, obteniendo como respuesta un inmediato bufido que se asemejó a una aprobación. Frank asintió, complacido —. Ya veo que sí. ¿Quieres otra?

Un nuevo ladrido lo hizo volver a sonreír.

—Está bien. Es mejor que te lo comas tú a que termine en la basura, ¿no estás de acuerdo? —Y sacó otro trozo de carne.

El perro se apresuró a llegar a sus pies, lo que le permitió verlo con más detalle. La luz de la farola lo iluminaba de pleno. No podía ser un chucho callejero porque estaba demasiado limpio para estar viviendo en la calle, y tampoco estaba escuálido. O, tal vez, se las arreglaba bien para obtener comida. Sí, eso sí que lo creía posible, pues se las había apañado a la

perfección aquella noche para terminar dándose un festín con los restos de su barbacoa. Sacó un nuevo trozo de carne y se lo tendió al animal, que lo tomó de su mano con cuidado y lo masticó con fruición. Antes de que volviese a pedirle algo más, sacó un par de lonchas de bacón que le habían quedado demasiado crujientes y que nadie había querido. Al perro no pareció importarle y desaparecieron en cuanto Frank se las acercó al hocico.

Lo observó comer, allí frente a él, con tanta ansia que Frank no podía quitar los ojos del animal. Despacio, sin desear que se asustara, Frank tendió la mano y le acarició la cabeza.

—Eres un buen perro, ¿a que sí? —le dijo en voz baja. El perro volvió a sentarse sobre sus cuartos traseros y alzó una pata a modo de saludo. Sin pensárselo dos veces, Frank se acuclilló frente a él y tomó su pata.

—Encantado de conocerte. Soy Frank. ¿Y tú eres...?

El perro volvió a ladrar.

Los ojos de Frank se fijaron en el collar que tenía puesto. Le acarició el cuello y rebuscó alguna placa identificativa que le dijera a quién pertenecía ese simpático y sociable animal, pero no pudo encontrar ninguna.

—Vaya, no hay nombre, ni ninguna dirección. ¿Te has perdido?

El perro olisqueó la bolsa de donde Frank había sacado la carne.

—¿Quieres más? Espera un momento. —Metió de nuevo la mano para sacar más desperdicios de la cena, que el perro hizo desaparecer con rapidez. Frank volvió a acariciarle la cabeza y el animal no se inmutó con su contacto. El pelaje, que era suave y largo, le crecía un poco más bajo el cuello y sobre su cabeza y le escondía así en parte el nacimiento las orejas. Tenía unos enormes ojos castaños que parecían sinceros y amistosos, enmarcados por unas espesas pestañas y un hocico no demasiado prominente.

Después de unos minutos, Frank cerró la bolsa y se puso en pie.

—Bueno, creo que te has terminado toda la carne que había sobrado.

El perro lo miraba con interés, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si comprendiera lo que le estaba contando. Frank separó los

brazos del cuerpo y se encogió de hombros.

—No queda nada más, muchacho.

El perro miró hacia su derecha y abrió la boca, cerrándola de inmediato, como si se le hubiera escapado un bostezo. Sin aguardar un segundo, dio media vuelta y se alejó con paso ágil, haciendo que sus uñas repiquetearan en el suelo.

Lo observó marcharse. Hizo una mueca con los labios y alzó una mano, a modo de despedida.

—Vale, de nada.

El perro pareció no oírlo y siguió su camino hasta perderse por la esquina del callejón.

La sonrisa que se había instalado en su rostro desde que apareció al animal se estaba resistiendo a abandonarlo. Arrugó la bolsa ya casi vacía de los desperdicios de comida y la arrojó al contenedor. Después, hizo lo mismo con la otra en el depósito correspondiente. Cuando salió a la calle principal miró a uno y otro lado, por si el animal aún rondaba por los alrededores, pero no logró atisbarlo por ningún sitio. Miró el reloj. Eran más de las tres de la mañana del domingo y dio gracias al cielo por no tener que levantarse temprano al día siguiente.